FRUGONI

★ ★

NUMERO 41 / SETIEMBRE 1970 / PRECIO $ 75.00



CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.

Director: Carlos Quijano
Administrador: Hugo R. Alfaro

Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 41 SETIEMBRE 1970

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 41 SETIEMBRE 1970

SUMARIO

EDUARDO JAURENA

FRUGONI, EL DESCONOCIDO

UNOS cuantos jóvenes, luego de leer en el Cuaderno anterior, páginas de Frugoni por ellos ignoradas, estudiando en equipo, se tomaron trabajo de reflexionar sobre esas páginas, de subrayarlas, de comentarlas; y al cabo de la tarea nos han hecho conocer sus conclusiones, que valen por toda una cosecha. A unos les habían hecho creer que Frugoni no había pasado de ser "un futurista", una especie de fugitivo del presente, el que le tocó vivir, a fuer de refugiar sus sueños de justicia en un mañana declamatorio y remoto. Otros les habían dicho de la "ajenidad" del socialismo frugoniano. Otros, de su antimarxismo. Otros, acaso no los menos generosos, que era apenas "un demócrata", un predicador más o menos evangélico de conceptos abstractos (justicia, progreso), un reformista tibio, a lo sumo un buen ciudadano, pertinaz moralizador, cuya principal diversión habría consistido en ser grato a la burguesía, de cuyo tinglado habría sido una simple figura ornamental.

Ahora, leyéndolo en el CUADERNO DE MARCHA, los jóvenes de la referencia, han descubierto sencillamente que Frugoni, en la real significación socialista de su pensamiento y de su obra, les fue estafado a su conocimiento. Nos lo decían con asombro e indignación.

Tal vez algún día será necesario rescatar al fundador del socialismo y de la izquierda en el Uruguay, de entre algunos insólitos aplausos de quienes a justo título debieron considerarse sus adversarios, pero también, y paradojalmente, de los que pudiendo y debiendo ser sus compañeros y sus discípulos, todavía hoy, ¡torpe empeño de roer la roca! prefieren erigirse en sus enemigos, tratando de sepultarlo entre la hojarasca de interpretaciones infundadas cuando no abiertamente malintencionadas. No han aprendido, estos últimos, que con los monumentos no se discute.

Quede a otros, o también a nosotros, pero en otra oportunidad, el análisis y valoración de aquel trayecto de Frugoni, que en un itinerario de casi sesenta años, quedó registrado en las actas parlamentarias, en la cátedra, en el libro, en revistas, en asambleas populares o en la plaza pública. Nuestra tarea de hoy es hacer conocer algunos aspectos del pensamiento del insigne socialista en sus años postreros. Lo que para todos, menos para quienes fuimos sus más íntimos colaboradores, es la biografía de su silencio.

Octogenario ya, en 1962, consideró que una resolución adoptada por un congreso de su partido lo colocaba en conflicto con su propia definición esencial. Entendió que debía optar entre no pocos amigos y compañeros de buena parte de su vida, y los principios de toda su vida. No sin un gran desgarramiento íntimo, como cuarenta años an-

tes, en circunstancia parecida aunque por motivos distintos, se inclinó por los principios. Una etapa había finalizado; otra debía comenzar. Siempre en él cada final fue al mismo tiempo un comienzo. Dándose una consigna, en una reunión no muy numerosa a que nos convocó en su domicilio de la calle Ejido, nos la dió a todos nosotros, *"Empezar de nuevo, acumulando piedra sobre piedra"*.

La empresa no era fácil y los colaboradores no abundaban. Él tenía plena conciencia de que debía actuar en los límites de un tiempo que se le extinguía. Trataba de exprimir cada minuto, y de continuo nos recordaba que quería morir en las trincheras de la izquierda desde donde había librado, a partir de 1905, todas las batallas de su vida.

¡Cómo le pesaban los años en aquellos días! Por momentos los sentía desplomarse sobre él como una tropa de redomones. Su salud estaba seriamente quebrantada y sus médicos no lo alentaban... pero él quería otra vez trepar a las tribunas callejeras, recorrer el país.

No pocas veces había expresado que si "triste es morir joven, en la alborozada plenitud de la vida", triste es también (y acaso más) ofrecer "el espectáculo de una existencia agotada que se sobrevive". Tal vez, para su propia resignación, llegó a concluir que en el apagamiento lento de la vejez prolongada, la naturaleza tiene su lógica sabia: la de hacer "de la propia muerte —tan tremenda cuando la iluminan el pensamiento, la previsión del hombre, la razón que se abisma y se aferra en la profundidad del misterio, la memoria que arroja su mirada hacia atrás, el sentimiento que sufre la tortura de la partida— un desprendimiento gradual de la tierra, que se deja cuando ya casi no ofrece atractivos para retenernos".

El destino que lo había condenado a sobrevivirse, le negaba ahora el derecho a morir de viejo, "a apagarse como una lámpara falta de aceite, a hundirse en la sombra casi sin advertirlo, o al menos sin tener motivo para aferrarse a la vida como cuando sus sentidos estaban alertas, su inteligencia estaba clara y su organismo todo, inclusive el espíritu, se erguía en la pujanza y el esplendor de la salud".

En estas palabras suyas está resumida su mayor tragedia de aquellos días. Sobreviviente de sí mismo, debía sobreponerse a las limitaciones de su declive, para ser antena sensible a las vibraciones de un país, de un continente y de un mundo sacudidos en sus entrañas más recónditas, y expresar todo eso en la arquitecturación de un movimiento político que lo proyectara más allá de su propia existencia. Era necesario superar juicios y prejuicios, aventar recuerdos, renovar caminos y construir pensando en el futuro, mérito mayor cuando quien debe hacer todo eso está tocando ya con la mano el horizonte.

Un episodio conmueve a la América toda, la revolución cubana, proceso vertiginoso que va desde su origen liberal hasta la final definición marx-leninista de Fidel Castro. No pocos vacilan en el campo de la izquierda. Algún compañero de su más entrañable amistad, discrepa. Aunque duela, debe quedar en el camino. La definición de Frugoni es tajante: la discrepancia con la Revolución Cubana debe considerarse incompatible con la afiliación a la nueva agrupación socialista. "Yo no era marx-leninista antes de Fidel Castro y no tengo motivos para serlo después de él —dijo— pero una revolución, con sus aciertos y sus errores, es un todo, y esta revolución hay que aceptarla incluso con el paredón, como se acepta por sus partidarios, la revolución francesa a pesar de la guillotina." Para que no quedara duda alguna, dio público testimonio de su opinión en carta publicada en la prensa.

Fue, éste, un motivo de discrepancia con la Internacional Socialista que adoptó una postura de activa y furibunda beligencia contra la Revolución Cubana; un motivo aunque no el único ni el más grave.

El 28 de mayo de 1965, Frugoni recibió una extensa carta de la Internacional abogando porque renunciara a organizar un partido socialista, y exhortándolo a incorporarse con sus compañeros, al partido batllista. El señor Albert Carthy, secretario de la Internacional, firmante de la misiva, hasta le proponía interponer sus buenos oficios para incluir algún socialista en la lista de candidatos del "batllismo 15" . Pocas veces he visto a Frugoni tan indignado como en aquella ocasión. El señor Carthy, burócrata corrompido, tenía un atenuante: la mala costumbre de embriagarse, ¡pero la famosa Internacional!...

Ante tal despropósito, Frugoni remitió dos cartas, documentos hasta ahora inéditos, de los que damos a a conocer algunos pasajes.

A la Internacional le dice:

"Montevideo, junio 18 de 1965.

Ciudadano Albert Carthy,
secretario de la Internacional Socialista.
88a. St. John's Wood High St.
LONDRES, N. W. 8. INGLATERRA.
Señor Secretario:

Debo indicarle que el propósito de admitir al Partido Batllista como observador en la Internacional es un grueso error que se inscribe en la visión equivocada que la Internacional tiene de América Latina. La tendencia a vincularse a partidos poderosos, que ocupan el poder o que tienen la posibilidad de ejercerlo, lo ha llevado a relacionarse con fuerzas políticas en acelerado descrédito por su notoria inconducta: el APRA, de Perú, es un ejemplo ilustrativo. La consecuencia es lamentable: en esta América Latina, donde se procesa una profunda revolución, el socialismo se identifica con los sectores que irremisiblemente serán derrotados. Deja el campo libre cuando el socialismo —por sus antecedentes, su doctrina y sus soluciones— no podría estar ausente, sino que tendría —cabalmente interpretada esta realidad— muy favorables perspectivas.

En lo que concierte al Uruguay, la insinuación que surge del texto de su nota, demuestra ausencia de información en todos los planos:

a) No existe un Partido Batllista 15. Hay un Partido Colorado, dentro del cual el grupo que utiliza el número "15" es el más poderoso. Pero, ese partido actúa inorgánicamente. *Hace veinte años que no tiene autoridades.* La dirección la ejercen núcleos que se federan de facto a través de sus caudillos.

b) La Ley Electoral no permite la incorporación del Partido Socialista a esa fuerza. Ni posibilita pactos ni acuerdos al estilo europeo. Ni como se puede hacer en Chile. Sólo sería viable la entrega total con la consecuencia de que ni podremos usar la palabra "socialismo".

Hasta aquí el pasaje que importa de la nota, pero como la Internacional había encomendado a su secretario para la América Latina la tarea de convencer al Partido Socialista Argentino, el último afiliado que le quedaba en América, que la mejor solución para los socialistas uruguayos era hacerse batllistas, Frugoni dirigió la siguiente carta al secretario general de ese partido:

Montevideo, junio 24 de 1965

Doctor Ramón S. Muñiz.
Mi muy estimado compañero y amigo:

Ha ocurrido un hecho que me obliga a escribirle esta carta. Hace unos días recibí una larga nota del secretario de la Internacional, fechada en Londres. En esa nota, ante nuestro estupor, nos anuncian que la Internacional Socialista aspira, y, por lo que surge del contexto, realizará gestiones, para incluir en su seno al Partido Batllista. ¡Parece cosa de no creer! Yo, todavía no he podido salir del asombro y la indignación.

Durante muchos años, nosotros en el Uruguay, como ustedes en la Argentina, hemos cargado con el desprestigio derivado de nuestra calidad de integrantes de una Internacional que albergaba en su seno a hombres y partidos maculados como integrantes de gobiernos incursos en serias claudicaciones. Por culpa de esa Internacional, portaestandarte, al fin, de la proverbial incomprensión de Europa hacia nuestra América, no pocas veces Juan B. Justo fue acusado de "europeísta" o de incurrir en "ajenidad". No me refiero a las corrientes reaccionarias y ultramontanas que, por nuestro internacionalismo, nos califican de foráneos. Aludo al resquemor sentido y sincero de cierta gente de izquierda que no podía ver con buenos ojos nuestra participación, casi siempre más teórica que práctica, en la famosa Internacional Socalista desacreditada por claudicante y conservatista.En un libro que acaba de aparecer en Montevideo, *"Antología del ensayo en el Uruguay"*, su autor, profesor universitario, me dedica unas cuarenta páginas, la mayor parte de ellas, destinadas a demostrar que yo, siguiendo las huellas de Justo, traté de organizar un socialismo "importado" (al igual que él en la Argentina, se recalca), un "socialismo europeísta", "ajeno" a los sentimientos y los intereses de nuestros pueblos.

En ser miembros de la Internacional no había ninguna ventaja inmediata, y, en cambio, grandes inconvenientes que dificultaban nuestro desenvolvimiento partidario. Pensábamos que esto último era el peaje que debíamos pagar por integrar un vasto movimiento que un día haría posible que el mundo entero se organizara de acuerdo a los ideales en que yo sigo creyendo hoy como hace sesenta años.

Pero he aquí que hoy, cuando afrontamos la hora más difícil de nuestra existencia política y corremos el riesgo incluso de desaparecer, en vez de la asistencia que teníamos derecho a requerir y esperar, la Internacional nos da la espalda, pisa los escombros para hacer imposible la reconstrucción, y tiende fraternalmente los brazos hacia nuestros enemigos. No puede haber mayor felonía. Muchos años hemos combatido al batllismo por bur-

gués y sostén del régimen capitalista. Y ahora, cuando ese partido ha alcanzado el colmo de la corrupción interna y exteriormente se hunde en la abyección del entreguismo más servil al poderoso imperio norteamericano que asfixia a nuestro continente, la Internacional nos aconseja que nos hagamos batllistas!... ¡Qué arrojemos a la hoguera sesenta años de vida y de historia; que, hundiéndonos en el ludibrio, nos pasemos al enemigo, con armas y bagajes!

Hombres de gobierno casi todos, los dirigentes de la Internacional, son demasiado importantes y poltrones para perder el tiempo en bagatelas. Ellos no se dan cuenta que un viejo que ha vivido 85 años, sesenta de los cuales, luchando por el socialismo, cuyas ideas ha desarrollado a lo largo de muchos libros, no puede pasarse al enemigo, sin exponerse a la conmiseración de sus conciudadanos. ¡A la conmiseración, el más detestable de los sentimientos que un hombre pueda provocar en los demás! "Pobre viejo, dirían incluso mis amigos, está tilingo."

Nuestro idioma, con ser tan rico, no tiene palabras para calificar el crimen de esta Internacional que no se ha limitado a enviarnos esta carta, cuya copia les haré llegar. Se ha puesto en contacto ya con los batllistas (y según datos, estos contactos vienen desde tiempo). ¿Se da cuenta, doctor Muñiz, lo que significa que mientras nosotros nos esforzamos, por poner de nuevo en pie al viejo y glorioso Partido Socialista del Uruguay, quienes tendrían que estar ayudándonos en la tarea, se hallen en tratos y componendas con los enemigos?

Por la carta que he recibido de la Internacional, me entero, además, que han admitido como miembros observadores al APRA, a Acción Democrática, al partido de Figueres, etc. Es decir, que, sin perjuicio de seguir usando por hábito verbal, ciertas expresiones revolucionarias, en los hechos, están recogiendo en el carro de la Internacional, a todos los partidos más contrarrevolucionarios de nuestro continente.

Le copio un párrafo de la carta: "Después de la separación del socialismo uruguayo, a nosotros nos queda sólo, en América Latina, el Partido Socialista Argentino". De atenernos al contexto, este párrafo puede interpretarse así: *"El Partido Socialista Argentino es el último la tre que nos queda en América Latina, porque en ese continente hemos descubierto que el socialismo sólo puede realizarse mediante partidos antisocialistas"*.

El Partido Socialista Argentino es miembro de la Internacional y sabrá lo que tiene que hacer en relación con lo expuesto en esta larga misiva.

De mí sé decir que, con 85 años a la espalda no estoy dispuesto a dejar de ser socialista. Soy hoy más socialista que nunca. En oportunidad de cumplir mis 85 años, MARCHA, el periódico de Quijano me pidió un artículo. Allí, dije lo que aquí quiero ratificar: "Fui socialista, soy socialista y seguiré siendo socialista. Desde las trincheras de la izquerda libré todas las batallas de mi vida; desde esas trincheras pelearé hasta quemar mis últimas energías."

No deseo morir sin ver al Partido Socialista del Uruguay luchando de nuevo.

Reciba un fuerte abrazo de su viejo amigo.

Emilio Frugoni"

Así rompía para siempre con la Internacional Socialista.

—x—

Frugoni siempre tuvo el privilegio de ver más, y más lejos que muchos de sus contemporáneos. Por eso fue maestro, líder, conductor, aunque él no se haya considerado nunca nada más que un compañero.

Él, ya en 1963, tenía conciencia cabal de que el Uruguay y el continente americano se hundían en una crisis de la que no les sería posible salir sino por caminos revolucionarios.

En 1921 el reformismo parlamentario había sido uno de los motivos principales que produjeron el desgarramiento del movimiento obrero, dando origen al Partido Comunista, contrario en absoluto a lo que denunciaba como una verdadera traición al destino final de la clase obrera. Frugoni se alistó, entonces, entre los que consideraban como tarea altamente positiva la de promover mejoras sociales desde las bancas parlamentarias. No sin razón podría tenérsele por el padre de la legislación social uruguaya. No obstante, al final de su vida, en una tarea de re-examen y revisión de su propio pensamiento como sólo era capaz de realizar, tuvo muy claro que, ahora sí, los horizontes del reformismo parlamentario estaban cerrados y por el camino del engaño y la castración del espíritu de lucha de la clase obrera,

podía ser un modo de traición. Más de una vez se preguntó si muchas leyes sociales más que batallas ganadas al capitalismo, no eran meras conquistas de un grupo de obreros a costa de otros. Tal el caso de las bolsas de trabajo, que aunque reserven las oportunidades ocupacionales para un sector obrero, especialmente vinculado a una determinada industria, no disminuyen el número de desocupados, el ubérrimo ejército de reserva de que los capitalistas se valen para abaratar la mano de obra, única propiedad del trabajador. Reflexionaba Frugoni sobre si el espejismo de las conquistas parlamentarias no podría terminar siendo la coyunda que vinculando a los trabajadores al régimen social que los victima, terminara transformándolos, sin quererlo, en sus sostenes.

No dejó de justipreciar nunca las energías que era capaz de desarrollar en su propio beneficio la clase trabajadora, mediante sus organizaciones. Pero no menospreció la potencialidad de las clases dominantes para mantener sus privilegios, en el cuadro de "las instituciones" o fuera de él.

Prefería que el enemigo cargara con el estigma de iniciar el uso de la violencia, pero no concibió nunca el desarrollo del progreso histórico como un proceso idílico. Por eso siempre, desde el primer programa del socialismo uruguayo, dejó a salvo el derecho a responder con la violencia de abajo a la violencia de arriba.

Producida la escisión de 1962 y al constituirse, en Salto, la nueva agrupación por él inspirada, al formularse la Declaración de Principios, luego de expresada la aspiración de promover la revolución socialista por vías pacíficas, Frugoni propuso una salvedad: *"sin renunciar, si las circunstancias históricas lo exigen, a ningún tipo de acción"*. ¡Tenía 83 años y seguía reivindicando el derecho a la revolución!

Producida la ilegal disolución del Partido Socialista, su pensamiento más dolorido y solidario fue seguramente para los que se dispusieron a luchar desde la clandestinidad. Reclamaba que se reabrieran los clausurados canales de la legalidad por donde pueden circular las corrientes sociales y humanas con sus energías desplegadas; y al mismo tiempo amnistía para los presos políticos, como única vía de pacificación nacional. Ambos reclamos son hoy para nosotros un mandato. También una convicción.

Ante la incautación de la Casa del Pueblo, por la policía, resultó claro, por expresiones periodísticas de la prensa adicta, que el Poder no hubiera tenido inconveniente en entregarla a Frugoni para que la administrara. Hubiera sido un modo de rescatar la sede partidaria para la lucha por el Socialismo. Pero en materia de conducta a Frugoni le gustaban las actitudes cristalinas. Su definición fue concluyente: *"No aceptaremos ni una migaja del despojo, ni admitiremos que nuestras discrepancias en el campo de la izquierda, el gobierno o alguna de sus dependencias se transforme en árbitro"*. Pensó, en cambio, en organizar una columna y encabezarla para rescatar por la fuerza la Casa del Pueblo; pero hubo de renunciar a la empresa, porque aunque su corazón y su cerebro continuaban soñando con el futuro "sus manos escribiendo con rigor de látigo y su voz seguía siendo mensaje", aquellas dos piernas que siempre caminaron con seguridad de pueblo ya no le respondían. ¡Ah la carga de los años!

Estrujada el alma por tantos dolores vio extinguirse lentamente su vida, convencido de que los derrotados de hoy serán los triunfadores de mañana. De un mañana que el no vería pero que sabría próximo.

Había cumplido cabalmente su consigna: *"Ser un gran derrotado, antes que un pequeño vencedor"*. Para él había llegado la hora. Su memoria espera otra en que su siembra y su lucha fructificarán.

EDUARDO JAURENA

FICHA BIOGRAFICA

EMILIO Frugoni, líder, maestro y fundador del socialismo uruguayo, poeta, periodista, escritor y orador de relevante jerarquía, nació en Montevideo de una familia burguesa y católica, el 30 de marzo de 1880. En 1905 hizo su "profesión de fe socialista" en conferencia realizada en el teatro Stella D'Italia. En esa conferencia planteó el problema del latifundio al que definió como barrera horizontal opuesta al progreso, con la inicua explotación de las peonadas miserables, "adscriptas a la gleba" al igual que los siervos de la Edad Media. En 1910 fundó el Partido Socialista dando forma programática y organizativa a un movimiento político y social virtualmente existente desde 1895. Al fundar el Partido Socialista, Frugoni fundó la izquierda en el Uruguay.

Auxiliar sustituto de literatura en la Facultad de Enseñanza Secundaria, fue profesor de la misma materia desde abril de 1908 a diciembre de 1910. Abogado desde el 12 de mayo de 1910, entre marzo de 1926 y marzo de 1933 fue en la Facultad de Derecho, Catedrático de Legislación del Trabajo y Previsión Social, cátedra que le tocó inaugurar. Decano de la Facultad de Derecho el 18 de marzo de 1932, en el desempeño de su cargo lo sorprendió el golpe de estado del 31 de marzo de 1933, oportunidad en que *"Frugoni ensayó, acompañado de universitarios y obreros, en la Casa que simboliza el culto de la ley* (dice Roberto Ibáñez uno de sus biógrafos mejor documentados), *una resistencia ejemplar, pero inútil"*. De la Facultad de Derecho fue llevado por la fuerza al cuartel de Blandengues y de allí al destierro, en Buenos Aires el 3 de abril de 1933. Durante el destierro, oficialmente invitado, dictó un curso sobre marxismo, en la Universidad de La Plata. Y en su ausencia del país, los estudiantes uruguayos dispusieron que presidiera el memorable banquete del Hotel Pocitos, desde una silla vacía. Electo diputado en 1934, regresó a la patria, renunciando al decanato y donando a la Facultad de Derecho los sueldos correspondientes a sus trece meses de destierro.

Fue diputado de 1910 a 1913, constituyente de 1916 a 1917; diputado de 1919 a 1921 (en que hubo de renunciar a raíz de la escisión que dio origen el Partido Comunista); reelecto diputado en 1928 lo fue hasta 1931; electo diputado nuevamente en 1931, renunció el 14 de marzo de 1932 para

asumir el Decanato de la Facultad de Derecho. Diputado nuevamente de 1934 a 1938 y de 1938 a 1942, luego de esta última oportunidad, el Partido Socialista lo proclamó sin éxito para ocupar un escaño en la Cámara de Senadores. El país perdió así, a partir de entonces, el concurso de una de las figuras más relevantes de su historia parlamentaria.

Simultáneamente con su actividad docente o parlamentaria, desempeñó una tarea infatigable de siembra y militancia, en la tribuna callejera, en el libro, en diarios y periódicos. Entre 1944 y 1946 fue ministro plenipotenciario de Uruguay en Rusia.

Casi octogenario ya, sin abandonar del todo su milicia socialista, quiso refugiarse en un retiro relativo "donde pudiera dedicarse a tareas que lo venían reclamando, no con las voces agrias de la contienda, sino con las de una vocación de ensueño, de belleza, de arte" (son sus propias palabras). Allí lo sorprenden los sucesos partidarios de 1962, en que a raíz de un acuerdo electoral con un grupo tradicionalista, su partido pierde la totalidad de su representación en el senado y en la Cámara de Diputados. Contrario a aquel acuerdo, transcurrido el acto electoral, en cuyos resultados no quiso gravitar, presentó renuncia al partido de que era fundador e invitó a sus compañeros de ideales que coincidían con él, a comenzar de nuevo "como cincuenta años atrás, acumulando piedra sobre piedra, desde los cimientos". "Aún conservo mi capacidad de esperanza", dijo, y echó las bases del "Movimiento Socialista".

Con 86 años a la espalda y seriamente resentida ya su salud, volvió a las tribunas callejeras y recorrió de nuevo el país.

Vivió siempre en la más absoluta austeridad. Jamás manejó dinero, ni tuvo más sentido de la propiedad que el de la pluma con que escribía, el de sus papeles y el de sus libros. A estos últimos ("sus amigos sin fallas"), los donó para financiar con su venta la última campaña electoral en que participó.

Disuelto su partido por ilegal decreto del gobierno, transformó su propio hogar en sede clandestina de sus compañeros.

Falleció el 28 de agosto de 1969, en calidad de ciudadano proscripto.

E. J.

GUIA BIBLIOGRAFICA

I) PROSA

a) Libros.

1915: **"Los impuestos desde el punto de vista sociológico".** (Biblioteca del Centro "Puentearesano".) Montevideo. Talleres gráficos Renacimiento.

1919: **"Los Nuevos Fundamentos".** Discursos más importante pronunciados en la Asamblea Constituyente (1916-17). Maximino García, editor.

1929: **"La Sensibilidad Americana".** Dos partes: una integrada por trabajos dirigidos "a la formación de una conciencia estética continental"; la otra, por ensayos breves sobre autores nacionales y dos artículos sobre Barret y France. Editor Maximino García. Montevideo.

1934: **"La Revolución del Machete".** Proceso de la dictadura de Terra y el régimen de Marzo. Editorial Claridad. Buenos Aires.

1936: **"Ensayos sobre el marxismo".** Cuatro. en total: "El determinismo del hambre", publicado en la revista "Humanidades de la Universidad de La Plata, a raíz de la muerte del biólogo Turró; "El factor espiritual en el materialismo histórico" y "Los fines ideales en la concepción materialista de la historia", conferencias dictadas en la Universidad de La Plata, de La Plata, en 1933; "La máquina es un formidable factor directo de la evolución histórica", contestación a una encuesta periodística en Buenos Aires. Editores Maximino García y Cía Montevideo.

1940: **"La Mujer ante el Derecho".** Defensa de la igualdad jurídica de los sexos· páginas sueltas, un proyecto parlamentario del año 1939, un informe legislativo y varios discursos.

1941: **"El Laborismo Británico".** Sinopsis histórica e interpretativa. Editorial "Afirmación". Montevideo.

1944: **"Las Tres Dimensiones de la Democracia".** Recopilación de artículos diversos. Editorial Claridad. Buenos Aires.

1945: **"De Montevideo a Moscú".** Crónicas de viaje, editado por Editorial Claridad. Montevideo.

1946: **"Génesis, esencia y fundamentos del socialismo".** Dos tomos. Editorial Américalee. Buenos Aires.

1948: **"La Esfinge Roja".** Editado por Editorial Claridad S. A. Buenos Aires.

1953: **"El libro de los elogios".** Discursos, conferencias y ensayos. Editado en C.I.S A. Montevideo.

b) Folletos.

"El trabajo nocturno en las panaderías". Versión taquigráfica de una conferencia pronunciada en el Ateneo. Editada por el Centro Socialista de la 2ª y 3ª. Montevideo, 1916.

"El Socialismo". Conferencia dictada en el Ateneo en acto organizado por el Centro Cultural "Liceo Nocturno". Ediciones de "El Sol".

"Qué es y qué quiere el Partido Socialista". Edición partidaria. Sin fecha.

"Lucha contra el alcoholismo". Versión taquigráfica de una conferencia radiotelefónica patrocinada por el club "Juventud" de la Liga Nacional contra el alcoholismo. 1927.

"Socialismo, Batllismo y Nacionalismo". Recopilación de artículos periodísticos. Montevideo. 1928.

"Jubilaciones obreras". Conferencia de extensión universitaria. Editorial Apolo. Montevideo. 1928.

"La lección de Méjico". Versión taquigráfica de dos conferencias dictadas en el Paraninfo de la Universidad. Montevideo. 1928.

"El viaje de Terra ante la Asamblea General". Discurso parlamentario. 1935.

"El revalúo del oro". Discurso parlamentario. 1935.

"En defensa de la libertad de prensa". Discursos de Frugoni y Troitiño. 1935.

"El nazi-fascismo en la enseñanza". Dos discursos parlamentarios. 1938. **"Mensaje a la juventud".** Discurso pronunciado en 1940.

II) POESÍA

1900: **"Bajo tu ventana".** (Poesía.) Montevideo.

1902: **"De lo más hondo".** (Prólogo de Rodó). Montevideo. Talleres Barreiro y Ramos.

1907: **"El eterno cantar".** Montevideo. Editor, O M. Bertani.

1916: **"Los himnos".** Montevideo. Imp. y casa editorial "Renacimiento".

1923: **"Poemas montevideanos".** 1era. edición Montevideo (El Siglo Ilustrado). 2da edición: Vol 57 de **"Los poetas".** Biblioteca de la editorial Claridad, Buenos Aires.

1925: **"Bichitos de luz".** Montevideo. Editorial Apolo.

1927: **"La epopeya de la ciudad".** (Nuevos poemas montevideanos.) Maximino García editor.

1936: **"La Canción Humana".** Ediciones de la Sociedad del Libro Rioplatense. Montevideo. Buenos Aires.

1942: **"La Elegía Unánime".** Introducción por Roberto Ibáñez. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. Impreso en El Siglo Ilustrado. Montevideo.

1944: **"Poemas civiles".** Editores: Claudio García y Cía. Montevideo.

1957: **"Sonetos Míos".** Editado en C.I.S.A. Montevideo.

1960: **"Los caballos".** Editado en C.I.S.A. Montevideo.

Con el título de "Canti di fede", el señor Folco Testena tradujo al italiano veinticinco poemas de Frugoni, entre ellos un soneto vertido por Filippo Turati. El libro se abre con un **saluto** de Turati. (Atlantide. Casa editrice in Verni, Génova 1925.)

Al fallecer Frugoni, entre sus papeles quedaron los manuscritos correspondientes a dos libros en preparación: "El Campanario sumergido" y "Los viejos".

ROBERTO IBAÑEZ

LA POESIA DE EMILIO FRUGONI

JUSTIFICACIÓN Y COMPLEMENTO

● Frugoni, a un paso de su año climatérico apenas, quiso que yo, en plena mocedad, le escribiese un prólogo para La Elegía Unánime. Lo hice, con la ambición —incluso— de valorar toda su precedente obra lírica.

Reproduzco hoy, con algunos cortes y cambios, aquel estudio. Me hubiera gustado reescribirlo para atender a mis actuales exigencias y apaciguar obscuras sediciones autocríticas. Pero no tuve tiempo ni alegría para intentarlo. De ahí que ahora me decida a remover tales páginas, acatando (más que respetando) su lejana estructura.

El ensayo abarcaba la poesía de Frugoni en un lapso que excedía ya entonces las cuatro décadas: pues arrancaba del opúsculo inicial, obviamente prematuro, Bajo tu ventana (1900), y se extendía hasta el invocado volumen de la dilatada madurez, La Elegía Unánime (1942). Pero como el poeta, nacido en 1880, murió en 1969, cuando tocaba el umbral de los noventa años, corresponde anotar que en los últimos veintisiete de su existencia, es decir, después del tomo recién consignado (cuya tercera parte constituiría el mismo año, desglosada, El libro de María Rosa), añadió a las diez obras en verso preeditadas [1] sólo tres más.

Ante todo, los Poemas Civiles (1944), que vieron la luz cuando Frugoni estaba en Rusia como representante del país y me tocó asimismo prologar. Tomó a su cargo la edición el benemérito Claudio García. Hube de organizar el texto y acompañarlo de páginas que, si orienté a la debida apreciación crítica, estrené con una biografía de Frugoni, la primera del líder hasta aquellos momentos. (Signé lo mío con una sigla, R; y le agregué una "Estampa" escrita por mi esposa, quien la distinguió con otra sigla, S).

La segunda de las obras aludidas —esto es, la duodécima en la bibliografía pertinente—, Sonetos míos, es de 1957. Clausuraba el mayor interregno verificable entre los títulos de Frugoni. Tras un exordio formado por una corta silva, se encadenan veintiocho composiciones, pertenecientes a épocas diversas, que fundan el rótulo de la serie y más de una vez figuran entre las mejores del autor.

1) *Bajo tu ventana* (1900); *De lo más hondo* (1902); *El eterno cantar* (1907); *Los Himnos* (1916); *Poemas Montevideanos* (1923); *Bichitos de luz* (1925); *La Epopeya de la Ciudad* (1927); *La Canción Humana* (1936); *La Elegía Unánime* (1942); *El libro de María Rosa* (1942).

Ya octogenario, Frugoni editó su última colección poética: Los Caballos (1960). El libro, pese a manifiestas desigualdades, aún acredita solventes energías creadoras. Así en el hermoso y original poema que le da fin con mágicas lontananzas. Debe añadirse aún que Frugoni proyectaba otros dos libros de versos: El campanario sumergido y Los Viejos, ambos representados por unidades dispersas en sus papeles póstumos.

—•—

Algo dije hace poco junto a su tumba aparente.

Si la muerte lo borró del todo, completando la obra fatal que empezó la vejez en los últimos años del gran hombre, hoy la muerte nos lo restituye paradojalmente en la plenitud de su ser. El escritor, el poeta, el tribuno, el parlamentario, el estadista, el conductor recobran en la obra viva y en la historia de un pueblo presencia inamovible. Porque no es un muerto, es un inmortal el que evocamos.

R. I.

POESÍA ÍNTIMA Y POESÍA SOCIAL VALIDEZ Y CADUCIDAD DEL ROMANTISISMO

RODÓ, que prologó el segundo libro de Frugoni, De lo más hondo, escribió las siguientes palabras que hoy sorprenden, corridos los años y dibujado el destino del hombre: "Tengo... ante mí... un libro de poesía... dulcemente egoísta... Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia. No sé si habrá quien... aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo o con la de una comunión ideal a la que muevan hondos intereses humanos".

Nadie, en nuestro ambiente, ha identificado, como Frugoni, su personalidad de poeta con la de una comunión ideal, movida y conmovida por hondos intereses humanos.

Profecía de soslayo, la del autor de Ariel, formulada como una comprobación y con el implícito deseo de una directiva que por fidelidad a sus ideas sobre el papel del crítico no se atrevía a estatuir, se ha cumplido frontalmente en una de las más hermosas existencias con que se pueden enriquecer las memorias de un pueblo.

La evolución del poeta parece presidida por un numen iluminativo: iniciado en la vida de las letras a los veinte años (1900) con **Bajo tu ventana**, se manifiesta aún como tributario del romanticismo verbalista que arrastraba en América —ya extinguido en Europa— su floripondio senil, entre las pautas extremas del suspiro y del trueno.

Hay ¿cuántas veces se ha dicho? un romanticismo eterno, de legítimo rigor estético e imponderable verdad humana. Sagrado narcisismo del corazón que se redime en las fuentes de su propia sangre, coincide con el mejor momento del romanticismo histórico, lo antecede y lo sobrevive.

Así Frugoni. Tributario de un caduco romanticismo de superficie, al cabo se halló a sí propio en el romanticismo esencial. Aunque su personalidad compleja no acepte la inserción en un rótulo único.

LA INICIACIÓN

Frugoni se inicia cuando el Uruguay alcanzaba, por primera vez, literatura propia. Bajo signo modernista, pese a un romanticismo de segunda o tercera mano.

El crepitante Consistorio del Gay Saber se extingue con una detonación. Luego se empina la Torre de los Panoramas.

Junto a los dos veteranos magníficos, Zorrilla y Acevedo Díaz, surgen los grandes valores nuevos: en el ensayo, una tetrarquía pensante, la que forman Rodó, Vaz Ferreira, Carlos Reyles, el tardío Figari; en el teatro, Sánchez, escoltado por Herrerita; en la narración, con Viana y el mismo Reyles, Quiroga, que pasa de dandy a salvaje y de adicto de la Decadencia a tónico revelador de las Misiones; en la lírica, por último, Herrera, María Eugenia, Delmira, Vasseur. Junto a estos últimos, sin olvidar a Roberto de las Carreras, están los dicípulos (Minelli, Miranda), o los benjamines (Frugoni, Sierra).

No tiene Frugoni sino presencia marginal, pues, en la constelación que se manifiesta cabalmente con el siglo. Pero tendrá presencia nuclear apenas el modernismo novecentista deje paso a otras formas: hasta ser, no sólo poeta de un suave mundo íntimo sino cantor social: el de la urbe nueva y el de las multitudes proletarias.

Frisaba su edad con los enardecidos veinte años, cuando publicó **Bajo tu ventana** (1900), poema en silvas, primicial y primerizo, cuyo

rótulo, más tarde, no incorporó Frugoni a la lista de sus obras en verso, desautorizando la fluencia romántica, elegíaca y amatoria de un canto en que la artificial postura trovadoresca se resuelve en una sucesión de quejas más literarias que vívidas y vividas.

Dos años después (1902), dio a la estampa, con prólogo, como dijimos, de Rodó, su segundo libro, "De lo más hondo", que, por tácita voluntad del poeta, asumió en la totalidad de su labor, la primogenitura lírica, de ningún modo el mayorazgo, que en arte es el privilegio de las obras maduras, generalmente las que surgen demediada la vida literaria.

Revela, en un plano de intimidad apasionada y suave, la persistencia del tono elegíaco y un acendramiento visible de los medios expresivos; aunque todavía los temas y modos de la época (retórica del amor para el que la belleza femenina es, por su propia esencia y conciencia, desdeñosa e inaccesible; modulación coral en que las voces uniforman su virtud privativa, acolladas por el gusto común) desbaratan la plenitud del hallazgo sin impedir que una fina urdimbre sentimental comunique al conjunto gracia, belleza y simpatía. Pese a la solidaria contumacia de la interjección abundosa y el vocativo enternecido, al desborde tonal de la imploración y el lamento y a una danza de rimas que en parejas indisolubles anticipan alternativamente su fácil convivencia, hay poemas en que la imagen novedosa, la autenticidad de la emoción y el brío de la forma confirman el advenimiento de un predestinado. Así, entre otras, "La fe me acompaña" (salvo algunos versos); o "La choza", que placía especialmente a Herrera y Reissig; o "Cantar" (recogido en "Bichitos de luz"), de simplicidad encantadora y tierna; o "Resurrección", de poeniana procedencia (reintegración de una belleza muerta en otra, viva); o el segundo de los sonetos que llevan el título de "Fénix".

"EL ETERNO CANTAR"

En 1907, tras un lustro de germinales silencios, Frugoni reaparece con "El Eterno Cantar", libro que cierra definitivamente la primera etapa de su acontecer literario, la exclusiva sístole sentimental con que compensaba el denuedo de su vida cívica, diástole de amor, y de sacrificio que cundía y cunde en una apasionada creación de justicia.

Poesía adulta, la de "El Eterno Cantar", se abre con una composición en que, por vez primera, el aliento profético circula —ocasional, sin embargo, todavía— entre el jadeo de las banderas populares.

Pero el poeta íntimo señorea. Y aunque Frugoni, por su modalidad espontánea, no siempre mantiene la tensión creadora, hay en este libro poemas de lograda estructura.

Con su habitual acierto, Barrett (1), elogiando "El Eterno Cantar", señaló entre otros poemas de su predilección "El Reloj", "El Místico", "El deleitoso mal" y "Semblanza".

En "El reloj", el metro, escogido sabiamente, reproduce con la isócrona lentitud del alejandrino, el compás que el latido mecánico precisa; y la emoción del tiempo nos llega convertida en imágenes, grave y comunicativa como un ritmo cordial. "El Místico", fina y primorosa composición, asoma como un signo inquietante de rumbos poéticos que Frugoni prefirió sustituir. "Semblanza" es un soneto delicado, en que "el aterciopelado claro-oscuro" que Barrett descubría en el idioma de este libro, alcanza enlunado cenit. "Exhortación" tiene cálidas resonancias de "El Cantar de los Cantares"; "Aún", la melodía del pasado que genera memorias para eludir la muerte; "¿Odiarte?...", la fatalidad del amor, irrevocable frente a la belleza; "Camafeo" (segunda parte), geórgica sensualidad y luz eufórica, en versos plásticos y sobrios.

"LOS HIMNOS"

Nueve años, después, en 1916, Frugoni cumple con "Los Himnos" la asunción lírica de su magisterio social. El verso fluye, poderoso y profético, tributario —muchas veces— por su preclara función apostólica, de la elocuencia en que la poesía desiste.

Cabe, aquí, una interesante comprobación estilística: el lenguaje de "Los Himnos" (la materia verbal, como diría Thierry Maulnier), consecuente con la actitud que traduce y expresa, se resuelve en formas conceptuales o intuitivas de carácter dinámico dotadas de elementos activos que se deslíen con ímpetu oratorio o se concentran con transparentes músicas en que la poesía se resarce.

Esta poética dinámica, con su versión de imágenes directas y mediatas, literarias y alegóricas, está organizada en torno a dos tipos de acción: la acción natural, espontánea, que se expande (realizándola) en los estadios primarios de la vida universal y difusa (radiación, perfume, sonido —música, grito, canto—

1) "Al Margen", pág. 35 y siguientes.

palpitación, marcha, vuelo: destino inclusivo de la luz y los ojos; la flor y la carne; el agua, el viento, el fuego, la garganta; la entraña, la hoja, la ola; el pie y la raíz; el ala). En segundo término, la acción inteligente y voluntaria, que se expande, con la promoción de la conciencia, en los estadios superiores de la vida: exaltación del heroísmo unánime, vigilia profética de la lucha, mitin de corazones, puños y banderas: destino exclusivo del hombre, de sus manos que crean y aniquilan, de su pecho y su frente en pugna con tenaces fantasmas.

Hemos intentado establecer los límites principales del universo vocal inserto en este libro, cuyos poemas a menudo se aridecen porque la elocuencia es un sucedáneo, no una manera de poesía; la poesía, además, no puede abstraer, generalizar o definir: el concepto es la sombra lógica de la intuición: su epitafio.

El conocimiento poético es intuitivo. Se abalanza a la imagen, a la experiencia viva, como halcón amoroso que aprehende para salvar.

Pero Frugoni —que es, casi siempre, un intuitivo, es decir, un poeta— indemniza en "Los himnos" las declinaciones frecuentes que su noble profetismo apareja, con un temblor de entrañas convertido en mensaje.

Dos composiciones, sobre todo, nos agradan aunque sean antípodas de su mundo poético; "El Iluminado", poema de áulica estirpe, y "La fea canción del carpintero", de popular estofa. Aquélla, por su ejecución ceñida y fluida, a la vez; por las originales "variaciones" metafóricas que corroboran la musical estructura del retrato mesiánico —inconsciente autorretrato— y la delicadeza mental y emocional de sus adivinaciones creadoras.

La otra ("La fea canción del carpintero", que María Eugenia distinguía con su preferencia), por su ágil desenvoltura, su ritmo rápido, sus graciosas repeticiones y el feliz desembarazo de su intención revolucionaria.

"Los Himnos de Mayo" (el más antiguo está fechado en 1905, un bienio antes de "El Eterno Cantar") son las memorias líricas del luchador que, cada año, al celebrar la fiesta de los trabajadores, renueva su oración en la Acrópolis del porvenir.

"Mayo" (en nuestro hemisferio la fecha proletaria cambia su prestigio primaveral en otoñal promesa) sin duda es el más valioso. "Primero de Mayo" también nos gusta, aunque se resienta, salvo el hermosísimo final, por su tono elocuente.

Pero obsérvese que Frugoni, de cuya orfeónica naturaleza poética ya hemos hablado, se singulariza, aun en la poesía civil de "Los Himnos", por un efusivo y sorprendente poder de evocación que —según sea la materia que obtenga predominio: intuición de tiempo o de espacio— remanece con la primera principalmente en vena elegíaca y, con la segunda, en aptitud plástica y descriptiva: geórgica, primero, y urbana, además, años después.

Por ejemplo, en "El aedo canta", Frugoni sitúa la celebración revolucionaria de la Comuna en un ambiente geórgico, deliciosamente logrado, que subsiste por su hechizo propio desprendido, con centrífugo impulso, del tema a que sirve de marco y que le sirve de lastre.

Retenemos en la memoria algunos de esos versos plenarios (los de las tres primeras partes). Así, los labradores, con la frente imantada por el surco tras la tenaz faena, retornan. Y dice el poeta:

"El cielo no les vio más que la espalda"

Por otro lado, la nota elegíaca, fundida en ocasiones con la geórgica, asigna a los poemas sociales interés perdurable e insólito, como al citado "Primero de Mayo", aunque en la voz del orador, edificando un rumor divergente, la música del verso equivoque sus rumbos.

"POEMAS MONTEVIDEANOS"

En 1923, tras un período de silencio que duró siete años, Frugoni dio a la publicidad sus "Poemas Montevideanos", libro en que culmina su personalidad creadora, destinada a renovarse todavía, con obras ulteriores, en un aire de indeficiente plenitud.

El poeta militante de "Los Himnos" no desaparece; pero, por feliz sustitución, cede el primer plano al artista intuitivo, al que ve, dentro y fuera, al que organiza la totalidad poemática con sustancias legítimas, no obstante el nivel menor de algunos cantos.

Es, ahora, el poeta de la urbe, de su Montevideo natal, cuya dinámica imagen hunde un ala en la historia y otra en el porvenir. En el mágico centro de su fluida zona existencial, el poeta evoca: la realidad de ayer y la realidad del inquieto presente.

Poesía de sensaciones y de sentimientos en la que sentimientos y sensaciones son el símbolo, estéticamente irreprochable, de la intención profética o social —que obtiene de ese modo su adecuada jerarquía en el poema— se difunde y condensa en composiciones que poseerán un día, por adjetiva pero no superflua agregación, valor de estampas históricas enriquecidas simultáneamente con el testimonio afectivo del ciudadano y del poeta.

El Montevideo del autor no es solamente el nuestro. Es el de su infancia y el de su mocedad, un Montevideo que late con apacible ritmo de siesta solariega. Es, también, el Montevideo tumultuoso y despierto que coincide con la iniciada madurez de Frugoni; un Montevideo anfibio, entre urbe y aldea, que un día se le empina en la voz y ordena el canto.

No hay poesía sin amor. Y sólo hay amor superior al instinto cuando hay conciencia de lo que, amando, se defiende o ampara. Lo cotidiano, a pesar del "hélas!" con que lo amortajaba Laforgue, alcanza categoría poética por obra del tiempo que decreta su tránsito. Y aunque todavía ese tránsito no haya ocurrido, el poeta enfrenta lo cotidiano, trémulo, porque tiene la certidumbre de su fugacidad irremediable. "La poesía es palabra en el tiempo", dice Antonio Machado en página famosa. La poesía del presente no siempre descubre, cuando nace, su integridad emocional; pero —observemos— recatada en un principio esa integridad de la emoción emerge luego con desenvuelta latitud. Los cantos montevideanos de Frugoni, sin embargo de su materia cotidiana, o en virtud de ella misma, adquieren —cada día— por su autenticidad humana y poética, emoción nueva.

Refrendemos, a través de los poemas fundamentales —que, como se ha dicho, explotan temas sin precedentes en la historia de nuestra lírica— la contemplación ciudadana. Allí está ¡qué cerca todavía! el Montevideo sumergido en el tiempo ("El Tranvía del Norte", "Paso del Molino", "La Villa de la Unión", de sonriente y conmovido realismo el primero; saudosos y románticos, los últimos).

Aquí surge el Montevideo popular, con sus calles alegres y soleadas (públicas y casi íntimas: "La calle en la mañana"); con sus hogares (íntimos y casi públicos: "El barrio pobre"); con su rutina trajinante ("La hora del descanso", "Villa Muñoz"). Más allá, el Montevideo hospitalario, con sus remansos terrestres ("La Plaza Constitución", "Un alto en el camino") o con la blancura eufórica y marinera de sus playas ("El baño"). Y ahora, entre paréntesis de contrarios crepúsculos, la ciudad ferial, pintoresca y abigarrada: el Montevideo de la abundancia huraña ("El Mercado", cuya eficacia debilitan momentáneos eclipses del gusto) y del amor mercenario, del abasto sexual ("El barrio infame", cuya ejecución poemática, sin embargo, adolece de laxitud y explayamiento).

Pero acá nos aguarda otro Montevideo pintoresco: el de las humildes alegrías ("Villa Dolores", "El Domingo", cantos en cuya agraciada sencillez circulan precisas y preciosas imágenes); el de las familiares clausuras ("El Patio"), el de las vivaces faenas domésticas y los frescos desperezamientos matinales ("La mucama y el sol"). Aguardemos. Es la noche. Montevideo es ahora la ciudad del amor feliz: puertas y umbrales improvisan nocturnos paraísos ("La hora del amor"); hierve la vida céntrica ("El Retorno"); pero en la gran aldea la noche se desnuda, hasta volverse hostil y solitaria ("Sugestiones de la calle", con su recordable ráfaga final).

Y aún, entre el Montevideo de la vida unánime ("El alma de la ciudad") y el de la unánime muerte ("El Buceo", una de las mejores elegías de Frugoni), el Montevideo de la miseria y del hambre ("El Conventillo", que —es curioso establecerlo— constituye el germen del proyecto de "viviendas obreras" articulado por el representante popular).

En estos poemas, la materia objetiva alcanza preeminencia, no obstante la lírica levadura que la informa siempre. Hay otros, en cambio, que se apoyan apenas en el dato externo o se valen de éste —con urgencia afectiva— para la moción de un símbolo, para el vertimiento de una idea, o para el curso de un ensueño. Ilustra el primer caso: "El Mótorman" ("...un hombre amarrado a un camino"). Ejemplifican el segundo, tres poemas: "Radiotelefonía", el himno moderno de la voz ubicua; "Las Chimeneas", composición en que las imágenes epónimas aparecen inquietantes y graves en la mitología de la infancia; ávidas y colosales en las usinas donde se consuma el cotidiano sacrificio del hombre; menudas y tutelares sobre el hogar modesto donde el fuego defiende la esperanza acosada; y "La quinta en la ciudad" (el poeta intuye la fantástica socialización de los jardines que publicarán por la urbe su belleza y su amor cautelado).

Por fin, sirven de pauta al tercer caso, dos cantos, de contraria entidad cinética: "El barco emigrante", moroso poema en que la marcha de la nave parece desistir, como si degradasen su ritmo, con romántico imperio, los adioses que conmueven la orilla; y "El Monumento", rápida y admirable composición, en que la quietud del impulso, conminada por el poeta, parece próxima a desatarse, obediente a un amago perpetuo.

Hemos incidido en la crítica refleja con el deliberado propósito de mostrar una de las mayores virtudes de Frugoni: la riqueza y la novedad de sus concepciones poemáticas. Aunque espontánea, la ejecución alcanza consecuente dignidad.

"BICHITOS DE LUZ"

En 1925, Frugoni torna a sorprender con otro avatar de su voz; en **Bichitos de luz.** Este delicioso libro (de poesía menor —con frecuencia auténtica poesía— por su naturaleza elíptica y la brevedad lapidaria de sus composiciones) es uno de los más bellos y acaso el de más permanente rigor expresivo entre todos los suyos.

El canto inicial —que da humilde título al volumen— no obstante su carácter directamente metafórico, anticipa y sugiere con recatado simbolismo la trémula y concisa entidad de los sucesivos poemas, bichitos de luz (cocuyos, luciérnagas) en ingenuo aquelarre: "Parecéis tan sólo vuelo y resplandor. / Nadie ve que acaso brilláis con dolor."

En la estructura de las composiciones —que tienen el movimiento desembarazado y corto del cantar andaluz o del hai-kai japonés o de los "Proverbios y cantares" de Antonio Machado, sólo el movimiento, repetimos—, hay una poética implícita: la del relámpago verbal (latido de una imagen, ondulación de un sentimiento, papirotazo de un sueño, exhalación de una idea).

Hallamos, en "Bichitos de luz", con interrupciones momentáneas, impresiones regionales o autóctonas (en las cuatro primeras partes), aforismos líricos (en la quinta parte) y cantares (en las dos últimas).

Las impresiones autóctonas o regionales —de nuestro campo, nuestro mar y nuestro cielo— equilibran, con pinceladas tónicas, el déficit de los días urbanos y dibujan la escenografía dichosa del asueto en que se reincorporan las próvidas energías dilapidadas.

La nota geórgica resurge, localizada y en consecuencia enriquecida; tiene, además, ancho margen el tono popular, que suele diversificarse con áulicas presencias (La luna, vista como verónica del sol, por ejemplo).

Los aforismos líricos —o poesía epigráfica— ("Meditaciones") se encadenan sin superfluidad que percuda la voz del poeta en sus fluctuaciones de humor, ternura o melancolía. (En este grupo —y no en el anterior— debería figurar: "Oh sueño, aprendizaje de la muerte".)

Los cantares ("Madrigales", título inadecuado, y "Confidencias"), a veces de una sencillez indecible ("¡Cuántas estrellas brotaron —desde que viniste al mundo; —Ojos abrió el firmamento— para contemplar los tuyos"; "Nadie hay de mejor memoria - que la madre que yo tengo: - ¡cuando yo olvido mis penas, - ella las está sufriendo!"), se suceden como sorbos y reproducen la simplicidad misteriosa del alma popular ("Lloro sobre mi cadáver - y el cadáver de mis hijos - que murieron en mi alma - sin haberlos concebido"; "Hay quienes hablan a gritos - y quienes a media voz - y quienes lo dicen - con el silencio de Dios").

"LA EPOPEYA DE LA CIUDAD"

En 1927 vio la luz **La Epopeya de la Ciudad**, secuencia expansiva y mediata de los **Poemas Montevideanos.** Hay un paralelismo consciente y expreso, entre ambas obras. Pero Frugoni no se repite, ni siquiera al insistir en los mismos temas o cantarlos de nuevo. Montevideo es, también, el protagonista. Pero tiene otra alma: ahora, sin olvido de su pasado lejano o próximo, cuya sugestión melancólica perdura y reaparece, es la urbe moderna y cosmopolita, no la gran aldea de los "Poemas". Es el Montevideo actual, de esqueleto ciclópeo (piedra, hierro, cemento); el Montevideo motorizado y adulto en su atlética expansión edilicia; el que se extiende, a nivel, absorbiendo horizontes campesinos; el que crece, vertical, para merecer su corona de nubes. Por eso, la poesía de Frugoni ahora adquiere, sin empaque y por sus valores representativos, la proceridad de la epopeya; cobra carácter cíclico: se disciplina en cantos homogéneos; amplía el enfoque prístino con sencillez verbal en que un premeditado prosaísmo contrabalancea, a veces, con morosa fluencia, la arrebatadora dispersión del espíritu contemporáneo; y, acorde con su nuevo y más riguroso módulo estético, aleja el objeto, sin renunciar a él, para verlo, si no con tanta precisión, con mayor amplitud en la perspectiva mágica del poema. [1]

Para la nueva urbe, una poesía nueva.

Montevideo y su poeta, como diría Rodó: "cambian sin descaracterizarse". Tal ha sido

---

1) El crítico español Federico de Onís, en su "Antología de la poesía española e hispanoamericana", incluye a Frugoni en el grupo post modernista, "entre los poetas de la ciudad y los suburbios" que esbozan una "reacción hacia el prosaísmo sentimental". "Pertenece de lleno a esta época —insiste— por su atención a la vida cotidiana y por la expresión deliberadamente prosaica". El juicio peca de fragmentario y exclusivo con relación a personalidad tan compleja. Podríamos señalar, además, la venial inconsecuencia cronológica en que el crítico incurre al cerrar la etapa postmodernista en el año 1914, por un lado, y abstraer, por otro, un aspecto de Frugoni que —como los respectivos poemas escogidos para ilustrarlo— rebasa casi en dos lustros esa fecha. Y ya que la oportunidad se presenta, salvemos otros dos errores, uno de ellos, curioso: Frugoni nació en 1880 (el 30 de marzo); y cursó sus estudios en el Uruguay, no en Salamanca.

en rigor la consigna a que sujetó Frugoni sin proponérselo el devenir orfeónico —insistimos— de su mundo vocal, pluralidad simultánea modificada en pluralidades sucesivas.

Esta poesía, menos íntima que la de "Poemas Montevideanos", se acredita con hercúlea prosapia: Whitman, Verhaeren, Romains, cuyo árbol genealógico tiene raíces dinámicas y follaje de vértigo. "Par unanimisme", decía Romains —sin duda el menor y el más voluntario— "entendez simplement l'expression de la vie... unanime: collective. Nous éprouvons un sentiment religieux devant le monde qui nous entoure et nous dépasse."

Este parentesco no entraña, en Frugoni, dependencia ni inflexible postura escolástica. Y la disolución de la individualidad en lo colectivo, no es incondicional, ni deliberada ni constante.

Entre "El Canto de la multitud" y "El Canto del saludo y del destino", alfa y omega del volumen, difunde Montevideo su incoercible imagen. En aquél, es la ciudad aparente en su viva expresión demográfica: ubicua multitud indivisible, segunda conciencia del poeta que la integra y la elude para contemplarla; en el poema final, es la ciudad aparente en su móvil topografía, la Cosmópolis (con la historia de pie entre sus murallas remotas) que desde el Plata adelanta hacia el agro su renovada cosecha trasmarina.

Y entre esos cantos extremos, se suceden y alternan —por lo común en versos de ritmo voluble y rima discrecional, regularidad discontinua que no es, precisamente, la continua irregularidad del verso libre— poemas en que obtiene múltiple carta lírica la ciudadanía espiritual y física de Montevideo.

"El canto de los rascacielos" es el de la ciudad de hoy, aérea y profunda, que "crece hacia arriba y hacia abajo" y hace su entrada en el cielo, aunque parece perder, a medida que sube, perspectivas y entusiasmo cordial para mirarlo.

Pero junto a la jadeante urbe moderna, subsiste la ciudad de ayer, que custodia sus memorias con flores: "El Canto del Prado" (cuyo curso emotivo y lento culmina en un brusco y emotivo final) y "El Canto de las Quintas" (dulce aliteración tal vez involuntaria) en que la voz del poeta reasume, con graciosa transparencia, sus antiguas inflexiones románticas: adormecidas —como su juventud— en las frondas soleadas de Atahualpa y el Paso del Molino.

Y en "El canto de las evocaciones" (que sobresale cuando el poeta, tras la rememoración histórica, iza la imagen de su propio pasado) se unen las dos ciudades: la de ayer y la de hoy.

Paralela a esta dimensión temporal, se define la dimensión espacial de Montevideo, que es ya la urbe soberbia, donde se ufana el lujo, flanqueado de miseria ("El canto de la noche urbana"); ya la ciudad humilde, popular, proletaria. Sin oposiciones ingenuas, ésta se levanta en cantos musculosos, de plástica y dramática virtud, en que la protesta social, subrepticia o desnuda, sin mengua de su vibración demoledora, es la periferia y no el centro del acto creador. Son particularmente notables: "El canto de los barrios pobres", de los suburbios donde el campo hace a regañadientes su aprendizaje civil; "El canto de la vida sencilla", de manso prosaísmo, como el de los corazones que convoca con abrazo beato; "El canto del football" y "El canto del entierro", que también lindan con la prosa en su divergente y aguerrido humor; "El canto del circo" cuyo ritmo equilibrista, explosivo y cromático se corona con el prodigio de la reviviscencia emotiva. Y todavía "El canto de la Villa del Cerro" (saladeros y frigoríficos; huelgas, hambre; inquietud de puños crispados; y "la montañita epónima"), el de la Tablada, el del conventillo, el del canillita, el de las escuelas y, sobre todo, el del dique flotante.

Por último (libertad del pulmón, alas de oxígeno, fraternidad del sol, de la piel, de la sal), el Montevideo marinero ("El canto de los nadadores", uno de los más felices instantes del libro).

Una observación, aún. Frugoni no es nunca un costumbrista; no aquieta las líneas, en alicorto afán de fidelidad al objeto. El cuadro poemático no finiquita exhausto en los límites que la observación le concede. No sólo por la sugestión natural del sentimiento y de la metáfora, que crea nuevos e inacabables espacios en cada lector; sino también por la actitud del poeta, que en vez de contentarse con la reproducción exclusiva de la materia visible, va más lejos y llega, por fundamental añadidura, a la sugerencia solidaria de la materia invisible —realidad de segundo grado, todavía— a la que se accede únicamente por el contorno que tiembla sin fijarse jamás. Esa vibración —sustancia de sueños— es a veces activa: el puerto no es sólo el conjunto de barcos anclados; es, además, el desfile de las secretas imágenes ingrávidas que traen los buques en sus bodegas misteriosas y que nadie desembarcará nunca. El buque, aun inmóvil, es además el viaje. Y el puerto, un infinito punto de partida ("El canto

del Puerto"). La estación ferroviaria no es sólo el andén historiado por el ir y venir de los pasajeros; es, además, el tren, la marcha siempre reiniciada, la ciudad, en fuga interminable hacia el campo; el campo mismo que llega con el viajero a la ciudad ("El canto de la Estación del F.C.C.").

"LA CANCIÓN HUMANA"

Transcurren nueve años: el mayor interregno que había mediado hasta entonces entre dos libros de Frugoni: enéada de ejemplar acción cívica. En 1933, la dictadura —que sólo persiguiendo puede honrar— le deparó el destierro como un arduo laurel. Y en 1936, dos años después de su retorno impuesto por la explícita voluntad de su pueblo, publicó "La Canción Humana", el más representativo y polifónico de sus libros.

Aquel poder evocador, a que nos referíamos (y que es la poesía misma, como entraña, expresión y conciencia cósmica), se manifiesta (dentro de la obra de Frugoni, según dijimos) en dos corrientes principales, que ahora se reiteran con más ancho y vario aliento.

Desde el canto social (himno o elegía) en que el poeta torna a ser el aedo, el intérprete del alma colectiva, unimismada en la heroica mancomunidad del esfuerzo fecundo, humilde y silencioso, hasta el canto íntimo en que la confidencia se demuda; desde la composición que se adensa con áulicas luces, hasta aquella que se aligera con el delgado resplandor o la desnudez resplandeciente del tono popular; desde el poema urbano (en que la ciudad es ahora la indeterminada cosmópolis moderna) hasta el poema geórgico (que tiene la escenografía precisa de la naturaleza vernácula), acontece, una y múltiple, "La Canción Humana", con luenga belleza y cortos desfallecimientos.

Hay en el libro dos composiciones magníficas, de seguro destino antológico: "Los seis leñadores" y "Elegía filial".

"Los seis leñadores" es un poema en lentos alejandrinos que apuntalan, con su música grave, la fluente arquitectura del símbolo. Amanece. Parten hacia el bosque seis leñadores. Al anochecer, sólo vuelven cinco. Los cinco de nuevo salen con el alba siguiente; sólo cuatro regresan del bosque inagotable en que el hacha, empuñado relámpago, abate los árboles gigantescos.

Y así, entre el flujo del amanecer, siempre más rico que el silencioso reflujo nocturno, la selva, que arrodilla sus colosos, exige la cotidiana compensación de una vida, con que merma el regreso. Y en la sexta jornada, el sexto leñador, unigénito ahora de la soledad, lucha con el bosque. Y cuando la sexta noche dispara con sus tensas tinieblas las estrellas, nadie retorna, muerto el camino con el último caminante. Pero "...al clarear del siguiente día, los labradores - que trabajan los campos por allí, sin asombro - vieron pasar tranquilos otros seis leñadores - uno tras otro, mudos, con sus hachas al hombro".

Aquí se dan la mano la exactitud de los contornos, precisos mas no enjutos; la dignidad expresiva; la simetría del movimiento dramático; la castidad del símbolo que el poeta no desflora ni enfría con el recurso de la superflua explicación lógica.

"Los seis leñadores", himno y elegía a la par, de amarga y radiante belleza, es el poema de la lucha infinita con que la humanidad enaltece sus destinos: ¡Leñadores, al bosque, a morir cada día, abatiendo colosos! Una generación no alcanza la victoria: sus héroes caen, uno tras otro; pero vendrán los tenaces epígonos a continuar, en la selva hostil, la faena titánica.

"Elegía filial", sin esas virtudes que relevan la concepción y ejecución del anterior poema, no es menos notable: se estrecha en versos irregulares y nerviosos. Cántico de contrición, adquiere dramática latitud universal: el hijo encanecido invoca al padre muerto; no son sus remordimientos los que equilibran con lágrimas el peso de la culpa; sino los que el amor convoca para reparar, en las profundas perspectivas de la muerte, las involuntarias omisiones de la vida, las ternuras que aplazamos y recluimos en el alma, creyendo siempre —con pudor viril— que habría tiempo para verterlas; y que ahora se vengan, porque se revuelven sin objeto, fatalmente perdidas. Al fin la esperanza del perdón apacigua la angustia del poeta: la suya, la de tantos:

"Pero tú me estrecharás - dulcemente contra tu corazón - y me dirás: descansa."

Hay otros poemas dignos de los anteriores. En "Llamamiento", el liminar, la naturaleza lírica expansiva que William James consignaba como un privilegio de Whitman, reaparece, lo mismo que en "El canto heroico" y "Hércules canta". "Esqueletos de rascacielos" es el poema del hombre devorado por su misma potencia: amo y transformador de la materia, levanta en la embriaguez del orgullo el monumento de su propia esclavitud. "El nuevo Fiat-Lux" es una resurrección del Frugoni profético que señorea en Los Himnos; y, a pesar del título, demasiado literario, y de sus precedentes, a menudo

oratorios, constituye una pieza de poderosa modulación lírica.

Los poemas campesinos, en los que la nota geórgica y eclógica —cobrando carácter autóctono— suele presentarse asociada a la vibración elegíaca o erótica o a la inquietud social, forman un grupo de calidad preeminente, en el que descuellan: "Los caminos", cauda y cauce del caminante ("Me crucé con los carreros que arrojan ante su paso - el maneador de un silbido - para que desle los aires - ponga cuarta a su fastidio); "Manga de langosta" ("diluvio que inunda de hambre las praderas"); "Campaña dormida" (con el apocalipsis de la patria futura) y, en particular, tres romances: "Los troperos" ("las tardas - reses que garabatean - en el aire con sus guampas - como queriendo enredarse - en los cuernos, la mañana"); "Romance de invierno" ("al trote de mi caballo - una mañana de junio"), agria y enérgica conjunción de la naturaleza y el espíritu; y su antípoda y complemento: "Romance de la culpa...", igualmente admirable, sin embargo de unos pocos versos frustráneos.

La nota popular y folklórica de "Bichitos de luz" resurge, con enceladas músicas, en "Chacarera" ("El arroyo va llorando - pues te tuvo y te perdió - y el perfume de tu carne - va en sus aguas con el sol..."; "...está floreciendo en llamas - el ceibo porque te vio").

Como puede inferirse de este rápido análisis, **La Canción Humana** es obra proteica. Otros poemas todavía imparten, con adecuado desarrollo, novedades temáticas al conjunto. "Fémina actual" y "Tragedia sin sangre", por ejemplo. ("El tema", decía Paúl Valéry, "es, con respecto al poema, tan extraño y tan importante, como para un hombre su nombre". Sí. Y no lo hace, como no hace el hábito al que lo viste. Pero no es nada más ni nada menos).

. . . .

"LA ELEGÍA UNÁNIME"

Y ahora, en la primavera de 1942, Frugoni concluye su noveno libro de poemas: **La Elegía Unánime.** Cuarenta y dos años han corrido, pues, desde su iniciación. ¿Qué aptitudes dejó, voluntaria o involuntariamente, en el umbral - que sólo la memoria repasa - de los días vividos? ¿Cuáles vinieron a sustituirlas? ¿Qué inflexiones hoy asume su voz, historiada de sueños y agonías, fatal como su sangre?

Ya asistimos al proceso generativo de su poesía, íntima en un comienzo, luego social sin abdicación de sus esencias personales. Ahora, en este libro, se cumple la más dramática y viva concordancia del poeta y del aedo; del que da cuerpo delicado y melódico a su propia conciencia y del intérprete amoroso y profético de la conciencia colectiva, pero en la hora formidable de la prueba: cuando el hombre no se acuesta a morir; cuando muere de pie, cuando habla el idioma ardiente del martirio con lengua de fuego que le quema los labios y le enceniza las palabras. Hora de la elegía por lo que se pierde. El himno volverá. Hay que fundar con sangre el nuevo día, para restituir el cielo a la sonrisa de los niños, para que la muerte pertenezca al hombre y no el hombre a la muerte. Hora de la elegía que reivindica el derecho del corazón a tutelar sus muertos y a padecer por ellos; nunca a desesperar ni a eludir el combate.

La Elegía Unánime, pues. El título es hermoso y exacto. Porque al dolor de todos, en que participa apasionadamente el poeta, se suma el dolor de otras pérdidas que la esperanza no puede disimular. Dijimos que la poesía de Frugoni es temblor y mensaje: completemos, con este libro ante los ojos; temblor confidencial y mensaje profético frente a la muerte unánime. Porque es la misma muerte la que atierra sus puntuales y sigilosos halcones sobre la compañera en que sobrevivía su juventud y sonreía la prisa del tiempo; la misma muerte, aún, la que desata en la guerra, su demencia homicida, su pánico oleaje irresistible.

No hay, entre las de Frugoni, obra de más pungentes valores confesionales. Consta de cuatro partes: la primera da título al conjunto. En el limen, con versos lapidarios y ondulantes a la vez en su magistral simplicidad, el poeta nos adelanta su saludo: "...éste es mi corazón deshecho en cantos"... Y pensamos, recordando versos de Antonio Machado: ¿Se puede juzgar un corazón?

Porque ésta es poesía vivida, sin trucos ni voluptuosidades, dramática y desgarrada: el músculo asoma y el hueso blanquea.

. . . .

Si hubiera que escoger una divisa epónima, un símbolo cent.·al para cada poeta, ninguna imagen representaría, como la de un camino, la militancia carminal y humana de Emilio Frugoni.

"La Elegía Unánime" llega a su término con esa imagen. ¿Por devenir fortuito?

Camino irreversible del retorno: las energías del viajero lo llevan y dilatan: si más pe-

sado a medida que se reçorre, más glorioso a medida que se vence. Y con cruceros arbolados y rumorosos donde aguarda el amor que no sabe morir y en su diverso oficio de laureles, alas délficas a la orilla del éxtasis, previene una guirnalda y otra guirnalda: la del libertador y la del poeta. Para la misma frente.

[1942]

FRUGONI POETA

ELEGÍA FILIAL

PADRE:
Por encima del tiempo y de la vida,
beso tus manos fértiles
que levantaron nuestra casa
y encendieron en ella
sobre la mesa convivial
—eje de la familia—
la lámpara de los recogimientos.
Beso tu frente devastada
que se cubrió de surcos
de tanto pensar en nosotros
y por nosotros.
Déjame reclinar en tu pecho
la cabeza afiebrada
y pedirte perdón.
Perdón mil veces
en silencio,
en muda congoja,
que tú sin duda oyes
desde la eternidad.
Porque los muertos oyen
las palabras que no decimos
y las voces que parten de nuestro corazón
sin llegar hasta la garganta.
Déjame pedirte perdón
por todo el mal
que sólo pude darte
en cambio de tanto bien.

La vida te había tallado
a golpes de adversidad
Joven saliste por los caminos del mundo,
a luchar con el dragón de la suerte
y a desafiar al genio del Monte Encantado
A tu espalda quedaron más allá de los
[mares
dos brazos de madre tendidos hacia ti.
Tu corazón se trajo para todo
el resto de tu vida la tristeza
de aquella despedida.
Tuviste tu heroísmo
callado y sin alardes.
Hoy que los años me doblegan
sobre el misterio de la vida,
te comprendo y te amo
como nunca te amé...
Y me quemo hasta consumirme
en el remordimiento
de no haber sido una alegría
ni un consuelo para ti,
como lo fue mi madre
y lo fueron tus hijos, menos yo.
No está lejano el día
en que yo me tienda
para siempre a tu lado.
Y yo sé que ese día
tus brazos se abrirán para acogerme
sobre tu pecho.
Y yo te diré:
—Aquí estoy,
castígame!
Pero tú me estrecharás
dulcemente contra tu corazón
y me dirás:
—Descansa!

(Del libro "La Canción Humana".)

LOS SEIS LEÑADORES

LOS árboles se alzaban con ansiedad al cielo.
Sus ramas sostenidas por troncos colosales
tendían una alfombra de sombra en el suelo,
mientras el sol doraba los líquidos trigales.

Con hachas que en sus hombros al sol resplandecían,
cruzaban los rastrojos seis recios leñadores
que hacia los gigantescos árboles dirigían
sus pasos, con un aire como de vencedores.

Al arribar, las hachas tranquilos depusieron,
midiendo con la vista los inermes gigantes.
De pronto seis relámpagos en seis troncos mordieron
y seis golpes sonaron como tiros distantes.

Todo el día se oyeron en dilatado espacio
los golpes de las hachas en los tenaces troncos.
Ya el cielo había perdido su fúlgido topacio,
y aún resonaban lúgubres y extrañamente broncos.

Cayó sobre los campos un silencio de asombro
Y luego del crepúsculo a los vagos fulgores
tornar vieron los campos con sus hachas al hombro,
uno tras otro, cinco de los seis leñadores.

En la aurora del día siguiente retornaban
los cinco leñadores a librar su contienda.
Uno tras otro, impávidos y en silencio marchaban
con sus hachas al hombro por la ondulante senda.

Todo el día estuvieron en el anfiteatro
del bosque, fulminando los colosos mayores.
Al fin de la jornada tornaron, y eran cuatro
uno tras otro, siempre mudos, los leñadores.

Cuatro fueron de nuevo a librar su combate
con la selva, que iba quedándose en escombros.
En procura marchaban del penoso rescate
Sin hablar, en hilera, las hachas en los hombros.

Volvieron tres, y al otro día cuando tornaron
eran dos solamente, y sin decirse nada
uno detrás del otro por la senda marcharon
con una indiferencia de muerte en la mirada.

Después fue uno tan sólo, que tornó a la tarea
de mañana temprano, con adusta porfía.
Fue más feroz y larga que nunca la pelea,
pero no volvió nadie de la selva ese día.

Y al clarear del siguiente día los labradores
que trabajan los campos por allí, sin asombro
vieron pasar tranquilos otros seis leñadores
uno tras otro, mudos, con sus hachas al hombro.

(Del libro "La Canción Humana".)

PALIDA MORS

CUANDO a buscarme vengas te llevarás mis huesos
y mi carne marchita y mi sangre hecha hiel,
más no podrás llevarte la emoción de mis besos
ni el ritmo de mis cantos ni el verde laurel.

Tú no podrás llevarte la vida que he vivido,
el placer que he gozado, el sueño que soñé.
Cenizas de una leña que a los vientos ha ardido,
eso es lo que en tus manos tan sólo dejaré.

Cuando a buscarme vengas sólo hallarás mis rastros.
La vida ya hará tiempo que se te adelantó.
La vida, la que enciende y desgasta los astros,
poco a poco en sus rudas manos me trituró.

En sus brazos quedaron mi juventud zahareña,
la embriaguez de mis horas de lucha y frenesí,
todo lo que en el alma florece, vibra y sueña.
¡Qué poco has de llevarte cuando vengas por mí!

(Del libro "La Canción Humana".)

FUGA

CON su proa de fuego y de diamante
al puerto entró de mi melancolía,
velas al viento, el impetuoso día
llevándose las nieblas por delante.

Dispuesto a ser un ágil tripulante
de esa nave que el cielo me traía
y la ensenada de mi pecho hendía
y el corazón hurtábame al instante,

salté del lecho y me arrojé a las olas
de luz que en mis cristales se estrellaban
y me alcanzaban del jardín profundo

trinos en flor. Y por las sendas solas,
que al paso del bajel se despertaban,
me fui con él a inaugurar el mundo.

(SONETOS MIOS, año 1957.)

EL VANO REPROCHE

NO me quejo —oh dolor— de mis dolores
que son, al fin, el precio de mi vida.
Me quejo de que acerques mi partida
hurtando espacio y tiempo a mis labores.

Me quejo de que lleguen tus rigores
a arrebatarme de la mano herida
el arpa y el cincel, la hoz, la brida,
y hasta el tímido aliento de mis flores.

Me quejo, sí, de que implacable vengas
a borrarme los pies, y me detengas
sin dejarme arribar al puerto amigo

donde, sin los azares de mi viaje,
pueda lanzar al mundo este mensaje
que cual secreto halcón, traigo conmigo.

(SONETOS MIOS, año 1957.)

SARA IBÁÑEZ

(Acusando recibo de "Canto")

EN lágrimas se afina el cristal de tu
[acento,
y en tu canto disuelve sal y sol la ola ruda.
En tu flauta se vuelve perfume de aire el
[viento.
Un alma brota de ella como una flor
[desnuda.

Es divina la gracia con que tu ardor se
[escuda.
El ángel de tus manos al impulso violento
pone bridas de seda y lo torna lamento
o musical suspiro que el corazón anuda.

Todo el mar de la vida se hizo espuma en
[tu verso
y perla en el lirismo de tu emoción
[humana.
En tu mundo de símbolos se exprimió el
[Universo.

Cuando cantas el cielo se deslíe en
[jazmines,
y nos penetra mística la vibración lejana
de una angustia en el trémolo de celestes
[violines.

(SONETOS MIOS, año 1957.)

EL RELINCHO

VINO rodando en el silencio oscuro
de la noche invernal desde muy lejos.
De restregarse en la distancia ardía
hasta trocarse en ráfaga de fuego.
Lo vio venir el bosque entre las sombras
y se puso a temblar de rabia y miedo.
Mas él siguió su viaje de centella
y se perdió en la infinitud del cielo,
donde encontrar el sol de la mañana
para colgarse de su ardiente cuello
y retornar con él hacia los campos
que en la alta noche resonar lo vieron.
El relincho volvía a su caballo
que lo estaba aguardando en su potrero.

(LOS CABALLOS, libro de poemas, 1960.)

ARTURO J. DUBRA

COMO ME ENCONTRE CON FRUGONI

Montevideo, 1º de octubre de 1970
Doctor Carlos Quijano
Presente
Querido amigo:

El esfuerzo editorial de MARCHA y el profundo conocimiento que posee Eduardo Jaurena del ideario del maestro, unido a su afecto y su admiración por él, nos ofrecen una síntesis brillante del pensamiento vivo de Frugoni.

En ella se aprecian las características más salientes de su personalidad: su amplia información sociológica; su acabado conocimiento del marxismo, de los antecedentes históricos del socialismo y de su devenir; su paso trascendente por la Universidad; su infatigable actuación como periodista; su dominio de la realidad nacional y, sobre todo, su condición de grande y elocuente tribuno, de un nivel no igualado ni en el Parlamento nacional ni en las tribunas partidarias.

Hemos dicho síntesis, pero ha sido tal el acierto de Jaurena en la elección de los textos, que quién no conozca en detalle la obra de Frugoni encontrará en este Cuaderno una guía para ponerse en contacto con ella y un estímulo para estudiarla en toda su dimensión.

Este "muestreo" de la obra de quién fue maestro de la juventud uruguaya —socialista o nó— es de una oportunidad indiscutible. En momentos en que el país está luchando por romper las viejas estructuras que traicionan su destino y por arrancar el quehacer público de manos de políticos corrompidos y mediocres al servicio del imperialismo, esa voz de nuestro pasado reciente —que tiene asombrosos acentos de futuro— trae un mensaje de esperanza a todos los hombres de buena voluntad.

Como decía Frugoni, no era necesario estar con él ni compartir íntegramente las soluciones socialistas que propiciaba. Le bastaba con despertar en los espíritus jóvenes esa apetencia de futuro que fue el sino de toda su vida.

Generosamente nos ofreció su inmensa panoplia de armas morales e intelectuales, para que escogiéramos las que creyéramos más aptas —incluso para combatirlo. Y fue un contendiente amplio y respetuoso que siempre nos comprendió y nos estimuló en la búsqueda de los buenos caminos.

Por esto y mucho más, bien venido ese pensamiento vivo de Frugoni que será siempre un punto de partida seguro para enfrentar e interpretar la realidad que nos oprime y para continuar esa lucha a la cual don Emilio dedicó toda su obra y toda su vida.

Con un fuerte abrazo, su amigo de siempre

ARTURO J. DUBRA

YO iba caminando a lo largo de 18 de Julio con un andar distraído, casi pensativo, tratando de resolver un problema vital: acababa de ser expulsado de un colegio de curas. ¡Y tenia que escribir a mi madre explicándole el porqué de esa expulsión del modo más favorable para mí... y verosímil! Mi mayor dificultad es-

tribaba en que mis antecedentes como alumno del Seminario —¡qué mi madre bien conocía!— no me permitían pintarme como víctima inocente de una injusticia frailuna. Ensayaba una y otra explicación para descubrir enseguida que ninguna resistiría su desconfiado análisis.

Caminaba tan ajeno a lo que no fuera mi inmediato y tremendo problema, que prácticamente tropecé con un grupo de varias docenas de personas. Rodeaban una tribuna desde la cual un hombre fornido, de baja estatura, ademán severo, voz tronitosa y castizo decir, les dirigía la palabra.

Iba a retomar mi andar y mi problema, cuando una de sus frases azotó mis sentimientos de blanco por tradición familiar y espíritu de rebeldía. Decía más o menos así: blancos y colorados son los mismos mercachifles que cambian sus abalorios por los votos de un pueblo al que tratan como a una tribu de indios.

Me paré en seco y me puse a escuchar.

El orador era Emilio Frugoni y aquella una tribuna socialista.

Nunca lo había visto ni oído hablar ni leído nada escrito por él. Conocía su nombre y su fama de orador, pero nada más. Que no lo conociera personalmente era muy comprensible; que nunca lo hubiera oído ni leído, también, porque yo era apenas un adolescente criado en el campo y pupilo de un colegio de curas. Nada sabía tampoco de la existencia de un ideario socialista y en ese momento no se me importaba ni poco ni mucho porque toda mi indignada atención estaba centrada en aquellas blasfemias que se me antojaban dirigidas especialmente a mí... o contra mí.

Tuve que oir que blancos y colorados son las dos caras de una falsa moneda que se libra a la circulación diciéndola de oro de ley y noble cuño; que colorados y blancos exacerban las pasiones elementales del pueblo —enraizadas en nuestra vieja y dolorosa historia— para, obnubilando su raciocinio, impedirle que se erija en dueño y señor de su destino, que las divisas blancas y las divisas coloradas encubren el juego diversionista inventado por la burguesía nacional para perpetuar la explotación de los trabajadores y frustrar su auténtica misión histórica; que ellas son enarboladas para entropillar a las masas y arriarlas a las urnas a votar contra sus legítimos intereses. Hasta tuve que oir que blancos y colorados son el mismo perro con collar de distinto color... y a veces rosado.

Yo me había criado en Nico Pérez, un pueblo que por su posición de encrucijada geográfica fue también encrucijada política. A la mesa de mi abuela se sentaban los caudillos blancos que habían tomado el pueblo, lo habían perdido, lo habían vuelto a tomar... En las largas sobremesas —siempre cortas para mi apetencia de oir— contaban una y otra vez sus andanzas de revolucionarios impenitentes. Yo había hurgado con mis dedos infantiles en los agujeros que las balas de los blancos dejaron en los panteones del cementerio donde se atrincheraron los colorados del coronel Pollero. Había oído —o creía haber oído— el estruendo de las balas cambiadas en 1910... y allí estaba yo, blanco como "güeso" de bagual, pegado a una tribuna escuchando a un desconocido que afirmaba ¡y demostraba! que el antagonismo de los partidos tradicionales es un artilugio creado por el ajetreo político para obtener buenos dividendos en las urnas.

Para mi alivio, el orador dio el punto por suficientemente tratado y pude continuar escuchándolo sin remordimientos.

Yo venía del campo. Desde niño conocía la relación casi familiar entre la tranquila humildad del peón que obedece y la tranquila autoridad del patrón que manda. Y esa realidad humana, tan acorde con el manso trajinar de los hombres y de los días, se me había impuesto como un hecho armónico, sólido, natural y tan inmutable como el cerro pedregoso que vigila mi Nico Pérez.

Pero allí estaba aquel hombre diciendo que el régimen de tenencia de la tierra es aún semifeudal; que la relación —¡mi relación armónica, sólida, etc.!— entre el proletariado rural y los grandes propietarios del suelo, lo es entre explotados y explotadores; que mientras haya hombres sin tierras para trabajar y tierras sin hombres, el Partido Socialista agitará la bandera de la reforma agraria, única solución para el problema del agro.

Luego habló sobre el imperialismo, es decir, contra el imperialismo. Precisó el sentido de este término nuevo para mí y dió numerosos ejemplos de la penetración imperialista en nuestro país y en todo el

continente. Con grande y penosa sorpresa me enteré que estábamos quedando sin país; que el trabajo y el esfuerzo de las masas trabajadoras iban a llenar las arcas de los capitalistas ingleses. Pero el imperialismo inglés —continuó— que nos explota desde nuestra independencia, se encuentra en franca retirada. Pero salimos de guatemala para caer en guatepeor, porque va siendo reemplazado por otro joven, en plena eclosión y por ello más voraz: el yanqui Aprovechando la experiencia de aquél, se constituirá en un obstáculo aún mayor para nuestro desarrollo económico y en una amenaza para nuestra libertad política. Se apoderará de nuestras fuentes de producción más importantes, distorsionará nuestra economía y nos reducirá a la pobre condición de país monocultor cuya productividad será regida por las necesidades de su compleja economía mundial.

Muchos años después tuve que sufrir a algunos compañeros de filas que acababan de "descubrir" el fenómeno imperialista y encaraban su estudio como un aporte nuevo y personal al ideario socialista, callando todo el trabajo inicial de Frugoni y de sus colaboradores de la primera época.

Su discurso, como todos los suyos de aquella época, fue extenso y didáctico. Su profundo y elaborado pensamiento emergía en conceptos simples y claros porque estaba destinado a una masa que necesitaba aprender y que, desgraciadamente, todavía no ha aprendido. Su propósito confeso era convertir a cada oyente en un militante de la gran causa en que estaba empeñado. Años después le oí estas palabras sentidas y orgullosas: Si mis conferencias contribuyeran a formar aunque más no fuera tres militantes socialistas, me sentiría satisfecho. El tradicionalismo feroz que nos rodea no nos permite aspirar a mucho más. Lo tiene todo: poder político, propaganda, dinero. A nosotros sólo nos deja la verdad gritada por un semanario pobre y algunos modestos murales que pegamos en las calles y que alguien —sospecho que la policía— se encarga de arrancar.

Todo en aquel discurso era nuevo para mí y no se conjugaba con la plétora de literatura francesa que devoraba, a razón de casi un libro por día, sin más método que el azar de su colocación en la biblioteca de mi tío. Pero Frugoni explicaba con tanta lógica y tanta pasión su punto de vista, que me mantuvo allí, pegado a la tribuna, pendiente de sus razones demoledoras como golpes de mazo.

Recogí un nombre que pronunció varias veces: Carlos Marx. Al día siguiente comencé a leer el Manifiesto Comunista.

Entre aplausos, mi orador descendió de la tribuna. Su público se apretujó para palmearlo, estrecharle la mano, abrazarlo. Yo no me atreví a tanto —¡quién era yo!— pero me acerqué lo más posible para continuar viéndolo y oyéndolo. Ya no era el tribuno de ademán severo y voz sonora como campanas, sino un hombre llano, cordial, con una palabra casi cariñosa para cada uno de sus modestos compañeros. Se alejó entre los que yo supuse serían sus más allegados.

Permanecí en aquel rincón de la plaza Libertad hasta que los "compañeros" más jóvenes desarmaron la tribuna y descolgaron y arrollaron cuidadosamente el largo letrero que decía Partido Socialista.

Después, oir a Frugoni fue casi un vicio para mí y se me encontraba acto a acto al pie de las tribunas socialistas. Un día había de subir a ellas, pero aún tenían que pasar muchos años y muchas cosas.

Una jugarreta de mi columna vertebral encadenó mis dieciocho años a una dura cama de la que me levanté no curado pero si atiborrado de literatura socialista. Hasta había leído El Capital. Casi todo.

Vuelto a la actividad ciudadana, me afilié al Partido Socialista. A él entregué más de cuarenta años de mi vida. Los mejores.

Discrepé con Frugoni frontal y duramente. Enfrentar al maestro era un lujo para este menudo político, sobre todo porque ya sabía que a una borrascosa sesión del Comité Ejecutivo seguía una invitación para almorzar juntos.

Terminaré estas líneas, homenaje agradecido de quién fue un discípulo, con unas palabras que le oí en aquel atardecer lejano de mi lejana adolescencia y que expresaban cabalmente su sentido humanista del socialismo: Una revolución trascendente sólo puede hacerse con dos coordenadas indeclinables: el socialismo y la libertad.

Arturo J. Dubra

DOS DEFINICIONES Y UN MENSAJE

Una definición de la democracia

● Aspiramos a que la democracia sea integral y que tenga, como tantas veces lo hemos dicho, al igual que todas las realidades físicas, tres dimensiones: una dimensión política, como campo de acción y garantía de las libertades del ciudadano en la vida cívica; una dimensión social donde se haga presente el espíritu de las conveniencias sociales y de las necesidades colectivas, por encima de las relaciones jurídicas del individuo en el campo de la vida y del derecho privado; y una dimensión económica, donde el hombre en la persona del obrero urbano, del trabajador del campo, del blanco, del negro, del indio, del amarillo, en todos los ámbitos de la producción y del trabajo, en las campiñas, en los talleres, en las usinas, en las fábricas, en las minas, en las plantaciones de América, en los establecimientos fabriles de Europa, en las factorías coloniales, en los ingenios de azúcar, en los gomenales del Perú, en los yerbales del Paraguay, en los arrozales, en las estancias, en las chacras del Uruguay, el hombre allí se encuentre con el amparo de una ley de justicia que lo libre de la explotación y le restituya, le devuelva íntegra, perfeccionada, su personalidad de productor y su sagrada condición humana. (¡Muy bien! Grandes aplausos.)

(Párrafo de una conferencia dictada por Frugoni el 26 de agosto de 1943 en el colegio José Pedro Varela.)

Mensaje a la juventud

● La juventud socialista del Uruguay, como la de la Argentina, como la de la América toda, tiene una misión muy alta que cumplir. La espera y la reclama un amplio campo de acción, todavía virgen en gran parte. Jóvenes de un mundo joven, los jóvenes de América viven una doble juventud: la de sí mismos y la del medio donde actúan e irradian sus energías y entusiasmos. Pero si, además son socialistas —como alguna vez lo he dicho y me place repetirlo— entonces son más jóvenes todavía. Porque si juventud quiere decir no sólo el verdor orgánico por escasez de años vividos, si juventud quiere decir comienzo consciente de la vida (y todo comienzo es esperanza); si la juventud es germen y no residuo, si es compromiso con el porvenir y no alianza con el pasado; si es impulso de superación del presente y no retroceso, retirada ante las solicitaciones del futuro, yo sólo sé de una manera de ser cabal y verdaderamente joven: ser joven y ser socialista.

Por no serlo, muchos jóvenes han vuelto la espalda al destino de su generación y se han perdido por atajos de incertidumbre, de escepticismo, de error o de ceguera, que los han conducido a despeñarse hacia abismos de regresión o de estéril insensatez.

Asistimos a una terrible crisis mundial en que la juventud padece un drama propio, inquietante y a menudo pavoroso: el de su ubicación en la vida dentro de un mundo convulsionado que se agita en los estremecimientos del trance formidable de alumbrar una nueva era entre ríos de sangre y estertores de muerte

....

Entretanto, seamos optimistas. El socialismo surgirá como el sol después de la tormenta. Los pueblos no se conformarán con otras luminarias menos fecundas y menos firmes. A través de la tormenta misma va ganando posiciones.

Queremos para nuestra América y para nuestro país, como para el mundo todo, la realización de una empresa histórica, que no podrá llevarse a cabo sino por el esfuerzo tesonero de las nuevas generaciones, conscientes de que deben legar a las venideras, lo que no han podido o no han sabido legarles las que como la nuestra, se van acercando ya a la terminación de sus días

En la hora del desastre, es sobre los jóvenes que recae el mayor peso del horror de la guerra; y es su sangre la que se vierte en las trincheras, en los campos de batalla, en las tétricas acechanzas de la guerra marítima. En la hora de la reconstrucción serán los jóvenes de hoy, los sobrevivientes, los que tendrán a su cargo la tarea de orientar la vida de los pueblos, para que se cumpla mejor el destino glorioso de la humanidad.

Si queremos que la paz reine en el futuro; si queremos que desaparezca de la historia de la humanidad esta abominación monstruosa y anacrónica de la guerra, resabio obstinado de la barbarie primitiva, luchemos por el triunfo del socialismo, y esperemos que estos jóvenes de hoy que se entregan con entusiasmo a la causa socialista, se hayan apoderado a favor de la conciencia pública conquistada, de los resortes directivos de la sociedad, para que reúnan a las multitudes obreras y populares de América toda en una gran comunión de ideales de fraternidad y con las de América, las multitudes obreras y populares del mundo entero, como hoy se reúnen ellos para sentirse hermanos y encenderse en la llama sagrada de sus bellos sueños de solidaridad y justicia, que como los de los sabios, al decir de Anatole France, la humanidad va realizando a pesar de todo, por encima o por debajo de sus luchas, de sus choques, de sus catástrofes, de sus exterminios, de sus desesperanzas y de sus desesperaciones.

Jóvenes socialistas: El porvenir —un porvenir de justicia, de libertad y de fraternidad— está en nuestros espíritus; solo hace falta que descienda hasta vuestras manos para que podáis clavarlo como un estandarte, o como un árbol, en la tierra conquistada de las realidades tangibles de una vida social y política, sin explotadores, sin tiranos y sin dictaduras.

(Del discurso pronunciado en el primer congreso de la Juventud Socialista del Uruguay la noche del 26 de enero de 1940, en el teatro Mitre.)

Un juicio sobre Estados Unidos de Norte América

Es un espectáculo semejante al de esos paisajes en que se ve, al mismo tiempo, en oriente brillar el sol, y en occidente perdurar aún la luna, como una anacrónica supervivencia de la noche recalcitrante.

Por un lado, las cumbres de civilización, que son sus ciudades, los ríos de progreso vertiginoso que son sus ferrocarriles y sus caminos hormigueantes de máquinas diabólicamente veloces, por otro lado la vida semisalvaje de sus indios en los reservatorios y la semibarbarie de sus cowboys en el misterio novelesco y bravío de las praderas del Oeste... Asombrosos y desorientadores contrastes, sólo comparables a las contradicciones que presenta la psicología de este pueblo simple y complicado, niño en algunas cosas y viejo en otras, positivo y pueril, con astucias y garras de animal de presa e ingenuidades de adolescente, progresivo y cultor de la tradición —cultor hasta el punto de dar por momentos la impresión de que las cosas del mundo material lo arrastran a su pesar en la corriente de una evolución que se le impone y lo domina—, generoso y egoísta, utilitario, idealista y traficante, materia y espíritu, prosa y poesía, poesía ruda, eso sí, robusta y alada, cuya encarnación diríase el águila rampante dibujada en su escudo: ave carnicera de fuerte pico y garras terribles, semejantes a raíces aptas para adherirse a la materia, pero con alas a cuyo impulso podría campear como el genio de la vida terrestre, con serenidad olímpica, en la azul inmensidad del espacio.

(Contenido en un artículo que publicara en la revista bonaerense "Nosotros" al retorno de un viaje que Frugoni realizara a aquel país el año 1915.)

FRUGONI PARLAMENTARIO

Febrero 18 de 1911

Primer discurso parlamentario

• "El partido a que pertenezco allega al debate ardiente de la política nacional, una palabra serena y franca, ruda a veces, con esa honrada y sana rudeza de los puños que forjan el hierro y elaboran en la fecunda sombra de los sacrificios anónimos los materiales de que se alimenta el progreso social o amasan, heroicamente, el pan nuestro de cada día.

Con esa palabra aporta una conciencia de clase que se cierne sobre el conjunto de la colectividad, vela por los derechos de todos y ejerce a todas horas esa facultad de crítica que esgrime como un arma formidable contra las injusticias y los errores de la sociedad burguesa, permaneciendo en incesante vigilancia frente a los actos de los hombres y de las agrupaciones, para dar a tiempo su grito de alarma contra los abusos del poder, contra las incorrecciones políticas o administrativas, contra las maniobras fraudulentas o sucias o simplemente sospechosas de los que tienen en sus manos los intereses colectivos.

.. ..

No ignoro, señor presidente, que acaso mis palabras suenen un poco rudamente en los oídos de los señores diputados; pero lejos de lamentarlo, me congratulo, porque yo no he venido aquí a hacer escuela de decir agradable, envolviendo en más o menos delicados eufemismos las asperezas del pensamiento, sino que he venido a decir la verdad desnuda con el acento sincero y algunas veces agresivo que ha dejado en mis labios la costumbre de hablar llanamente en las tumultuosas asambleas populares."

Mayo 25 de 1911

Interpelación al ministro del Interior a raíz de una huelga obrera

Señor Frugoni. — "Los soldados, señor ministro, tienen una misión determinada, que no es la de ocupar el puesto de los trabajadores: los trabajadores pagan y sostienen sobre sus espaldas al ejército, no para que el ejército los traicione, y les haga perder las huelgas, dejándolos en la calle, arrojándolos a la miseria y a la desesperación."

Agosto 22 de 1911

Oposición a la inscripción y votos de los guardia civiles

• "Nadie aspira más que yo en esta Cámara a la extensión del sufragio, que nuestra constitución limita injustamente cuando prohíbe a los sirvientes a sueldo o a los peones jornaleros y acaso también excesivamente cuando lo prohíbe a los que no saben leer y escribir, pero nadie más celoso que yo, tampoco,

de la verdad de las urnas, y es por esto que en tanto el soldado y el guardia civil carezcan de la necesaria libertad de opinión, de voluntad, de conciencia, yo combatiré ardientemente el voto de los soldados y de los guardia civiles, no solamente con la convicción de que presto así un servicio a los verdaderos intereses del pueblo, sino también con la esperanza de que de este modo contribuyo a apresurar la evolución que nos conduzca a sustituir el lamentable soldado de hoy, máquina de obediencia y de pasividad, por el hombre libre, consciente y pensante de mañana, que, sin dejar de ser ciudadano, sea tan apto, o más que aquél, para defender en el caso preciso la integridad nacional." (Aplausos en la barra).

Noviembre 4 de 1911

"Delitos de rebelión y sedición"

• "Es irritante porque es injusto, señor presidente, que mientras un pobre obrero deba sufrir doce o quince meses de prisión —y los sufre inevitablemente cada vez que se produce el caso— por atentar contra la libertad de trabajo en momentos de agitación gremial, en que están excitados los ánimos proletarios, y en que defiende de la miseria y del hambre a sus hijos —y hay además que tener en cuenta que para algunos jueces cualquier gesto de un huelguista constituye un atentado contra la libertad de trabajo— los políticos y caudillejos que atentan contra la libertad de trabajo de la nación entera, contra el progreso y la reputación del país y contra la tranquilidad social, puedan volver a sus casas inestorbados y satisfechos cuando la tormenta de sangre desatada por ellos, ha pasado, si han tenido la suerte de no quedar muertos en la refriega, estúpidamente, sin provecho alguno para sus semejantes, después de haber sembrado desde un confín al otro de la república, la desolación y la ruina!"

Febrero 22 de 1912

En defensa del feminismo, al crearse la sección femenina de la universidad

• "Es necesario completar esta instrucción con la instrucción secundaria para hacer de la mujer una buena madre de familia y una perfecta compañera del hombre.

La humanidad, alguien lo ha dicho, no recuerdo cuándo ni dónde, camina cojeando. Es una profunda verdad. señor presidente.

Yo tengo la persuasión de que si el progreso humano no va a pasos más acelerados es porque toda una parte de la humanidad permanece rezagada mientras la otra intenta avanzar.

La mujer a quien los sabios y los filósofos tratan con tanto desprecio, queda relegada a un perfecto estado de minoría de edad.

Los prejuicios y supersticiones que el hombre no se cuida de desarraigar de su cerebro, van a transmitirse a las generaciones futuras, a nuestros hijos, transustanciados esos prejuicios y esas supersticiones en instintos o en sentimientos.

Y he ahí que la luz de la ciencia en los espíritus choca siempre con un fondo de sombra ancestral que se adhiere a nuestro ser, que se resiste a abandonarnos, y es de ese fondo, de ese rincón de sombras, de donde nos vienen esas supersticiones absurdas contra las cuales tan poco pueden muchas veces las ideas cuando se entabla entre nosotros ese combate íntimo, tan común, entre lo que pensamos y lo que sentimos... (¡Muy Bien!)

. . . .

Y nosotros contribuimos a destruir ese concepto monstruoso, facilitando a las mujeres el camino de ocupaciones remunerativas que están de acuerdo con su naturaleza, que se concilian perfectamente con las condiciones esenciales, con las verdaderas de su sexo, y que tienen además la ventaja —como ya lo he hecho notar— de requerir de ellas una preparación intelectual, que permita confiarle, cuando llegue el momento, el ejercicio de derechos que no es justo ni será posible en adelante negarles." (¡Muy bien!)

Agosto 17 de 1912

Interpelación al P. E. por una huelga de enfermeros

• "Por eso es que, si me inspiran desprecio y repulsión los zánganos que oficians ante los altares de la Iglesia Católica o que esparcen desde las sombras del confesionario el virus de la impostura y la superstición, estas pobres mujeres [1], no es aversión lo que me inspiran, sino lástima, lástima profunda, porque sabiéndolas inmoladas a un torpe fanatismo, las siento respetables por su abnegación, no tan sublime como se pretende, pero conmovedora, como quiera que sea, cuando se piensa que no tienen como las obreras, más miserables

1) Se refiere a las Hermanas de Caridad, cuyas actitudes habían provocado la huelga.

y más infelices que ellas, por otros conceptos, el consuelo de ir a recoger en la ancha copa de la vida los bálsamos que la vida suele ofrecer para curar las heridas que ella misma hace y continuamente renueva. (¡Muy bien!)

Cuando se razona así, es precisamente cuando aparece más inicua la conducta de la iglesia para con esas mujeres, al transformarlas en ciegos instrumentos del fanatismo religioso, al condenarlas a una vida de renunciamiento y al corromperlas en la práctica de una hipocresía constante, para tener en torno al lecho de los dolientes y de los moribundos, quienes envuelven el espíritu atribulado en una red sutil que concluya por atraerlo a la causa de la secular impostura.

Víctimas, más que otra cosa, hacen lo que sus confesores les ordenan o su fanatismo les aconseja. No va, pues, contra ellas mi protesta; mi protesta va contra el infame sistema que las ha hecho como son, que hace de sus sacrificios un arma traidora, y que se vale del prestigio o del respeto que puedan inspirar, para prolongar su reinado en sus conciencias incautas.

Noviembre 28 de 1912

Contención y responsabilidades en los gastos públicos

• "El más elemental y más indiscutible de los deberes de un legislador de una democracia, es no adherirse a esa forma de desinterés que consiste en no defender con mucho mayor tesón, con mucho más ahínco, con mucha más escrupulosidad que a los dineros propios, los dineros públicos, y es por eso, señor presidente, que yo llego a la conclusión de que si la generosidad o la liberalidad, tratándose de lo primero, es indiscutiblemente una hermosa virtud, la liberalidad, tratándose de lo segundo es un grave, un feo defecto que, por desgracia, está excesivamente arraigado en la tradición económica y administrativa de nuestros gobiernos."

Enero 16 de 1913

Debate político sobre irregularidades electorales

• "Admito, pues, que los ministros y los presidentes ejerzan actos de ciudadanos, de partidistas y de correligionarios; pero es que aquí no se trata de hombres que se someten y que obedecen a la disciplina de su propio partido sino de hombres, que en virtud del puesto que como presidente o como ministros ocupan, que por el hecho de ser ministro o ser presidentes se erigen, se constituyen en directores supremos, y casi en amos de su partido.

Yo creo —es en mí una profunda convicción, señor presidente— que los partidos democráticos no se rigen por la voluntad de un solo hombre. Los partidos democráticos se rigen por la voluntad de sus Asambleas. Y cuando uno de estos partidos conduce a un hombre al poder, no es para que este hombre se erija y se constituya en director único y en amo de ese partido, y, por consiguiente también en director supremo de la política del país, desde que ese partido es el que gobierna, sino que lo lleva al poder para que ese hombrea sea el delegado de su partido en el gobierno de la república." (¡Muy bien!)

Marzo 18 de 1913

En defensa de la jornada de ocho horas

• "...y el ejemplo que el señor diputado nos ponía de las colonias de Australasia yo lo recojo, señor presidente; lo recojo para decir que no existiendo entre nosotros esas circunstancias que garantizan allí la estabilidad de esa mejora, es necesario que la ley intervenga, y que intervenga para imponer algo que todos los gremios y todos los trabajadores reclaman, y que, si no han podido conseguir, no es porque repugne al espíritu nacional o esté en abierta contraposición con el ambiente industrial del país, sino sencillamente porque los gremios no han tenido fuerza bastante para imponerse al capricho y a la tiranía patronal. (¡Muy bien!)

....

Y bien: ya que las industrias nacionales están protegidas, ya que las industrias nacionales han conseguido de los poderes públicos —con gran disgusto de mi parte— esa protección arancelaria, que se traduce siempre en encarecimiento de los artículos, en el encarecimiento de la vida, ya que se proteje así a los señores industriales, que se proteja también un poco al menos a los trabajadores." (Aplausos en la barra. ¡Muy bien!)

Setiembre 4 de 1913

En favor del divorcio

• "Soy partidario —decía el insigne novelista Emilio Zola— de la pareja cuya unión se hace indisoluble por el amor, soy partidario del hombre y de la mujer que aman y tienen hijos y se amarán siempre el uno y el otro hasta la muerte. En eso consiste la verdad, en eso consiste la belleza, en eso consiste la felicidad. Estoy, por consiguiente, por la absoluta libertad en el amor, y si el divorcio es necesario, debe ser concedido libremente por mutuo consentimiento, y más aún: por la voluntad de una sola de las partes.

Amor y libertad, en resumen, señor presidente.

He ahí el lema luminoso que resplandece en la cumbre de nuestros anhelos. Hacia él nos encaminamos; hacia él se encamina, sin duda la sociedad entera. Hacia él nos encaminamos vislumbrando, a la caricia de sus resplandores, la pareja futura, que cerrando el ciclo de las peregrinaciones humanas a través del dolor, de error y de la sombra de los siglos, reintegrará a la raza en el ansiado paraíso terrenal de donde, según la leyenda bíblica, un Dios absurdo arrojara a los primeros amantes, por el dulce pecado de haber conocido el amor que es la ciencia suprema de la vida." (¡Muy bien! Aplausos en la Cámara y en la Barra.)

Febrero 18 de 1920

Interpelación al ministro del Interior sobre medidas restrictivas a la inmigración

• "Hace nueve años iniciaba yo mi actuación en este recinto como representante del pueblo, haciendo el proceso de un gobierno culpable de graves transgresiones legales y hasta constitucionales, en perjuicio de la clase obrera organizada. Hoy me toca reanudar mis actividades parlamentarias, entrando a censurar a otro gobierno que también ha vulnerado esos derechos, y que parece, además, dispuesto a poner trabas a la libre circulación de los hombres, por miedo a las ideas, sin duda, con el pretexto de una mal llamada defensa social.

Esta circunstancia acaso me permitiría comenzar con la conocida frase del famoso clásico español, al reatar, después de largos años de forzada interrupción, el hilo de sus disertaciones de cátedra: "como decíamos ayer". Sí, señor presidente, como decíamos ayer, hoy podemos decir que creeríamos faltar a nuestros deberes de representantes de un partido de los trabajadores si no dejáramos constancia ahora, aquí, en pleno Parlamento Nacional, de nuestra protesta por hechos que pertenecen todavía a la actualidad, y a la actualidad palpitante, y que caen bajo la jurisdicción de nuestro juicio, como miembros de un poder del estado que tiene, entre otras, la alta misión de tutelar los derechos del pueblo y de vigilar constantemente la actuación de los otros poderes de la república.

.. ..

Las ideas no se combaten por estos medios de arbitrariedad y de injusticia. Las democracias modernas deben ser palenques abiertos a todas las opiniones, que, después de todo, no se eliminan ni se excluyen con los hombres que la sustentan, porque el espíritu humano se pone en contacto con todas las ideas, por encima de las distancias, de los límites geográficos y de las murallas de la ley. Hacer eso es contrariar el destino histórico de esta nación, llamada a ser refugio de los perseguidos de la miseria y de la tiranía, llegados en caravanas de esperanzas, de ensueños, y de energías fecundas a estas llamadas tierras de libertad, desde todas las regiones del universo; y es también en cierto modo, desoír, desobedecer el designio de nuestros antepasados, porque si bien ellos no tuvieron la visión y el concepto de los grandes conflictos económicos de actualidad, de las grandes luchas actuales, me parece indiscutible que cuando nos dieron la independencia política y la autonomía territorial, no lo hicieron para que nosotros levantásemos sobre esa base un estrecho edificio cerrado a piedra y lodo a la influencia de los ideales renovadores, sino que lo hicieron para que levantásemos un amplio edificio, donde encontraran hospitalidad y cabida los desheredados de la tierra y por cuyas puertas y ventanas, siempre abiertas al sol de la libertad, pudieran entrar también los vientos cargados de semillas fecundas que nos traen desde los cuatro puntos cardinales las palpitaciones fecundas e inconfundibles del alma universal contemporánea."

Agosto 2 de 1925

En favor de la creación de 150 ayudantías escolare.

• "Esa parte relativa a la orientación de nuestra enseñanza para que ella produzca todos sus frutos, para que se traduzca en una educación fundamental y deseable, del carác-

ter, del espíritu, de la mentalidad de las nuevas generaciones, todo eso puede quedar para después. Lo que es ahora urgente e inmediato es combatir el mal del analfabetismo, enseñar a leer y escribir y dar nociones elementales imprescindibles para la lucha por la vida, a esos miles de criaturas, hasta de hombres, que en nuestra república carecen todavía de los conocimientos más indispensables para el desenvolvimiento del espíritu humano."

Agosto 21

Prosigue el debate

• "Por lo demás, cuando relacionamos las deficiencias de la enseñanza primaria con el estado social de la república, tocamos una de las graves responsabilidades en que se han complicado los representantes de los partidos de la política criolla, y cuando yo veo que en la bancada nacionalista se puntualiza mucho el hecho que si los chicos no van a la escuela es porque los padres no los mandan y si los padres no los mandan es porque se encuentran en situación económica poco favorable para poderlos enviar, yo quiero recordarles que si en nuestra campaña predomina esa situación económica personal que impide a muchos padres de familia cumplir con las obligaciones impuestas por la ley de la enseñanza obligatoria, es en virtud de que no se ha querido solucionar por los medios prácticos y eficaces el gran problema agrario de nuestra república, lo cual condena a la campaña nacional al atraso, a la miseria y a la ignorancia."

(¡Muy bien!)

Octubre 7 de 1929

Debate político: Crítica al tradicionalismo

• "Lo indiscutible es que el Partido Batllista continúa manteniéndose fiel a la tradición colorada y a los deberes de unidad partidaria que esa tradición le impone; lo indiscutible es que el Partido Batllista tiene en los momentos culminantes de la política nacional que actuar de acuerdo con las otras fracciones del Partido Colorado, que es la organización primaria y fundamental, y todas esas fracciones, cuando llega ese momento, olvidan sus diferencias de programa, sus disidencias ideológicas, si las hay, y actúan todas conjuntamente en nombre de la unidad colorada y sirviendo la unidad del tradicionalismo colorado...

(Interrupciones.)

.. ..

Cuando se acercan las elecciones o en los momentos mismos de la propaganda comicial, el batllismo realiza en la capital asambleas donde los oradores se expresan de tal modo que a veces un extraño o ajeno a nuestras cosas podría creer que se encuentra escuchando a oradores de una asamblea socialista, sobre todo si los escucha durante breve tiempo y no llega a advertir de tanto en tanto algunas alusiones, que nunca desaparecen del todo, a las glorias tradicionales o si tiene la suerte de no tropezar con la descripción de alguna parte de ese programa batllista que no coincide, por cierto, con los postulados del socialista, especialmente...

(Interrupciones y murmullos.)

—...especialmente en lo que se refiere a la lamentable, funesta y corruptora política del proteccionismo aduanero."

(Interrupciones.)

Noviembre 6 de 1929

Del discurso en favor del salario mínimo

• "Abordemos, pues, sin temores —¡qué digo sin temores!—, con entusiasmo, esta reforma, que en cuanto signifique un poco más de pan en la mesa del proletariado o un poco más de luz para su espíritu, ha de significar por eso mismo un gran impulso hacia los más altos y luminosos destinos humanos de la nacionalidad, que nunca se engrandece ni se eleva tanto, ni se honra tan profundamente, como cuando honra al trabajo, elevándolo y dignificándolo en la persona de los trabajadores."

(¡Muy bien!)

18 de julio de 1930

Ante el centenario de la independencia nacional

• "Señor presidente: los socialistas no somos patrioteros, pero tampoco somos antipatriotas. No concebimos el antipatriotismo como una posición doctrinaria, sino como una negación estéril y absurda. Porque así como al patriota romántico el amor a su patria no le impide amar a su ciudad o a su villa, así también el amor a todas las naciones de la tierra no ha de impedirnos amar profundamente a nuestra propia nación.

(¡Muy bien!)

—Nos debemos a la humanidad, ante todo; y nuestro internacionalismo de clase, que extiende por encima de todas las fronteras la solidaridad permanente de los trabajadores con sus intereses y sus ideales comunes, pone sobre cada patria una luz de futuro que la guía por el camino de los destinos nacionales más gloriosos, precisamente por ser los mas humanos.

Para nosotros la patria como abstracción, no puede estar por encima de la razón y de la justicia, y como concreción viviente y tangible no debe ser sino el pueblo mismo, el interés del pueblo productor que le da vida, que la sustenta y constituye su fecunda e imperecera substancia biológica. Donde están los intereses de ese pueblo, ahí estará la nación para nosotros, tal como en la formidable enseñanza histórica del Exodo.

Artigas nos muestra a la patria desarraigada del suelo, pero encarnada todavía y tan sólo en el pueblo trashumante que se aleja con él.

(¡Muy bien! Aplausos en la Sala.)

—En síntesis: queremos una patria consubstanciada con el pueblo obrero, que es una realidad internacional dentro de la nación; y con la justicia, que es un concepto universal. Como Sócrates, nos sentimos ciudadanos del mundo; proclamamos que el mundo todo es nuestra patria, y declaramos estar más cerca, mucho más cerca de los hombres de países remotos y desconocidos cuando son explotados, que de los hombres de nuestro propio país cuando son explotadores."

(¡Muy bien! Aplausos en la Sala y en la Barra.)

Mayo 18 de 1934

Apostrofando al dictador

• Señor presidente. — "Habiendo sido designados presidente y vicepresidente de la república, los ciudadanos doctores Gabriel Terra y Alfredo Navarro, se les invitará a formular el compromiso constitucional.

(Entran a la Sala de Sesiones los doctores Gabriel Terra y Alfredo Navarro.)

(Grandes aplausos en la sala y galerías. Vivas a Terra.)

Señor Frugoni: ¡Viva la democracia!

(Murmullos. Interrupciones. Campana de orden.)

Señor presidente. — Invito al señor presidente electo doctor Gabriel Terra, a formular el compromiso constitucional.

Señor Gabriel Terra, presidente electo. — Yo, Gabriel Terra, me comprometo por mi honor a desempeñar lealmente el cargo que se me ha confiado y a guardar y defender la constitución de la república.

(Aplausos en la Sala y en las galerías. Vivas al doctor Terra.)

Señor Frugoni. — Ese juramento no tiene valor...

(Voces de protesta. Murmullos. Campana de orden. Vivas al presidente Terra.) [1]

(Interrupción al señor representante Frugoni.)

(Se produce un tumulto y se obliga al señor representante Frugoni a retirarse de Sala.) [2]

Junio 5 de 1934

Debate político en la primera sesión ordinaria

• "Se han complicado haciendo ambiente de golpe de Estado, prestándole el concurso personal a todas las maniobras que se han venido sucediendo para conspirar contra las conquistas liberales y democráticas de la república.

(Interrupciones.)

—Y de ese golpe de Estado, verdadero asalto incalificable a la democracia de este país, ha surgido esta situación.

Esta Cámara es el resultado directo de ese golpe de fuerza, y es, por lo tanto, completamente vano, que se nos diga ahora que tal o cual representante de la mayoría está aquí con votos más o menos auténticos...

(Interrupciones.)

—...reclutados entre sus amigos de su vecindario departamental, porque, en el fondo, no afecta para nada la seriedad del argumento que formulo y dejo establecido: todos los representantes de la mayoría integran grupos políticos que han sido cómplices de esa gran iniquidad, de ese gran atentado del que tendrán que dar cuenta alguna vez ante el tribunal de la historia."

1) De la versión fueron suprimidas las siguientes palabras pronunciadas por el líder socialista: ..."porque el doctor Terra ha demostrado que no cumple lo que jura. "¡Perjuro!"

2) El texto de este paréntesis, transcripto textualmente, configura el eufemismo con que se indica que Frugoni, luego de ser brutalmente golpeado, fue sacado por la fuerza de la Asamblea General.

Agosto 13 de 1934

Enjuiciando el desastre financiero del cuartelazo

• "El doctor Terra ha sido, siempre, muy dado a abrirles la boca a los números, pero nunca ha conseguido hacerles decir más que disparates.

....

Según Goethe, señor presidente, los números no gobiernan al mundo; pero nos hacen saber cómo está gobernado.

....

Y bien, señor presidente, la otra noche el doctor Terra volvió a hablar por radio y esta vez para justificar su viaje al Brasil, ese viaje para el cual viene a pedirnos ahora la correspondiente autorización.

Yo tuve la paciencia de escuchar el discurso del doctor Terra pronunciado ante el micrófono a grito pelado, como si el hombre se estuviese batiendo a brazo partido con sus enemigos invisibles.

Yo advertí que el doctor Terra se daba cuenta del contraste enorme, desagradable, chocante, que representó este viaje proyectado por él casi en forma principesca, digna de un monarca africano...

(Hilaridad. Murmullos.)

...con la situación de nuestro pueblo, sumido en la miseria, que vive bajo el azote de una crisis intensa, inquietado por el mismo problema político que esta actual situación anormal e insegura, ha venido a agudizar, paralizadas sus energías de producción y de trabajo por la carencia de recursos, y hasta por las propias dificultades financieras, que colocan al erario público casi al borde de la bancarrota. Y entonces hizo grandes esfuerzos numéricos —naturalmente— para convencernos a todos que la república navegaba a velas desplegadas hacia el inmediato restablecimiento económico, hacia la regeneración administrativa, hacia la más satisfactoria prosperidad financiera.

(Interrupciones.)

....

Y frente a aquel cuadro del doctor Terra y a este cuadro verídico, exacto, de la realidad nacional, se levanta ahora esa estampa iluminada del viaje presidencial al Brasil, con algo de danza de tamboriles en torno del asador donde se están dorando a fuego lento, para ser devoradas en el festín, las achuras sangrientas de la nación sacrificada."

Agosto 14 de 1935

Frente al revalúo del oro

• "Nuestra industria ganadera no está ya en condiciones de hacer frente a las posibilidades y contingencias del futuro. Habría que buscar el modo, lo más pronto posible, de que esa industria latifundista y pastoril deje el campo libre a otras actividades, a otras formas de producción, a otras industrias, a otras maneras de aprovechamiento de nuestro suelo, para que la producción rural nuestra se haga en condiciones de mayor abaratamiento, de mayor economía, sin tanto despilfarro de la tierra y, además, permitiendo la formación de un considerable mercado interno por el crecimiento de la población y una mejor distribución de la riqueza.

Mientras no se haga eso, nuestra nación continuará siendo un vasto potrero, donde no será posible el progreso demográfico, donde no podrá abrirse camino el progreso económico, donde la civilización no podrá echar raíces ni propagarse, donde no podrá extenderse suficientemente la cultura, y hasta donde la misma educación política resultará siempre una planta inaclimatable. Sólo provocando, estimulando esa transformación, se abrirán nuevos horizontes para el panorama de la realidad nacional, y veremos tenderse un camino seguro hacia el florecimiento de todas las energías creadoras, que hoy están latentes, como reservas inútiles en las entrañas de nuestro suelo inculto y en el músculo o el espíritu de millares de hombres, fuertes, sanos, útiles, inteligentes y activos, a quienes no les ofrecemos ni siquiera una oportunidad.

(Suena el timbre indicador del tiempo disponible para el orador.)

—Dos minutos más y termino.

Este es el plan que la república espera, que el país necesita y que nosotros reclamamos. Pero este plan no podrá ser realizado por un régimen político como el actual, al que le va a corresponder la triste gloria de haber sentado en la historia financiera de la república el funesto precedente de los revalúos como medio para sacarle al Banco de la República su dinero sin pagar interés ni indemnización, como medio de requisar una parte de la riqueza pública monetaria sin afrontar la responsabilidad política del empréstito externo, que ya no es posible, porque nuestro país vive en el descrédito internacional, desde que no paga sus deudas, y sin afrontar tampoco la responsabilidad política de un empréstito interno, porque con ello aumentaría nuestra enorme deuda pública,

que este régimen prometió disminuir, y que, sin embargo, en dos años y medio no ha hecho sino aumentarla en más de 70.000.000 de pesos."

Junio 5 de 1935

Desenmascarando a la dictadura

● "Señor presidente: la democracia impone obligaciones y comporta responsabilidades. Y un régimen que pretende denominarse democrático tiene que consentir a las oposiciones en el seno de su Parlamento; si no las consiente, si no las tolera, si no las escucha, que se quite la careta y que diga que no es democracia, que declare que es una dictadura, que clausure a los partidos de oposición, que nos echen a la calle: ¡estamos pronto para irnos!... Pero que no se venga con esos procedimientos hipócritas en que, a pretexto de observar los preceptos constitucionales, se quiere amordazar a los que no piensan como el gobierno, o a los que no piensan como la mayoría de la Cámara.

(Interrupciones. No apoyados. Suena la campana de orden.)

—No me exalto, señor presidente, estoy perfectamente sereno; desearía que mi serenidad se extendiese a todos los que me escuchan y, sobre todo, a los representantes oficialistas que se hallan animados ahora de una nerviosidad extraordinaria y anormal, a tono —despues de todo— con la nerviosidad que reina en las altas esferas."

Año 1940

Instituto de Colonización y Reforma Agraria

● Traemos con este proyecto a las carpetas legislativas la estructuración articulada de algunas de las ideas que han venido madurando en nuestro espíritu a través de largos años de vida e intensa preocupación suscitada por nuestra cuestión agraria, el gran problema nacional, a todas horas presente en las vicisitudes económicas, sociales y políticas del país.

No pretendemos, claro está, solucionarlo con este plan modesto, aunque pueda parecer temerario a quienes desearían dejar las cosas seguir su curso lento, o si fuera posible, detener el curso de las cosas sin comprender que en esta materia la inmovilidad no hace sino acumular día tras día complicaciones bajo cuyo peso concluyen por producirse derrumbes que los arrastran bajo los escombros.

Este es un plan que sólo aporta soluciones parciales; pero marca un rumbo. Su principal mérito consiste en dejar montada la máquina destinada a compulsar por su camino de realizaciones progresivas la evolución agraria de la república en un sentido de prácticas y eficientes transformaciones de nuestro medio rural.

No es por cierto con treinta o sesenta millones de pesos para expropiaciones y con un leve esbozo de impuesto progresivo a la renta del suelo, que vamos a terminar con el latifundio ni a modificar radicalmente la vida social y económica de nuestra campaña. Hemos tratado de hacer viable el plan en nuestro ambiente legislativo y hemos debido eludir las medidas radicales. Pero el proyecto tiende a dejar armada la organización permanente de los instrumentos legales que conducirían a la transformación profunda de la estructura agraria nacional, si no de golpe, en un plazo que la misma gravitación del inevitable desenvolvimiento mecánico del plan ideado se encargará de ir acortando con ritmo creciente.

El clamor de una campaña que se asfixia en la pobreza crónica y se despuebla por el éxodo del campo hacia la metrópoli, llega día a día al Parlamento y a los poderes públicos en forma de iniciativas tendientes a dar tierras a los agricultores desalojados, fomentar las plantaciones, conceder créditos a los labradores, librar a la ciudad de la cintura estranguladora de los latifundios pastoriles, etc.

El país entero sufre de esta parálisis de la economía campesina y de ese enrarecimiento del aire social en las poblaciones de una campaña en que la tierra inculta sobra, pero falta el trabajo y la existencia se arrastra en una vegetativa indigencia de recursos, de estímulos y de oportunidades, con el exponente descorazonador de los ranchos miserables, de los agricultores abatidos por la pobreza, de las peonadas nómadas de las estancias, de los niños descalzos y famélicos, de los ancianos mendicantes, de las mujeres cargadas de gurises que arrastran sus harapos en los "pueblos de ratas", de los hombres irremediablemente sumidos en la abyección de la pereza.

He aquí un pozo de sombras en el cual se hunde el destino del país. Urge trocar éste cuadro de miseria y de atraso por uno de prosperidad y adelanto. El mismo elemento que proyecta toda esta tristeza sobre los confines —la tierra sin hombres, celosamente reservada para el pastoreo despilfarrador o para la especulación ociosa— es el que nos dará la luz para aclarar el paisaje y ampliar los horizontes. Esa tierra rescatada al monopolio y al acaparamiento, para entregarla al trabajo y a la producción, convenientemente distribuída, guarda en

sus entrañas el secreto de una transformación social que sólo espera el conjuro de una nueva estructura económica del agro para realizarse.

.. ..

Distribuir racionalmente la tierra para que caiga en manos de quien la trabaja. Combatir el latifundio. Dar asiento como ya hemos dicho, en el suelo agrícola del país al mayor número posible de familias trabajadoras, asegurándoles una existencia próspera. Vincular el colono a la tierra, no por las cadenas de la servidumbre de la gleba, ni por la tiranía del colonato romano, sino por la libre disposición de buscar en ella el sustento y la holgura económica en la tranquilidad del trabajo, mediante una acción inteligente y previsora del estado. Ponerla al alcance del brazo productor sacándola de las manos estériles de la especulación o de la inercia improductiva. Hacer de ella refugio y fuente de riqueza para defender del hambre y de la inanición a los hombres útiles y desocupados. A todo eso tiende esta ley cuya eficacia y extensión depende sobre todo de los medios pecuniarios con que se la sirva. La hemos hecho descansar, finalmente, en un sistema de recursos fiscales que actúan sobre cifras que hemos mantenido en términos de excesiva modestia para no levantar demasiadas resistencias, que surgirán sin duda, pese a tratarse de una clase de gravámenes cuya índole científica y económica es inobjetable. Son precisamente los impuestos que por sí solos contribuyen a promover las finalidades que la ley persigue. En efecto, para combatir el latifundio, para suscitar una transformación de la estructura agraria, han bastado en algunos países esos impuestos. Eso sí, implantados con una tasa mucho más elevada que la de este proyecto de ley. En Australia y en Nueva Zelandia el impuesto progresivo sobre la renta del suelo, es decir sobre el nudo valor de la tierra, ha conducido al fraccionamiento de los grandes dominios fundiarios en espacio de pocos años. Su eficacia en ese sentido depende del porcentaje de la tributación. Con una escala mucho más leve (en Nueva Zelandia, algunos municipios cobran hasta el 21 por mil) tal vez no pueda esperarse que el impuesto territorial aquí proyectado sea por sí sólo un medio bastante compulsivo para constreñir a los propietarios de grandes extensiones a subdividirlas y a entregarlas al trabajo intensivo. Algo influirá con todo. La sobretasa progresiva que proyectamos y el impuesto al mayor valor, no dejarán de obrar con cierta eficacia. Pero, sea como fuere, ellos son dos impuestos de que no debe prescindirse cuando el estado se entrega a adquirir tierras. Porque al hacerlo contribuye a valorizarlas, a elevar la renta agraria y entonces se vuelve indispensable que él recupere parte, al menos, de esa valoración automática para fines sociales y especialmente para facilitar el acceso del trabajo a la tierra, contrarrestando así el efecto más o menos inhibitorio de su encarecimiento provocado por las compras oficiales. Ningún fin social más indicado que el de servir con esa fuente de valores un fondo destinado precisamente a rescatar el suelo de manos de quienes no lo emplean como a la colectividad conviene, o a aplicarlo como elemento de solución para problemas fundamentales de la vida nacional.

ARTICULOS POLITICOS

Una construcción en la arena

EL LATIFUNDIO Y SUS EFECTOS:

ES el Uruguay un país con apenas un millón novecientos mil habitantes, según las más generosas estadísticas, sobre un territorio de doscientos mil kilómetros cuadrados Más de la tercera parte de su población se aglomera en la metrópoli, que sólo cubre unos pocos kilómetros, aunque exageradamente extendida en relación al número de sus habitantes. Esto quiere decir que para el resto del país, o sea para casi todo el territorio (el departamento de la capital es mucho más pequeño que cualquiera de los dieciocho restantes) no quedan sino un millón y trescientos mil pobladores perdidos en extensiones dedicadas casi exclusivamente a la ganadería y en pequeñas ciudades anémicas y pueblos sin porvenir ni destino estancados en una melancólica inmovilidad de charcos. De los 18.000.000 de hectáreas que mide el territorio nacional, sólo 900.000 están entregadas a la agricultura, por lo general en las formas primitivas de la monocultura cerealista, trigo, lino, maíz... El agricultor, salvo el pequeño chacarero de los ejidos o de las cercanías de la capital, confía generalmente su suerte a una cosecha de trigo y a una cosecha de maíz, que se alternan como los dos turnos únicos del cultivo, cuando no se reduce éste a una sola siembra anual. Cualquiera de las dos cosechas que se pierda o no alcance precios remuneradores, sume al labrador en la miseria absoluta. Exceptuadas algunas regiones próximas al departamento de Montevideo, en Canelones, San José, Maldonado, Colonia, Soriano, el país, fuera de la metrópoli y las cabezas de los departamentos, no es otra cosa que un vasto potrero, una enorme estancia de la que los pueblos y aún las ciudades pueden considerarse los puestos más o menos ampliados y modernizados El latifundio ganadero predomina en el sistema de producción de la campaña uruguaya. Es la nuestra una economía rural especialmente pastoril, sobre la base de unidades agrarias relativamente dilatadas, con todos los inconvenientes de la gran propiedad rural, en medios donde los capitales de explotación son escasos y la rutina de los propietarios o de los empresarios agrícolas es por punto general casi inconmovible. En muchas partes, sobre todo desde el río Negro para el norte, existe todavía la vieja, la tradicional estancia criolla, con sus típicas instalaciones rudimentarias, sus procedimientos primitivos y sus hábitos de vida silvestre en que la rús-

tica sencillez gaucha perdura como una espontánea obstinación del pasado. En esos potreros junto al trébol, la gramilla y el cardo, brota la flor del tradicionalismo político. La estancia criolla es la cuna de esa superstición partidaria que ha dividido a los orientales, desde los primeros albores de la nacionalidad, en "blancos" y "colorados".

El latifundio es el gran incubador de ese tradicionalismo gaucho, de ese partidismo de divisa en que se tradujeron, hechos idioma de una sola palabra cromática en las golillas y en los cintillos de las montoneras, las ambiciones rivales del caudillismo belicoso. De allí voló, se esparció, a manera de la flor del cardo o de la flechilla, y entró en las casas de la ciudad, y en todas partes penetró por los poros de la epidermis y de la mente, como un polvillo sutil e insidioso, hasta el corazón, hasta la masa de la sangre de los hombres para transmitirse en herencia casi fisiológica de generación a generación. La ignorancia, el analfabetismo, tienen en el latifundio ganaderil un formidable aliado. Dicho queda que él es incompatible con la estabilidad de los progresos políticos decretados desde el espíritu de la ciudad, contra los cuales conspira y a los cuales amenaza constantemente, porque en sus confines se detiene la civilización y en sus soledades incultas se apaga sin eco, en el "silencio verde", la voz de las ideas. Separa a los hombres, los aisla, los rodea de un piélago de verdura en que los ganados vagan libres y calmosos, teniendo a su entera disposición campos sin roturar donde cabrían el trabajo y la prosperidad de millares de familias productoras.

SOSTENES VACILANTES:

Una mentalidad popular en retraso es la que corresponde a ese medio económico y social de semi-feudalismo. Allí los hacendados ejercen sobre sus peones una especie de paternalismo autoritario y los caudillos imperan en la zona psíquica de las simpatías partidarias por la ley del prestigio personal y del amor ciego y atávico a la divisa común, así como del odio a la adversaria. La vida que allí se desenvuelve pertenece al pasado en sus manifestaciones internas y en sus menguados impulsos espirituales. Las multitudes campesinas, todavía semi-nómades que deambulan en ese medio histórico vegetativo, están a merced de influjos oscuros reñidos en el fondo con la seguridad de toda conquista del derecho público y de la ideología ciudadana. No ha de negarse que hay en esas multitudes un instinto democrático y un amor profundo a la libertad, que parecen venirles impuestos hasta por el contagio cósmico de los abiertos horizontes y de los ilimitados espacios. Aman la libertad como el beduino del desierto, con el mismo sentimiento anárquico de indisciplina y desorganización, que cultivaban en el voluntario beligerante de las montoneras levantiscas. Ese instinto democrático lo han venido ejerciendo desde los tiempos en que Artigas conducía su pueblo a las batallas por la independencia y a la rebelión contra poderes opresores de tendencia centralizadora, ante los cuales agitaba el ideal de su federalismo republicano. Pero no es más que un instinto. No llega a ser un claro sentido, una verdadera aptitud de comprensión. Y eso no bastaba para asentar formas orgánicas y positivas de democracia política. Su ignorancia, su fanatismo tradicionalista, su indigencia cultural ponen a esas muchedumbres a merced de peligrosos ascendientes. Ellas solo saben confiarse ciegamente a la idolatría personalista y a los llamamientos y ataduras de su compromiso de "sangre" con el tradicionalismo. Esos son los únicos resortes de su acción cívica, y ellos se tornan un instrumento de conducción en manos de los caudillos para arrastrarlas fácilmente hacia donde los caudillos quieran sin que ellas sepan a donde, semejantes en la inconsciencia de su destino a las majadas entre las cuales viven, que el tropero reúne en la dispersión de las cuchillas al revoleo de su lazo y arrea con gritos insistentes a través de los campos. La edificación de una democracia requiere, para ser durable, otros cimientos en la sustancia viva de una nación.

En el Uruguay la suerte de la democracia quedaba librada por un lado a esas multitudes incapaces de comprenderla y de consustanciarse con su verdadero espíritu, y por otro lado, a un ejército mercenario, numeroso y gravoso, mantenido y acrecido para oficiar de defensor de las instituciones frente a los alzamientos de aquellas masas campesinas. Eran dos apoyos que en cualquier momento podían faltarle y volverse contra lo que sustentaban.

A favor de una relativa prosperidad económica ella podía descansar sobre esos brazos pasivos sin que la sacudiese el sobresalto de verse abandonada de pronto y hasta golpeada por ellos, que le daban la ilusión de servirla prestándole amparo con adhesión inconmovible. Pero en cuanto sobrevinieron las grandes dificultades económicas, las penurias de un estado de inmenso malestar general, los pronunciados desequilibrios del presupuesto público, los graves problemas financieros con su repercusión sobre el torniquete impositivo, la agudización de la carestía y la paralización del comercio por el derrumbe de la moneda, con más la creciente falta de trabajo esos brazos se volvieron sostén poco seguro Habría de bastar que removiesen el terreno ciertas especulaciones políticas para que apareciese el peligro inminente de una caída vertical. Habría de bastar que ciertos intereses capitalistas pusiesen en el banquillo a las formas democráticas acusándolas de todos los padecimientos del pueblo; habría de bastar que algunos caudillos blancos o colorados, obedeciendo a aquellos intereses levantasen la bandera de la sedición reaccionaria, para que no tardasen en reaparecer los fenómenos de regresión política que han venido entrecortando con crónica intermitencia la regularidad republicana en la vida del país.

("La Revolución del Machete", año 1933, págs. 143 a 147.)

Cómo se produjo el golpe del 31 de Marzo

LA SORPRESA

FALTABAN ocho días para llegar a la fecha destinada a la realización del mitin histórico, cuando en las primeras horas de la tarde el pueblo se enteró de un decreto por el cual se aplicaba la censura a la prensa Prohibíase expresamente la aparición de algunos órganos, entre éstos "El Sol", semanario del Partido Socialista, al par que se ordenaban algunas medidas de seguridad tan extraordinarias como la destitución del jefe de la penitenciaría, sin previa consulta al consejo del patronato de delincuentes, y la intervención de las usinas eléctricas del estado, pasando por encima de la facultades del Consejo Nacional.

La clausura de los órganos periodísticos se fundaba en una razón estupenda. Ellos habían cometido la falta monstruosa de calumniar al doctor Terra atribuyéndole intenciones de proclamarse dictador. ¡No era posible tolerar tanta infamia! ¡Era forzoso castigarlos para que no siguiesen arrojando sombras, con venenosa malignidad, sobre la buena fe democrática de ese salvador de la democracia! Esa buena fe la ponía de manifiesto sometiendo las medidas extraordinarias a la Asamblea General. ¡Hasta el último instante el hombre quería ser respetuoso de los fueros legislativos! La asamblea se reunió esa misma noche. La sesión se celebró con una barra atestada de elementos policiales, que hacía objeto de demostraciones ofensivas a los legisladores de la oposición. Fue uno de los más dramáticos episodios de la vida parlamentaria del Uruguay.

El cuerpo legislativo se jugaba su suerte y su honra. Un sector numeroso, el herrerista, con los pocos diputados presidenciales y algunas de las fracciones coloradas menores votaron por la aceptación de las medidas; pero los socialistas, los batllistas "netos", los nacionalistas independientes, los católicos y los comunistas votaron por el rechazo, lo que significaba que debían ser levantadas inmediatamente. Hubo mayoría de muchos votos para este temperamento Se notó que de la bancada riverista sólo asistían tres o cuatro diputados, dos de los cuales se retiraron antes de procederse a la votación. Los católicos, que al fin votaron contra las medidas, habían intentado arrojarle un cable al Poder Ejecutivo, mejor dicho, presidencial, proponiendo que previamente a todo pronunciamiento, se llamase al ministro del interior para que diese explicaciones. Lo que hubiese ocurrido en caso de triunfar la moción católica es que el ministro no hubiera concurrido y el presidente, ya enterado de cual sería el resultado de la votación en la asamblea, clausuraría el parlamento sin que se hubiese podido conocer la opinión de la mayoría Así la dictadura diría, después, que la mayoría parlamentaria, estaba con ella y consentía la disolución de un cuerpo donde una minoría empecinada malograba todo sano propósito de enmienda!

EL MARCO DE LOS SUCESOS

Debe hacerse notar que algunas exterioridades muy significativas rodeaban todos estos acontecimiento de un marco impresionante Apenas lanzados sus sensacionales decretos, el presidente se trasladó al cuartel del cuerpo de bomberos, donde instaló su despacho en medio de un aparatoso despliegue de precauciones. Ese cuartel se constituyó desde ese instante en centro de actividades que el público, mantenido a cierta distancia por numerosa guardia, observaba con estupor un tanto risueño. Uno tras otro iban llegando autos, de los que descendían militares de uniforme y funcionarios policiales, que no tardaban en salir en cumplimiento de misteriosas diligencias. El escuadrón policial y piquetes del regimiento de blandengues custodiaban el edificio. Todo aquello daba la impresión de que volvíamos a las épocas en que se gobernaba al país desde el interior de los cuarteles. Y era sin duda sintomático que el presidente, mientras sometía sus resoluciones al dictamen de la Asamble General en un gesto de acatamiento democrático a los dictados de la constitución, se refugiase en aquella casa para estar más cerca de la policía y del ejército, como si se amparase en su regazo.

Algo había, sin embargo, en el ambiente que no dejaba trascender con bastante sensación de alarma y disgusto, el carácter sombrío de esas modalidades sintomáticas. Diríase que el pueblo, si bien no miraba con simpatía a ese gobernante tilingo, que se lanzaba al golpe de estado, con el espíritu mercantil de quien emprende un negocio, no se indignaba mucho por sus desmanes. Sin duda era debido a los desaciertos de la democracia criolla y a las ilusiones que muchos cifraban en un cambio, cualquiera que fuese, como puerta de escape a una situación económica desastrosa. Pero más aun contribuía a esa impasibilidad atónita, la inconsciencia de capas enteras de la población, más interesadas por un partido de fútbol o una jugada de lotería, que por un problema político fundamental. La misma noche, en momentos en que se hallaba sesionando la Asamblea General y ya la dictadura desenvainaba su sable para traspasar de parte a parte la constitución de la república, se veían circular por la Av. 18 de Julio camiones cargados de mocetones alegres que volvían de disputarse los premios de los tablados carnavalescos —¡y estábamos en las postrimerías de marzo!— entonando sus cantos de comparsas con una desepreocupación de idiotas.

EL GOLPE DE FUERZA

La asamblea cumplió con su deber. Sabiendo que decretaba su disolución, se negó a complacer al presidente dictatorial. Es una resolución que la honra ante la historia. Fue una bella muerte. Lo contrario hubiera sido vivir en la ignominia, para no vivir tampoco largamente. La sesión terminó cerca de las 3 de la mañana. Y pocas horas después la dictadura era un hecho. El doctor Terra no acataba a la asamblea Lo declaraba en un breve mensaje donde hacía constar que no pocos legisladores habían aprobado los actos del ejecutivo unipersonal. Oficiales de policía concurrieron al domicilio de los miembros del Consejo Nacional de Administración, con orden de arresto. Había que impedirles reunirse. para que no intentaran levantar su autoridad constitucional frente a la del presidente alzado contra la constitución. Unos pudieron escapar otros fueron encerrados en un cuartel. Igual suerte corrieron algunos políticos de significación de los partidos opuestos al golpe de estado.

EL GESTO DE BRUM

Al doctor Brum, consejero nacional fueron a prenderlo a las nueve de la mañana. Recibió a balazos a la policía en la escalera de su casa y luego se apostó en la puerta con un revólver en cada mano dispuesto a jugar cara su vida. Había herido gravemente a un comisario, y su actitud no dejaba abrigar la más mínima duda sobre la seriedad de sus intenciones. La policía se limitó. pues, a formarle un cordón a la distancia, obligando a los transeúntes a dar un rodeo El público se aglomeraba en las esquinas y en la vereda de enfrente, presenciando con curiosidad explicable aquel espectáculo insólito. Cuatro horas estuvo el doctor Brum en esta actitud de resistencia ante la vigilancia de una policía que esperaba rendirlo por el cansancio. Algunos parientes estaban a su lado, acompañándole en aquella guardia montada por si mismo ante su libertad personal. Y cuando ya se creía haberlo convencido de que

lo mejor era confiarse a un ministro extranjero, el de España, que había venido a ofrecerle el refugio de su legación, se disparó un balazo en el pecho, ante el consternado asombro de los numerosos espectadores. Y cayó exánime, transformado por la muerte en un símbolo de la democracia uruguaya y del sentimiento y la idea de la libertad.

¡Cuatro horas había estado aguardando que el pueblo viniese a romper el cerco de soldados que lo rodeaba quebrando así el poder ilegal que acababa de desalojarlo del gobierno y le hacía sentir el peso de su arbitrariedad prepotente! ¿Dónde estaban sus miles de correligionarios, ese poderoso partido batllista del cual era abanderado y sobre cuyos hombros llegara a los más altos destinos de la vida política nacional? ¿Estaba acaso con el dictador, que también gobernaba y procedía en nombre del batllismo? ¡Una amarga desilusión, una profunda desesperanza debieron haber ganado su ánimo en esa hora de prueba! Al orgullo de no entregarse y a la tristeza del derrumbe de su posición política, debió añadirse el desencanto de que aquella gran fuerza cívica no se mostrase en estos momentos y lo dejase solo sin reaccionar con un gran sacudimiento de ira popular contra el oprobio de la dictadura y ante el espectáculo de su gesto de resistencia viril, en plena calle. Pero es también indudable que al no producirse el levantamiento que esperaba, quiso entregar su cadáver, como una bandera, a la causa de la libertad. Quiso que su sangre cayera sobre la cabeza de la tiranía. Se inmoló para que la democracia reviviese con la sangre vertida por sus venas. Y se agrandó hasta la inmortalidad en la historia de un pueblo.

Pero este gesto heroico y sublime, cuyas consecuencias futuras pueden ser incalculables, tal vez produjo de inmediato, un efecto sicológico que no era, por cierto, el deseado por el mártir. Hizo creer que el nuevo régimen venía montado con una fortaleza invencible, como una máquina avasalladora ante la cual era ya inútil intentar resistencias activas. El que no quisiese quedar sometido a su poderío, no tenía más remedio que pegarse un balazo, como toda protesta... ¡Piénsese cómo y cuánto una suposición semejante debía influir sobre el espíritu de muchos indecisos en un país de exitistas! (La Revolución del Machete, páginas 119 a 123.)

La sombra proscrita (1)

SÍMBOLO ensangrentado del trágico destino de Italia, la sombra de Matteotti surge ante nuestros ojos en una angustiante actitud de espera... Es una sombra exiliada que aguarda el momento de entrar a la patria de donde la arrojaron la barbarie y el cobarde terror. Porque es la sombra de un mártir que habiendo caído por el amor de su pueblo, por la dignidad de su pueblo, no halla todavía en el hogar solariego el rincón donde se le acoja como un numen y se le rinda la visible y edificante veneración a que tiene derecho. Cierto es que su patria, su verdadera patria, es el corazón de todos los hombres libres del mundo, el alma de quienes fuera de Italia agitan esa sombra como una bandera de redención en torno de la cual se agrupan cuantos sueñan con el derrumbe de la tiranía ignominiosa.

Cierto es también que la verdadera Italia alienta hoy en el pecho de los que se alejaron de ella abominando del déspota y su jauría; pero la sombra de Matteotti quiere reposar en el corazón de los italianos también en Italia. De allí ha sido expulsada por los asesinos de su cuerpo. Recordarla allí es delito que acaso se paga con la vida. Y para para que las nuevas generaciones no la recuerden, todo un tremendo sistema de deformación de las mentalidades y de atrofia de los corazones coge al niño desde los bancos de la escuela en su férreo engranaje, y la conciencia pública se va forjando en una fábrica de degeneración espiritual bajo el martilleo de la violencia y la impostura.

Los niños de Italia ignoran a Matteotti o le creen un vulgar bandido con el que los sicarios de Mussolini hicieron un saludable escarmiento. Es así como, después de habérsele arrojado por el crimen alevoso, al mundo de las sombras, se le condena al oprobio para que su sombra no retorne a brillar, como una llama, en la conciencia de su pueblo.

Pero siempre es en vano, a la larga, decretar el destierro de las sombras... Éstas

1) Montevideo, junio de 1931 ("Acción Socialista").

vagan por encima de todo. Trasponen sin ser vistas, todas las fronteras. Atraviesan inadvertidas y silenciosas, las más duras murallas. Se filtran por los muros como la luz por los cristales. Sin embargo la sombra de este gran mártir del socialismo no se conforma con penetrar en el alma de los italianos y retornar a Italia sin ser vista por los ojos de sus verdugos.

Ella quiere que se le abran de par en par las puertas por donde entran no sólo las almas sin cuerpo, sino los cuerpos con alma.

Ella las quiere bien abiertas para que con ella entren todos los que salieron y todo lo que salió detrás de ella, desde que el terror fascista impuso su noche de muerte y de atraso en el destino de Italia.

Y he aquí que aguarda. En los umbrales mismos de su nación, permanece expectante. Nos parece verla erguida sobre la cumbre más alta de los Alpes escudriñando el horizonte con el oído atento a todos los rumores que los vientos le traen. Ya escucha sin duda una lejana vibración de marcha. Millares, millones de pasos resuenan, muy a lo lejos aún... Es un ejército que avanza desde remotos confines. Acaso descubre que ese ejército entona, como himno de guerra y de esperanza, un nombre inmortal: "Matteotti!" Cuando llegue, ella se pondrá a su frente. Junto a ella se alzarán por miles otras sombras: la de todos los que cayeron por su idea y por su fe civil bajo el golpe de la ferocidad reaccionaria. Y así, en legión irresistible, entrarán en Italia, abiertos a su paso todos los caminos. La sombra proscrita recuperará sus derechos de ciudadanía en la nación reconquistada, y Mussolini podrá exclamar entonces como César Borgia, aquel predecesor suyo en las artes de la tiranía y del crimen: "Los muertos vuelven"...

SEMBLANZAS

Juan B. Justo (1)

TODO conspira en una ocasión como ésta para empequeñecer al orador, pequeño de por sí: el grandioso marco cuya suntuosidad deslumbra; el auditorio tan numeroso, que impone y sobrecoge; la solemne significación de estos funerales cívicos, y más que ninguna otra cosa, la grandeza moral e intelectual del hombre a quien rendimos este homenaje póstumo.

Hace pocas semanas acompañábamos sus restos con el corazón acongojado, traspasado de estupor doloroso, con ese estado de ánimo que sigue a las tremendas desgracias imprevistas, en el cual se mezcla una obstinada sensación de pesadilla a la amarga certeza de lo irreparable. Nuestros espíritus se abatían como si la muerte, que acababa de arrebatar al mejor de entre todos nosotros, soplase sobre ellos a manera de un viento de tempestad para despojarlos de flores y doblarlos un instante sobre las tumbas. Llegamos a la ciudad de los muertos al caer la noche, bajo la lluvia, mientras el viento tironeaba las altas ramas de los árboles y gemía lúgubremente asociándose al duelo. Perdonadme que evoque aquí aquella tarde y aquella escena para mí inolvidables. El mismo asombro con que penetraba por primera vez en aquel inmenso cementerio bonaerense; la impresión que me causaba esa enorme necrópolis con sus innumerables sepulcros alineados, como casitas, sobre veredas de calles urbanas que a trechos desembocaban en plazas y por las cuales circulan los vehículos dándoles aspectos de simples prolongaciones de las arterias de esta ciudad de los vivos; la extrañeza que me asaltaba al irme internando en esa vasta metrópoli de la muerte, contribuía a grabar más hondo en mi corazón el recuerdo de esa tarde invernal en pleno estío. A un montevideano el espectáculo de aquel cementerio no puede menos de resultarle impresionante. Nuestras necrópolis son menos adustas y no se arrojan como ésa, con todo el peso de su fría inmensidad sepulcral, sobre el alma del pasajero. Pese al empeño con que la tradición y el culto católico a las cosas de la muerte siembran de fúnebres atributos los sitios del último reposo; pese a las proporciones y formas que la vanidad humana, estimulada por ciertos prejuicios religiosos, da allá como aquí a las moradas postreras, nuestros cementerios no consiguen despojarse de la fisonomía risueña que les impone su naturaleza de parques o jardines. En uno de ellos el mar azul cierra la perspectiva de los amplios caminos y parece pronto a ofrecerles a los que allí llegan embarcados en su ataúd, la oportunidad fantástica de un nuevo viaje, también sin retorno...

Era ya entrada la noche cuando, acompañados por la poderosa sinfonía de la lluvia y

1) En el funeral cívico realizado en el Teatro Colón de Buenos Aires la noche del 15 de febrero de 1928. (Versión taquigráfica).

del viento que pulsaba las arpas de los copudos árboles y entonaba así el más formidable y penetrante de los misereres, dábamos nuestro último saludo al querido maestro, en tanto que el fuego reducía a un puñado de cenizas sus despojos.

Él había querido que su cuerpo no pesase inútil sobre la tierra cuando la vida huyese de él, sino que volatilizado por el fuego se incorporase a la atmósfera y sólo dejase en el regazo de la vida transitoria y cambiante un poco de polvo perenne depositado —¡sagrado depósito!— en el fondo de una urna de hierro. Allí vimos esa urna, no mucho más grande que una copa. Pero por encima de la urna, en torno de ella, cubriéndola, ocultándola, seguía viviendo la imagen del maestro y amigo que todos llevábamos grabada en la retina de nuestro corazón y alentando en el aire íntimo de nuestras almas. De esa urna parecía surgir y levantarse una aurora. De esas cenizas brotaba para nuestros ojos la intensa llama de un espíritu: el mismo que preside este acto, llena este coliseo, palpita en nuestros corazones, nos acompaña en nuestras luchas, vive en el pensamiento de la masa obrera consciente del Río de la Plata, anima el pensamiento socialista de estos países, se expande por la conciencia del pueblo argentino y se remonta como un astro sobre el horizonte de la historia para iluminar un trecho cada vez más grande de la mentalidad pública del continente. De él llegaba y llega hasta nosotros, penetrándonos como un soplo de inmortalidad, la imperativa exhortación de Goethe: "¡Adelante, sobre las tumbas!"

. . . .

Juan B. Justo es todo un trayecto de la historia argentina.

Organizó, dio vida en esta república a la fuerza renovadora del socialismo internacional, lo que significa haber dado a una parte de la clase trabajadora de su país, la conciencia de su misión histórica, al par que enseñarla a erigirse en factor vivo de la historia social y política de la nación al amparo de ideas generales que guían su pensamiento hacia el norte de la solidaridad humana.

Levantar en estas regiones la fábrica de una organización de los trabajadores para la lucha por el socialismo, no es, como se ha pretendido tantas veces, trasplantar una ideología europea para que aliente con su exotismo de invernáculo entre los elementos naturales de la vida criolla.

Desde luego, siempre me ha parecido pueril el reparo opuesto por ciertos adversarios chauvinistas del socialismo a su calidad de cosa extranjera, importada, que no habría podido, según ellos, nacer espontáneamente en estas tierras de América. Porque el socialismo en cuanto movimiento y acción de la clase trabajadora hacia la conquista de condiciones sociales que respondan a las necesidades materiales y morales del proletariado, si bien no fue por cierto invención argentina ni americana, es efecto y producto natural, inevitable, de condiciones históricas que aquí existían y existen como en las sociedades del viejo mundo. El movimiento socialista es un fenómeno correlativo al desarrollo histórico de las sociedades capitalistas. Y cuando decimos que el doctor Justo es el padre del movimiento socialista en la Argentina no decimos con ello que el socialismo de aquí ha salido armado de todas las armas, de su cabeza, como Minerva de la cabeza de Júpiter; no negamos ni desconocemos que aun sin él hubiese surgido ese movimiento, aunque más tarde y sin duda con menos fuerza de expansión y un sentido menos profundo de las realidades ambientes. Recordemos, por de pronto, que había un germen de organización en aquel grupo de trabajadores en su mayoría o en su totalidad extranjeros, al cual se acercó Justo para transformarlo en plantel y punto de arranque del Partido Socialista. Había, pues, nacido el embrión del movimiento en el país antes que Justo se lanzase a la lucha por el socialismo. El germen ideológico había venido de Europa en los libros y en el espíritu de los obreros alemanes e italianos que integraban ese grupo; pero ese germen pudo desarrollarse porque aquí existían los elementos y las modalidades sociales que, como factor de realizaciones necesarias a la suerte del pueblo obrero, daban razón de ser a su materialización en actos y la reclamaban y a los destinos de la nación. El doctor Justo, que conocía a fondo el ideario y el método socialistas, encontró en esos asalariados los primeros auxiliares para una obra que él tuvo la gloria de llevar a cabo y que sin él no hubiese podido realizarse entonces, obra que consiste en dotar al pueblo productor de una doctrina y un método para esclarecerlo y guiarlo en sus luchas con el capital, pero que también consiste en dotarlo de fuerza para esa lucha mediante la organización en el terreno político y en el terreno económico.

. . . .

En cuanto a la doctrina y al ideario, sus elementos fundamentales el socialismo argentino no los halló, seguramente, en los libros nacionales ni pudo pretender haberlos creado, y de esto se ha querido hacer un argumento para desprestigiarlo tildándolo de fenómeno artificial y manifestación de reflejo. ¡Cómo si los principios esenciales de la filosofía política en que se

nutrieron los autores de la nacionalidad no hubieran sido cosa aprendida en los textos y en los ejemplos de afuera! ¡Cómo si la Revolución de Mayo no fuese hija de la Revolución Americana del Norte y de la Revolución Francesa! ¡Cómo si las instituciones republicanas, los códigos políticos y civiles, las reformas educacionales, las normas administrativas en estas naciones de América no fuesen copia —a veces mala copia— de lo que en otras partes se ha hecho o se ha legislado! ¡Cómo si la organización económica y social de estos países no fuese una prolongación de la europea, con sus injusticias, sus inquietudes y sus defectos, ante los cuales la faz crítica del socialismo como idea y la faz positiva del socialismo como acción, hallan la misma razón de ser que en los países donde por primera vez una y otra se unieron en la síntesis fecunda de pensamiento y acción, de movimiento e ideal, que constituye y caracteriza este gran impulso universal del proletariado consciente!

.. ..

Por otra parte, si la doctrina y la teoría al principio vineron de afuera, como de afuera, después de todo, nos vino la civilización y nos vino la cultura, ello no basta a viciarlas de exotismo, porque no es exótico lo que aquí encuentra atmósfera apropiada, lo que aquí viene a satisfacer necesidades naturales, lo que aquí se naturaliza aclimatándose e incorporándose como elemento indispensable a la existencia nacional. Nada es más argentino, más rioplatense, más americano, que el caballo, ese atributo vivo de la personalidad del gaucho, ese complemento esencial del centauro de vuestras llanuras y de nuestras cuchillas, ese colaborador imprescindible del criollo en las campañas de la independencia y en las lides pacíficas del trabajo rural. Y el caballo no es hijo de América. Es extranjero. Fue importado por los españoles; lo que no impidió que haya tenido y tenga en los destinos de nuestras nacionalidades y en todos los azares de nuestra vida colectiva, tanto en la paz como en la guerra, una misión importantísima de factor de patria y de riqueza, un papel histórico de símbolo de la libertad y herramienta viva en las manos del paisanaje.

.. ..

"Comprendemos el Socialismo —dijo precisamente el doctor Justo en cierta oportunidad— como un método de acción histórica para elevar al pueblo trabajador, sobre todo por el esfuerzo del pueblo trabajador mismo, método de acción adaptable a cualesquiera condiciones". Y la organización de los trabajadores para emprender la lucha de clases con sentido y finalidad socialistas, halla aquí su razón de ser no sólo en los problemas propios de las sociedades de tipo capitalista, sino en problemas locales —como el del latifundio, por ejemplo— que no serán resueltos mientras la política nacional no se forje en la fragua de las aspiraciones populares con el martillo de la conciencia proletaria capacitada para la clara comprensión de los verdaderos y supremos intereses del pueblo.

.. ..

De suerte que vemos ampliarse la significación teórica y el alcance práctico de la doctrina al naturalizarse en este medio con el sello de americanicidad —digámoslo así— que le imponen los aportes científicos de la poderosa intelectualidad de Justo y la contribución experimental del movimiento social y político, del movimiento de muchedumbres, que salió de sus manos.

El doctor Justo no se limitó, por cierto, a recoger en los libros una teoría elaborada en Europa para hacer de ella el armazón de un edificio que habría de levantarse en suelo americano. Su disciplina científica le proporcionaba un concepto vital y práctico de la teoría, que no permite adopciones artificiales, adaptaciones no sometidas al contralor permanente de la realidad. "No creo conducente y genuina —escribió en «Teoría y práctica de la historia»— sino la teoría que surge espontánea de los hechos". Con otras palabras es lo que más tarde habría de decir Ortega y Gasset cuando dijo: "No hay más teoría que una teoría de una práctica, y una teoría que no es esto, es simplemente una inepcia". Con la fuerza positiva de ese su criterio da a la acción socialista guías mentales seguras que corresponden a las peculiaridades del medio; soluciones concretas, prácticas y eficaces para los problemas del "hoy y aquí", una de sus felices fórmulas verbales. Pero tuvo asimismo la visión de las soluciones llamadas a proporcionar al pensamiento y a los programas de acción del socialismo internacional, virtudes realizadoras que significan encarnar prácticamente en hechos los postulados ideales. Conocedor profundo de la obra de Carlos Marx, tomó de ella para la dirección de su pensamiento, la parte viva y universal, que combinó admirablemente con las sugestiones de Henry George para los problemas de la propiedad del suelo y de la política impositiva, sin desdeñar las inspiraciones aprovechables de los grandes economistas ortodoxos, que también estudió concienzudamente. Y he ahí que sus ideas propias, su concepción origi-

nas de la teoría y práctica del socialismo penetran en la mentalidad socialista del mundo y la enriquecen con conceptos fecundos de alta virtualidad renovadora.

. . . .

Él lleva con sus libros, con sus artículos, con sus discursos, a los órganos de relación de la acción del proletariado militante, esas ideas que marcan rumbos precisos al movimiento, esas sugestiones de hacer que ponen en manos del ideal la herramienta eficiente o lo hacen descender de las nubes de la especulación filosófica al terreno de los hechos en las solicitaciones urgentes de la vida colectiva.

El informe presentado al Comité del Partido Socialista como delegado a las Conferencias de Berna y Amsterdam es todo él una magnífica afirmación del criterio sólido y clarividente con que encaraba la labor del socialismo para el cumplimiento de sus fines. Leyéndolo se ve cómo ese criterio señala direcciones nuevas en los postulados activos de la doctrina y del programa. En Berna y en Amsterdam sostuvo y ganó batallas en pro del librecambio, que él, sin duda, con su ciencia y su tesón impuso como norma de política económica en la política de las secciones de la Internacional, después de haberlo hecho agitar como bandera de combate por el partido argentino. Y al ver ahora en la Conferencia Panamericana que se celebra en Cuba, al delegado del gobierno argentino quebrar lanzas por que se dé a la política de confraternidad una expresión concreta y real en declaraciones o actos de política antiproteccionista, no puedo menos de pensar que las ideas de Justo no sólo han penetrado en la mente y el espíritu del socialismo internacional, sino que también han influído en cierta medida en la mentalidad de los gobernantes de su país.

Felicitémonos de ello, y hagamos votos fervientes por que las ideas de Justo ganen terreno en las filas de nuestros propios adversarios.

. . . .

Dio vida a la organización política de los trabajadores para que trajese a las luchas de la democracia argentina un soplo de idealidad, un contenido de ideas e ideales, una aspiración de elevar progresivamente la situación material, moral e intelectual de las masas, un sentido de rectitud cívica y de moralidad pública; en una palabra: un espíritu de civilización y de cultura política. Y esa organización llegó a ser por su iniciativa, su consejo y su propia actividad personal, una gran escuela del pueblo para el pueblo, con sus bibliotecas, sus tribunas de propaganda, su periodismo de ideas, sus centros, sus instituciones culturales, sus cooperativas, todos ellos talleres en que se forja el espíritu de las muchedumbres para la formación de un alma colectiva y el genio de una nacionalidad. Tratándose de una nación que crece en el cosmopolitismo, su genio ha de ser universalista, y el sentimiento nacional por excelencia ha de ser en ella el internacionalismo. El destino de toda América es abrirse a las corrientes del mundo y albergar en su corazón, como en su territorio, a todas las razas y a todos los pueblos de la tierra. Las ideas internacionalistas deben, pues, informar, en estas regiones más que en parte alguna, un nacionalismo sano. A ese nacionalismo sano consagró su vida de pensador y luchador, para que esta vasta región donde, según sus palabras, va a realizarse un buen pedazo del porvenir, llegue a ser cuanto antes una patria para la justicia social y un abrazo de fraternidad para todos los hombres que a ella lleguen con la virtud del trabajo en las manos y la estrella de la buena voluntad en el alma.

. . . .

¡Figura erguida y recia la de este sabio activo que pensaba, estudiaba y luchaba! Nadie ha ejercido en estos últimos años, en nuestro continente, "la profesión de hombre" que dijera Guyau, con tan alto y profundo sentido de sus responsabilidades. Sirvió un ideal con abnegación, y lo que es todavía más importante, con eficacia. Y si lo sirvió con espíritu eminentemente práctico y positivo, fue para acercarlo lo más posible al trance fecundo de la realización; que esa es la mejor manera de tener ideales y de ser idealista.

. . . .

Su fórmula "Somos el partido del ideal; pero no somos el partido de la ilusión", es toda una máxima de salud para la conducta humana, pues ella nos enseña que debemos evitar que la ilusión nos extravíe con sus mirajes en el camino del ideal y nos aleje de su ruta; que debemos ponernos en guardia contra la ilusión en beneficio del ideal.

. . . .

Su vida fue una parte de su obra. En lo que escribió y dijo para enseñanza de los estudios y de las multitudes; en lo que levantó con su trabajo de organizador incansable, está vivo el ejemplo de su existencia pura y austera, que es toda ella una sucesión ininterrumpida de verdades valientes, de afirmaciones de carácter, de manifestaciones de conciencia viril. Cada palabra suya fue un acto de entereza, de honradez y de sinceridad, tanto en la tribuna periodística, como en la callejera, como en la

parlamentaria. En todo momento surgía, prodigando enseñanzas, el maestro de rectitud y de honestidad. Por lo que fué y por lo que hizo; por el ejemplo que ofrecía a las generaciones y por las potencias populares de renovación y saneamiento moral que creó o vivificó con su aliento, tuvo el significado de una llamarada de purificación nacional.

. . . .

Baja a la tumba cuando en su país se desatan, al influjo de la proximidad electoral, las fuerzas caóticas de la que él denominara con otra de sus frases insustituíbles, "política criolla", y en el hervor de la enconada lucha de apetitos frenéticos, se presencia el desenfreno de logrerismos a que se entregan tantos jóvenes que reniegan de la misión gloriosa de la juventud y venden su alma al diablo del caudillismo dadivoso.

. . . .

Alguien ha dicho que todo español lleva dentro de sí un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació, y que vendrá un día en que todos esos hombres muertos escogerán una hora para levantarse. Eso ocurre, sin duda, no solamente a los españoles, sino a todos los hombres del mundo. La misión de Justo en la Argentina, en el Río de la Plata, fué precisamente la de un gran despertador de ese hombre muerto, y más todavía, la de un animador de ese hombre que en muchos no ha nacido aún. A su influjo, millares de ciudadanos han sentido brotar de sí ese otro hombre, despertarse en su conciencia esa nueva conciencia. ¡Auguremos que siga aumentando en progresión vertiginosa, el número de los hombres nuevos, llamados a enterrar para siempre el cadáver de la tradición o a desalojar del espíritu individual y colectivo a aquel otro hombre que, a semejanza del ganado en el pastoreo, no levanta la frente por no perder de vista el alimento!...

. . . .

¡Cuánta falta hace en medio de tanta corrupción y atraso como se manifiestan en esta hora, la palabra severa, sarcástica, quemante como un cauterio, cortante como el bisturí de sus proezas de eximio cirujano —cuyo elogio acaba de hacernos magistralmente con toda la autoridad de su ciencia, el doctor Gutiérrez—, la palabra aleccionadora y sabia que nunca escatimó en las grandes crisis de la vida pública de su país, el inolvidable maestro a quien tributamos este homenaje al cual yo he traído la adhesión conmovida del Partido Socialista del Uruguay!

Carlos Zum Felde (1)

NUNCA en la vida me ha costado tanto esfuerzo coordinar algunas palabras. Debo coordinarlas, sin embargo, aunque sólo el verbo inarticulado de los dolores lacerantes podría traducir en su lacónico patetismo la índole y el grado del sentimiento que me agobia ante esta muerte que me pone la muerte en el alma.

Debo coordinarlas y pronunciarlas, sacando fuerzas de flaqueza, mordiéndome el corazón con el dentelleo vacilante de las frases premiosas, porque Carlos Zum Felde esperaba de mí sin duda el cariñoso tributo de una despedida oral, que él a su vez no hubiese dejado de tributarme si yo lo hubiera aventajado en el viaje silencioso hacia las riberas de la sombra sin fin.

Perder un amigo, un verdadero amigo como él, es sufrir la más irreparable de las desgracias; sobre todo para quienes ya no tenemos padres y no tenemos hijos. Porque un buen amigo es para nosotros un padre y un hijo a la vez. Marcha a nuestro lado, y tan pronto está más alto que nosotros para protegernos, como más bajo para que lo protejamos; pero siempre junto a nosotros, su mano en nuestra mano.

Desde muy jóvenes, Carlos Zum Felde y yo trabamos amistad. Más de cuarenta años nos unieron en la trama de sus días y de sus horas, que nos aproximaban bajo el arco de destinos cercanos y nos arrojaban al uno en brazos del otro, a cada golpe de emoción, de alegría o de tristeza, de alborozo o de amargura, como las olas de un mismo mar juntan y emparejan dos barcos vecinos enfilados hacia un mismo horizonte por timones fraternos sobre el impulso de inquietudes comunes.

Yo sentía por él una admiración que sólo ahora —y este es mi remordimiento— se la declaro rotundamente; porque en vida, su modestia, que sabía valerse de las más sutiles artes de la chanza y de la jovialidad, no dejaba sitio a ciertas explicaciones con palabras, si bien cabían siempre —eso sí— las explicaciones inefables que suelen ser el medio frecuente de comunicación y de entendimiento perfecto entre los corazones que se quieren.

Yo admiraba en él el sencillo heroísmo de una existencia consagrada al trabajo y al cumplimiento de las más puras obligaciones morales con un sentido del deber que llegaba a la

---

1) En la inhumación de sus restos. Noviembre de 1936.

abnegación, una abnegación sin desmayos, pero sin alardes; y admiraba la frescura de su espíritu alado, que sabía coronar de rosas la dramática contradicción de sentirse vocado para las letras y tener que cultivarlas tan sólo en las treguas de la oficina absorbente.

Fue un poeta que pudo haber gozado de renombre con poco más que se hubiese dedicado a labrárselo. Conoció, pese a su despreocupación por los laureles, la satisfacción envidiable de que alguna composición suya, como "Insurrexit", alcanzase no poca boga en los círculos intelectuales revolucionarios en los años de su juventud, cuando su musa romántica ("¿Quién que es no es romántico?", gustábale exclamar repitiendo a Ruben Darío) entonaba cantos de tan excelente factura y de tan noble inspiración como ese y como aquel bello diálogo entre "Jesús y un labriego" que destaca en las páginas de un "Almanaque Anticlerical" que yo tuve la ocurrencia de publicar allá por el año 1906.

Escribió sonetos amatorios que son, en su género, verdaderos modelos de galano decir y de intensa emoción lírica. Escribió conferencias literarias, como una sobre Amado Nervo leída con memorable éxito en el paraninfo de la Universidad, que le consagraron maestro de la prosa.

Abordó con fortuna el teatro, logrando estrenar en Buenos Aires una comedia muy bien recibida por la crítica. Y fué además, durante algunos años, profesor de literatura, para mejor evidenciar su vasta cultura literaria y su justificado amor por las letras.

Y todo ello mientras atendía las exigencias de su cargo bancario sin deponer ni un sólo instante la irreprochable elegancia de su espíritu.

—"Yo no tengo" —me decía una vez, cuando le instaba a que compilase en un libro sus versos y en otro sus mejores prosas— "la pasión de la gloria".

Pero tuvo, en todo caso, tan alta como el que más, la pasión de la libertad y de la justicia.

La llama que encendió la antorcha de su "Insurrexit", en los años mozos del rojo ideal libertario, no se apagó nunca en su corazón de ciudadano; y ardió con renovada intensidad de combate frente a los enemigos de la libertad y de la democracia en los días que corren.

Los discursos políticos que escribiera en esta nueva etapa, la última y más breve de su vida, quedan como páginas de candente elocuencia donde restalla el látigo de la cólera cívica manejado por la mano firme y certera de un señor del idioma.

¡Y ahora todo acabó! Disminuídos —porque con él se nos va una parte de nosotros mismos, ya que los amigos como él nos complementan porque apoyan en la suya, para sostenerla, nuestra personalidad— disminuídos y consternados lo vemos partir para siempre. ¡Para siempre!, sin poder acostumbrarnos a la idea de que real y definitivamente se ha ido, porque no sé de nadie cuya compañía fuese más agradable ni más codiciada.

Sin él, a sus viejos amigos, la vida se nos torna de golpe más adusta, con serlo ya bastante.

Enrique del Valle Iberlucea (1)

CUANDO recuerdo a uno de estos desaparecidos ilustres que fueron cumbre en la topografía moral del socialismo, dentro y fuera de su país, no puedo menos de evocarlo en medio a los acontecimientos actuales. Y me place imaginar —entregándome a un inofensivo juego de la mente— cuál sería su posición espiritual y cuáles sus actitudes ante problemas planteados por hechos sobrevenidos después de su muerte. Tal me ocurre con Enrique Del Valle Iberlucea, de quien fui muy amigo y a quien admiraba por la pujanza de su cerebro y por su inmarcesible entusiasmo para la acción. Fué, de las grandes figuras del socialismo argentino, una de las que más frecuente contacto tuvieron con los socialistas uruguayos, a quienes a menudo iba a prestarles el concurso de su robusta elocuencia. Estuvo con nosotros cuando la campaña electoral que nos permitió llevar por primera vez un diputado socialista al parlamento uruguayo —allá por fines del año 1910— y fueron memorables los discursos que pronunció en ese entonces. Presidió uno de nuestros modestos congresos, como Justo en otra ocasión, y era para los socialistas montevideanos tan familiar como uno de la casa, el más respetado y admirado de todos, naturalmente, pero querido con ese afecto casi fraternal que sólo inspiran quienes se entregan sin reservas, quienes se dan abiertamente como una mano en el gesto ritual del apretón simbólico.

En el Partido Socialista de la Argentina su ubicación fué siempre la de un marxista ortodoxo. Conocía a fondo la doctrina de Marx, y entendía, al contrario de otros dirigentes y

1) Agosto 29 de 1933 en "La Vanguardia" de Buenos Aires, con motivo de un aniversario de su muerte.

maestros, que convenía hablar siempre de ella, teniéndola presente en la observación de los hechos y en la exposición de las ideas, como una guía luminosa del pensamiento sin la cual se anda a tientas en el cateo de las causas y en la apreciación de los efectos. No aceptaba la máxima de Berstein, recogida por Sorel, de que el "objetivo final es nada y el movimiento es todo". Sin negar la capitalísima importancia, aún más, la necesidad imperiosa del movimiento y de la acción, no los concebía con relación tan sólo a inmediatos fines inconexos. No dejaba, por otra parte, de reconocer que la acción misma vale como gimnasia para vigorizar organismos físicos o morales, músculos o espíritus, fisiologías e ideologías. Pero creía que el hombre no debía limitarse a elevar sus condiciones de vida y a hacerse más apto sin preguntarse para qué. Un movimiento que sólo tiende a la realización de objetivos cercanos y desarticulados, o por lo menos, no vinculados a una finalidad suprema, no vale como derrotero para conducir y orientar a los hombres: y los hombres sin derrotero son siempre juguete del destino. La humanidad necesita un norte y una brújula. El socialismo científico era para su concepto una y otra cosa a la vez| Comprendía, sin duda, la fecunda incitación a obrar que encierra el conocido aforismo de Lessing, quien decía: "Si un dios tomase en una mano todas las verdades y en otra todas las virtudes necesarias para descubrirlas, y preguntase al hombre cuál de ambas quería que abriese, éste debería escoger la segunda, pues los esfuerzos para alcanzar la verdad son más fecundos y bienhechores que la verdad misma". No negaba la función histórica del "élan" bergsoniano. Esta función Sorel la veía bien interpretada en la máxima del "revisionista" Berstein. Porque ella sintetiza una filosofía de la acción política y social que como la filosofía de Bergson, tan cara al fundador doctrinario del sindicalismo francés, "no se ocupa ni del punto de partida ni del punto de llegada de las cosas cambiantes, sino de las fuerzas que a cada instante hacen inclinar el movimiento en el sentido que se comprueba". Pero Del Valle Iberlucea juzgaba funesta la despreocupación de los fines últimos o el descuido sistemático de la precisión y clarificación de los postulados finales.

Es curioso advertir cómo está más de acuerdo con el sentido íntimo de la teoría de Marx esa idea de que "el movimiento es todo", lema del revisionismo, que esa otra de no perder de vista los objetivos supremos, esgrimida por los doctrinarios marxistas ortodoxos. Porque el determinismo histórico hace de la acción en sí una senda por la cual marcha la historia hacia fines que el hombre no puede decretar abstracta e idealmente, con el sólo imperativo previo de su voluntad y de su concepto moral o jurídico del progreso humano, que no son fuerzas autónomas.

Por eso Sorel, que pretende ser un penetrador y vivificador del marxismo, coincide con Berstein en ése y otros puntos.

Del Valle Iberlucea aceptaba a Marx integralmente. No creía que hubiese en su sistema ramas secas que debiesen ser apartadas para conservar solamente las vivas y lozanas.

No sé que se haya nunca expresado textualmente en la misma forma que yo lo hago aquí. Quizás no se haya detenido en ningún momento a puntualizar tan escuetamente estas ideas. Yo las hallaba en toda la contextura de su pensamiento, a través de sus discursos, de sus artículos y de sus libros, que desgraciadamente no tengo a mano al trazar estas líneas. Ellas surgían de su manera de encarar la propaganda y de enseñar la doctrina o el método socialistas.

Su ortodoxia marxista frente a la posición revisionista o semirevisionista en que otros se colocaban, con no menor dominio teórico y vigor intelectual que él, sólo marcaba entre unos y otros una diferencia de matiz mental que no podía reflejarse profundamente en la acción. Porque ésta se realizaba sobre planes comunes en cuya concertación el amor a la causa de los trabajadores se traducía en una perfecta unanimidad de puntos de vista. Con su marxismo de una sola pieza fue al Senado, donde consiguió, entre otras cosas, hacer aprobar una de las leyes más benéficas y sabias de la legislación social argentina: la del trabajo a domicilio. No se debatía, pues, en abstracciones doctrinarias que lo apartasen del laboreo cotidiano para la cosecha del progreso incesante, reteniéndolo en las concepciones revolucionarias de largo ademán y a largo plazo.

Siguiendo a Marx daba a las conquistas de la legislación obrera y social toda la importancia que tienen como elemento de la "evolución revolucionaria" en cuanto traducen e impulsan el proceso histórico y contribuyen a la capacitación revolucionaria de las masas productoras.

Su obra fue una comprobación de aquel concepto de Kautsky, según el cual Marx concilia en una unidad más alta y perfecta, aquellas dos corrientes que para Berstein pugnan por preponderar y sobreponerse en el complejo histórico del socialismo moderno: la cons-

tructiva, de emancipación por la organización económica, y la destructiva, de emancipación por la expropiación política.

El llamado "problema de las internacionales", le sorprendió en esa crisis espiritual de que, poco o mucho, participaron todos los socialistas sinceros ante el acontecimiento de la revolución rusa —gesta del proletariado que se levantaba en el oriente europeo como una esperanza para la clase trabajadora del mundo— y ante el fracaso de una Segunda Internacional que la guerra había arrollado de un soplo enrolando sus diversas secciones en las filas de todos los ejércitos combatientes.

El problema que vino en una hora funesta de la historia del socialismo y del movimiento obrero, a dividir la fuerza de los partidos socialistas y de las organizaciones gremiales, hizo vacilar su fe en el método de la conquista de la democracia social por la simple democracia política. Pero el sentido de la unidad partidaria era en él tan profundo como su sentimiento del deber. Además, comprendió, sin duda, que siendo las actuales posibilidades de acción dentro de la democracia política innegablemente útiles a los fines últimos del socialismo, sería suicida, hasta desde ese punto de vista, sacrificar dichas posibilidades para entregarse a un impacientismo revolucionario con vistas al dogma soreliano de la violencia.

Y he aquí que habiéndose celebrado en estos días un congreso internacional socialista en París para tratar los medios de combatir al fascismo y de prevenir la monstruosidad probable de una nueva guerra mundial, yo pienso cuál sería la posición táctica de este amante fervoroso de la paz de los pueblos, que cifraba en el triunfo del socialismo todas sus vivas esperanzas de redención humana. Yo lo veo inflamarse en la idea de una gran alianza de todas las fuerzas revolucionarias del proletariado para atajar la conflagración, para contener la ofensiva fascista en Europa y en América, y para ir preparando las masas obreras a hacer sonar, a su hora, la hora de la sociedad socialista, en cuanto la ola de la reacción retroceda vencida, y el armazón de hierro de los fascismos triunfantes se derrumbe.

Me parece volver a verle ante una asamblea, haciendo flamear con su verbo cálido y abundante y su gesto tribunicio, esa exhortación, como le veíamos hace más de diez años expresar sus ideas sobre táctica y orientación socialistas. Sus ideas que no a todos convencían, por cierto, pero que todos escuchábamos con la consideración debida a quienes, equivocados o no, ponen junto a la sinceridad de sus palabras una doble responsabilidad mental y moral que es por sí sola toda una fuerza del espíritu.

Luiggi Fabbri (1)

YO debiera, si fuese capaz de ello, levantar en esta reunión triste y silenciosa una palabra tan pura y transparente como un rayo de sol, para que fuese digna de este espíritu todo pureza, todo luz, que acaba de extinguirse de pronto como un astro que se apaga inesperadamente en el cenit de su carrera. La extraordinaria modestia de este hombre tan bueno y tan sencillo, no toleraba en vida el énfasis de los ditirambos, y por eso sería justo que ante su muerte el elogio supiese encontrar las formas más nobles y más altas de expresión en la más perfecta sencillez, para aconsonantarse con la selección espiritual que era la característica de este amigo inolvidable.

Y he ahí que lo que debe decirse ante todo cuando se habla de Luiggi Fàbbri es que, pese a su modestia, a su sencillez, a su ingenuidad, a su timidez de niño grande, era por su vida y por su obra un estandarte enarbolado que tremolaba sobre nuestras cabezas señalándonos el rumbo de la superación espiritual y de los sacrificios honrosos.

Yo experimento la amarga emoción de que nuestra ciudad no haya sabido valorar todo lo que representa Luiggi Fabbri como valor espiritual e intelectual; que lo haya dejado irse, escapársele de entre las manos sin aquilatarlo. Que ni siquiera haya tenido una mirada para este cortejo, este cortejo fúnebre de los amigos que traíamos sus restos mortales a esta última morada para que descanse en la infinita paz de la naturaleza, de tantos dolores, de tantas amarguras, de tantas luchas, de tantos contratiempos como soportó en la infinita guerra de la sociedad y de los hombres.

Llegó hasta nosotros un buen día con una aureola intelectual envidiable, con una aureola de maestro en ciencias sociales, de reputación mundial; con la aureola de maestro reconocido y consagrado de la doctrina anarquista, que explicaba, que interpretaba, que profundizaba con la claridad de su talento, con su vasta ilustración y con su pluma de un estilo impecable.

....

1) Oración pronunciada el 25 de junio de 1935 en el cementerio del Buceo y tomada taquigráficamente por Avenir Rosell, y publicada en la crónica de "El Auto Uruguayo".

Sereno, sintiendo una especie de piedad y de sincera conmiseración por todas las debilidades humanas; con una amplia tolerancia para todos los errores ajenos, con el cerebro siempre abierto a la comprensión de todas las verdades ocultas, aun de las más pequeñas, él marchaba por la vida rectamente, siguiendo su camino sin desviaciones, sin vacilaciones ni desmayos, sin apartarse un ápice, con la mirada siempre clavada en las claridades remotas del ideal. Pero no como el fanático absorbido por la abstracción, que sigue un camino teórico trazado hasta el ideal pasando por encima de las cosas reales y humanas, batiéndose a menudo como Don Quijote, contra molinos que confunde con gigantes, sino viéndolo y comprendiéndolo todo; con los ojos abiertos al espectáculo del mundo y los oídos abiertos también a las voces múltiples de la vida; comprendiéndolo y sintiéndolo todo, de tal manera que su rectitud no era un castigo, sino un ejemplo para los demás, y su superioridad no recaía sobre nosotros como una piedra o como una sombra sino que la sentíamos vibrar sobre nuestras cabezas con la armoniosa palpitación de unas alas casi divinas.

Si fuera permitido en esta reunión de hombres, creo yo, casi todos ateos; en esta reunión de anarquistas, de socialistas, de librepensadores, de materialistas, de descreídos, emplear términos de la superstición religiosa, yo diría que Luiggi Fabbri murió en olor de santidad. Pero no de esa santidad de que hablan los católicos; porque no se trata de uno de esos santos que la religión hace sentar al lado del todopoderoso o poblar los espacios del paraíso cristiano: se trata de una santidad distinta. Se trata de un santo cuya santidad consistía en luchar constantemente, de un modo sencillo, sereno, sin desplantes, sin alardes, sin "poses", contra las injusticias, contra las desigualdades, contra el prejuicio, contra la mentira, contra la superstición; cuya santidad, por otra parte, consistía también en la austeridad de una vida de trabajo y de renunciamiento, casi y sin casi, de pobreza. De renunciamiento real a todos los bienes terrenales, a todas las riquezas con que hubiera podido llenar sus manos si en vez de haber puesto su cerebro privilegiado y su vasta ilustración al servicio de sus ideales de redención humana, hubiese puesto a la sordina sus ideas más íntimas y sus más audaces pensamientos.

Hizo de su palabra, con esa sencillez y con esa sinceridad insuperadas un ariete formidable contra la injusticia y contra el mal.

Su vida toda fue, pues, una milicia heroica y abnegada; un apostolado permanente sin gesticulaciones. Y era conmovedor, y al mismo tiempo edificante, ver con qué sinceridad, con qué modestia, con qué simplicidad, con qué bonhomía, con qué bondad imperturbable mantenía él heroicamente, fieramente su actitud de desafío contra todas las potestades de la tierra y contra todos los poderosos del mundo. Por eso sufrió miseria, sufrió destierros, sufrió persecuciones.

Sentía un amor grande y ardiente por la libertad. A nada combatía con tanta fiereza, con tanta tensión de espíritu y de conciencia como a la opresión, tanto la opresión económica como la opresión política. Era el gran enemigo de todas las tiranías y de todos los despotismos. Él entendía que la libertad —más de una vez me lo había dicho— era una cuestión de dignidad humana; y entendía que cuando a los hombres o a los pueblos se les arrebata la libertad, se hace con ellos más que mutilarlos y aun matarlos: se les denigra, porque se les desconoce en la dignidad esencial y específica que caracteriza y distingue al hombre como ser pensante y consciente.

Con este pensamiento, con esta idea clavada en su corazón como una espina de acero, ante el espectáculo del mundo, en estos momentos en que vemos resurgir tantos despotismos históricos, y ante el propio cuadro sombrío de esta república, a la que viniera buscando un refugio en la liberalidad de sus leyes, para encontrarse de pronto con una nueva tiranía, con esa idea clavada, como una espina de acero en el corazón, cerró sus ojos el bueno, el noble, el grande Luiggi Fabbri, el más puro de los hombres que yo he conocido, el más recto y tierno de los amigos, hermano en el espíritu, que no reclamó, que no pidió nunca nada para sí, y, en cambio, lo dio todo para los demás.

Nicolás Repetto (1)

CON una intensa emoción de discípulo devoto y de amigo fiel he venido a darle un abrazo muy hondo, con toda el alma, al doctor Repetto, por mi cuenta y razón desde luego, pero también en representación de los socialistas del Uruguay, que se asocian con ve-

1) Este discurso fue escrito para ser leído en Buenos Aires, en un acto público que no se celebró, pero su autor tuvo el gusto de leerlo ante los funcionarios policiales de la "Dirección de Orden Político de aquella ciudad, la noche de su detención, previa a su expulsión del país por mandato del presidente Perón.

neración fervorosa a la celebración de su magnífico arribo a los 80 años.

Una vida tan fecunda y noble como la de nuestro grande amigo es siempre un soberbio espectáculo. Con los ojos del espíritu lo contemplamos en un día como éste, conmovidos y reconfortados, dejándonos penetrar por la belleza moral que despliega y la enseñanza profunda con que nos alecciona y nos levanta a las alturas desde donde se abarcan los más amplios horizontes y se respira el aire puro de los más generosos ideales humanos.

Llegar a viejo y vivir muchos años no es, por sí solo, un mérito ni significa otro triunfo que el relativo y precario del organismo contra el tiempo. Mérito y grande es, en cambio, llegar a viejo con la antorcha de la juventud espiritual encendida, después de haberla mantenido siempre alta en el puño indoblegable, y vivir ochenta años densos, preñados de trabajos y obras, en el curso fluvial de una existencia que ha sido una ininterrumpida labranza y siembra, toda una incesante y esforzada prodigalidad de esfuerzos renovadores y constructivos, creadores de civilización y de cultura, en campos ganados por el golpe metódico y tesonero de las nuevas ideas, de las verdades fecundas, de la razón esclarecedora, al mar de la barbarie, del atraso, del engaño, del prejuicio, del sórdido interés de clase y del injusto privilegio personal.

Como las montañas

Suele decirse que los grandes hombres son como las montañas, que sólo mirándolas desde lejos nos entregan la percepción cabal de sus dimensiones topográficas y la impresión poderosa de su verdadera magnitud. Pero tratándose de un hombre como nuestro recio, formidable y al mismo tiempo bondadoso y afectivo don Nicolás, uno recuerda esas montañas tan sabiamente descritas por Eliseo Reclus en un libro clásico, cubiertas de espléndida vegetación, cargadas de bellos paisajes imprevistos, con grutas recoletas, con torrentes bulliciosos y fuentes murmurantes que corren alegres hacia el plácido valle, con sorpresas de maravilla, con escondidos lagos transparentes y tendidos de espaldas hacia el cielo, en el corazón de selvas hospitalarias, y que el viajero descubre de pronto con asombro.

La austera fisonomía del luchador inflexible en la tensión permanente de su carácter y de su personalidad "de una pieza" frente a la corrupción, a la impostura, a la cobardía moral, a la ambición mezquina, al cinismo disolvente, y en su batalla de todos los días contra los políticos sin escrúpulos y los gobernantes que deshonran su nación esclavizando y humillando a su pueblo, queda presente pero como retirada en un plano de reserva, cuando nos acercamos a él confidencialmente, sobre todo cuando podemos penetrar en la sencilla intimidad de su vida, tan pura, en la que entre infinitas preocupaciones y cotidianos trabajos de la mente, entre las actividades portentosas de su militancia pública, halla sitio holgado para las solicitaciones de su ternura familiar, cultivando conmovedoramente su vocación de abuelo y su inagotable cariño fraternal junto al hermano enfermo.

Artesanía del alma

Ese modo de ser, esa capacidad para labrar su persona con cuidados de artesanía del alma en el perfecto equilibrio de todas sus facultades y de todos sus sentimientos, es acaso lo que le ha deparado esta gloria de llegar a los ochenta años en plena juventud.

Doble juventud, sin duda, porque se expresa en el entero vigor simultáneamente físico y espiritual, con el cual se mueve, a sus años, por la vida, con gallardía y arrestos de joven, tanto más eficiente en el ejercicio de sus energías cuanto que éstas son ahora alas de una insuperable madurez de la inteligencia, dotada así de un sexto sentido que reúne los otros cinco y les agrega la virtud de regirse certeramente a través de lo que todavía no es, y hacia un fin que está más allá y por encima de su propia persona.

Y es que su recalcitrante juventud es doble, precisamente, porque se afinca y enraíza en el ideal; porque su confianza en el ideal y en el porvenir, lejos de haberse desgastado con el andar del tiempo y con los contratiempos de la historia en esta última década, más que mantenerse incólume, se ha robustecido.

La misma lucha que sostiene en torno de la llama del socialismo en su país para que se conserve y crezca en medio de las voluntades y fuerzas que se proponen apagarla, fortalece en su corazón la adhesión impertérrita a las ideas socialistas y al partido glorioso que las encarna y propugna.

Los originales habían sido hallados en un bolsillo del sobretodo que la policía revisó al allanar la pieza del hotel, y como se le preguntara qué decían esos originales, el autor aprovechó para leerlos ante la atención silenciosa de tan extraño auditorio. El hecho fue muy comentado en su oportunidad en ambas márgenes del Plata.

Y mientras el fervor de su contienda lo adhiere con el tributo de sus manos y de sus palabras, que son hechos, al mástil de ese ideal, también intensifica en su cerebro la claridad de la razón en que se basa, y le hace ver hasta el fondo de la convulsionada realidad histórica donde navega insumergible, como el arca de la leyenda bíblica. Porque ese ideal es hijo de los diluvios y ha nacido para superar todos los oleajes y conducir la humanidad, aunque surja la tormenta y fulgure el rayo, a los montes donde florece el árbol de la paz bajo el arco iris de la eternamente renovada esperanza.

El mensaje de estos hombres

Por eso hombres como él deben vivir y tienen que vivir muchos años. No sólo los necesita el Partido Socialista de su país; los necesitan los de todos los países del mundo, sobre todo de América. Los necesita la juventud de la Argentina y la del Río de la Plata y la de todo el continente americano y la del mundo entero. Porque si las juventudes de estos tiempos traen en algunos mensajes que no siempre son, al menos por sus proyecciones inmediatas, de justicia y de libertad, estos altos maestros de sano realismo y de idealismo auténtico —que no son incompatibles— renuevan todos los días con su palabra vigorosa un mensaje de libertad y de justicia.

Una anécdota

Y él, cuya vida y cuya obra es una enseñanza palpitante a quienes están en edad de recogerla, para dar ejemplo a los jóvenes actuó incansablemente, sin desmayo; recorrió el país, subió muchas veces a la tribuna pública, dictó medulares conferencias haciendo el análisis documentado e implacable de la situación política y de la marcha del gobierno. Por no haber cejado en su campaña admirable, fue reducido a prisión, lo mismo que otros destacados compañeros de ideas y de luchas. Se les mantuvo seis días incomunicados y se les encarceló sin darles ninguna explicación. El ilustre anciano fue enfermo a la penitenciaría, atacado de gripe y con un molesto resfrío. Soportó con emocionante estoicismo el duro régimen carcelario de la penitenciaría, y mientras pudo creerse que esa desconsideración policial le resultaba una penosa contrariedad, nos enteramos de que él, que, por otra parte, no era novicio en tales azares, pues había sufrido prisión de muchos meses bajo la dictadura de Uriburu, y algunas otras en diversas ocasiones, no pensó jamás en quejarse. La única noticia que dio de cómo lo pasara en la cárcel fue la de que el silencio y la tranquilidad de la celda le curaron de su gripe y de su constipado...

Con hombres así no pueden los dictadores.

Ésa es la más reciente lección que don Nicolás nos ha dado a todos, pero especialmente a los jóvenes, en quienes confía y a quienes espera a su lado, compartiendo sus afanes de porvenir.

Porque si los paganos creían que el porvenir descansaba en las rodillas de los dioses, nosotros sabemos que descansa en las rodillas, en las manos y en el espíritu esclarecido de los jóvenes dignos y conscientes de su misión en el curso histórico de las generaciones.

Un saludo a los muertos y a los vivos

Compañeros y ciudadanos:

Para un hombre de mi sensibilidad venir en estos momentos a Buenos Aires es toda una ritualidad religiosa. Los peregrinos que van a la Meca no experimentan mayor emoción que la mía. Porque vengo a ponerme bajo el techo de la Casa del Pueblo, templo laico del Socialismo, donde el recuerdo y la imagen de Juan B. Justo, de Del Valle Iberlucea, de Mario Bravo, de Ángel V. Giménez, de Alejandro Castiñeira, de Francisco Cúneo y de muchos otros constructores de esta patria espiritual que es para nosotros el Partido Socialista, presiden como númenes las fervorosas asambleas y los abnegados trabajos. Y porque vengo a ponerme en contacto con el cuerpo y el alma de este grande y glorioso partido de los trabajadores argentinos, y a dar mi abrazo fraternal a ilustres maestros de la democracia y del socialismo que sostienen una brega heroica en defensa de nuestros ideales comunes. Porque vengo a echar de menos en el ámbito de sus actividades a compañeros eminentes que andan prófugos, y vengo a ver si puedo acercarme a estrechar la mano, a través de las rejas, a Jacinto Oddone, elevado con toda una vida de trabajo, de lucha y de estudio, en que el obrero manual había desembocado en el intelectual de fuste, autor de notables libros de investigación y exégesis histórica y sociológica, elevado por la dictadura a la categoría de símbolo y paradigma del trabajador ciudadano que defiende en el sindicato obrero los fueros de la independencia contra las ingerencias del poder. Y porque vengo a estrechar asimismo las manos de cuantos camaradas comparten su suerte de procesados por una misma causa.

Ante ese panorama de tristezas y amargu-

ras don Nicolás llega a sus ochenta años fuerte y confiado en el desenlace de "la lucha final".

Alienta a todos y a todos nos da ejemplo.

Con mirada avizora aguarda el porvenir que todos los días contribuye a engendrar sembrando, infatigable sembrador, semillas de redención y de luz en el alma de su pueblo.

María Eugenia (1)

ME sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¿Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio? Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

María Eugenia Vaz Ferreira se fue de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar —el tiempo mediante— los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ése es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer lacias las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos elegidos procurando el instante de abandono o de cansancio que le permita arrebatar traidoramente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre de lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oír por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria delicada y soberbia, hacía oír su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fue asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza sin velos. Ella se atrevió a decir con estupenda

---

(1) Versión taquigráfica. Discurso pronunciado en el acto conmemorativo celebrado en la Universidad de Montevideo. Este discurso fue transcrito en "Repertorio Americano", de Costa Rica (8 de marzo de 1926).

exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales ansías de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra habría de llevar a las más intensas expresiones con el arrebato erótico de su estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en alguna de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana —con algo de Heine y de Goethe— a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Pando.

Nadie, tampoco, ha dejado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular **Fuego y mármol** su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía —eso es— por la elevación de los temas —el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte— y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándole sones graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la mente en una onda de sugestiones infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos.

. . . .

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tienen importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con ésa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervorosos cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del renacimiento en que la fantasía del poeta mezclaba los dioses gentiles del olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un leit-motif wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su "hermana" la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La "hermana Noche" le ha dado "la eternidad de su silencio", que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso "árbol nocturno", como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carro de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incensantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar hacia la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embriagarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, apretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

Ismael Cortinas (1)

CUANDO hace un año golpeaba nuestro corazón, como lúgubre aldabonazo, la sorpresa dolorosa de la muerte de Ismael Cortinas, los que como amigos suyos hablamos ante su tumba llevábamos al acto de la inhumación de sus restos, una palabra que era sobre todo la expresión de un sentimiento fraternal desgarrado.

. . . .

A un año de su muerte es ya la luz de la historia, más que la voz de nuestros sentimientos personales, la que se deja oír en las apologías.

No porque nuestros sentimientos hayan cambiado, sino porque a través de sus ondas aquietadas por la distancia, se abre paso ahora con mayor serenidad y firmeza, la verdad definitiva, espíritu inmortal que flota sobre las aguas.

Fue de los jóvenes de su generación que no rehuían derramar su sangre en aras de sus convicciones políticas.

Era casi un adolescente cuando lo hirieron de gravedad en las cuchillas del terruño, allá por el 1904.

¡Gallarda juventud, sin duda, esa que equivocada o no, se jugaba la vida por una pasión civil!

Vinieron años de paz, y en ellos la pluma del periodista se agilitaba en el campo esgrimístico de las polémicas cotidianas desde las columnas de "Diario del Plata" o de la "Democracia"; mientras su vena de autor teatral enriquecía el teatro rioplatense con obras en que las aptitudes reveladas en "El credo" se afirmaban y se desenvolvían.

Pero poco a poco los compromisos crecientes de la vida pública lo obligaron a desplegar su nervioso dinamismo en la actividad política ejercida desde puestos de responsabilidad siempre mayor.

En uno de ellos —nada menos que en el de miembro del Consejo Nacional de Administración— lo sorprendió el golpe de Marzo.

Le tocaba, pues, directamente el atraco alevoso, pero no era por eso que le llegaba al alma y se la encendía de santa indignación, sino por lo que aquello significaba de afrentoso para la dignidad nacional y de sombrío para la suerte de los derechos y libertades de nuestro pueblo

(Aplausos.)

Ayer tuve ocasión de leer, precisamente, un relato en que el doctor Luis Bonavita, notable cronista de nuestro pasado, y de nuestro presente histórico, narra los últimos momentos de Baltasar Brum, ese mártir venerado que supo abrirse de un balazo las puertas de la inmortalidad.

(Grandes aplausos.)

En ese relato se transcriben las líneas dejadas de puño y letra de Brum, en unos apuntes donde dice que el 8 de abril montaría guardia ante la Constitución en la sede del Consejo Nacional de Administración, que era el Cabildo "cuna de nuestras libertades". Añade: de ese relato se desprende que se habían comprometido a hacer guardia, por ser los dos únicos consejeros que no tenían hijos, Brum y Cortinas.

Se comprende que se trataba de esperar y contener revólver en mano, vendiendo cara la vida a la horda de forajidos que ese día habían de echarse a la calle en manifestación de las "ranas pidiendo rey", o sea pidiéndole a Terra que se declarara dictador.

Los sucesos no ocurrieron como Brum lo había previsto.

Ese mitin que se había venido anunciando para el 8 de abril, no se efectuó, porque los autores del golpe resolvieron adelantar los acontecimientos y abatieron las instituciones el 31 de marzo.

A eso se debió que el destino de Cortinas, frente a ese vergonzoso episodio de nuestra historia, no haya sido el mismo de Baltasar Brum.

En la situación creada por ese derrumbe, su espíritu de luchador vibra como un acero esgrimido por colérica mano en la tensión del ataque frente a un enemigo receloso que vigila todos los movimientos y penetra hasta las intenciones ocultas de sus adversarios. Cortinas es de los que no descansan. Es de los que quieren derrocar el gobierno de fuerza con un levantamiento en armas y sueña con poder lanzarse a las cuchillas como guiando una gran columna de conciencias ciudadanas en marcha a la conquista de la liberación del país.

Creía que en cuanto un puñado de hombres decididos lograra asentar sus plantas victoriosas en el más apartado villorio de la República haciendo flamear la bandera de la Revolución, el pueblo se levantaría en masa, en todos lados y el gobierno apenas hallaría de su parte unas cuantas unidades militares o po-

---

(1) Discurso pronunciado en el Salón de Actos de la Universidad el 2 de abril de 1941. (Versión taquigráfica.)

liciales desconcertadas, mal dispuestas a intentar una débil defensa.

El levantamiento, acaso tardío, y al mismo tiempo precipitado, del mes de enero de 1935, demostró que no se equivocaba en cuanto confiaba mucho en la incapacidad del oficialismo para defenderse, pues luego se supo que en los primeros días había reinado en las esferas oficiales, en las jefaturas de campaña, en el propio ejército, un desorden y una nerviosidad capaces de haber dado por sí solos tiempo al enemigo, si éste hubiera obedecido a un plan de ataque bien estudiado y mejor dispuesto para obtener auxilio bélico y ayuda efectiva por parte de la población del país.

Aquel puñado de valientes no encontró el clima de fervor cívico y de espíritu de sacrificio que pudo creerse existía para sostenerlos en su demanda.

.. ..

Por eso Cortinas, en el destierro y después del destierro, conspiraba.

Su partido había proclamado una y otra vez la abstención ante las urnas, y él no podía admitir que abstención significase inactividad.

Se hallaba en Porto Alegre cuando se produjo el alzamiento de Enero y como se apagó pronto el fuego de la insurrección, no llegó a tiempo para incorporarse a las breves filas revolucionarias.

Su participación en esos sucesos le valió un nuevo destierro.

Y así pagaba su tributo a la inquietud cívica esforzada, que buscaba para su pueblo las más prontas salidas del impasse de arbitrariedad y opresión en que había caído.

A mi me tocó saludar y estimular desde la Cámara —en plena Asamblea General— el gesto de los valerosos ciudadanos que se arrojaron a los campos a desafiar las armas de un gobierno ilegítimo, para que un senador, ya fallecido, me interrumpiese diciéndome que "esperaba entonces verme ensillar mi caballito para incorporarme a la revolución", a lo cual contesté que por el momento mi obligación consistía en hacer equitación en esas Cámaras de la "3ª República" donde también era necesario jinetear en pelo. (Risas).

(Grandes aplausos.)

En esas ansiedades, en ese dinamismo, en ese noble afán por apresurar la vuelta a la normalidad institucional estaba todo Cortinas, con su corazón impetuoso y su mente serena.

Nadie encarnaba más y mejor que él, el tipo de político idealista que en esas horas de prueba moral daba al pueblo una lección heroica de entereza y pureza de conducta.

Y cuando empeñado en llevar al pueblo a una acción armada chocaba con el escepticismo de gentes entregadas y sanchescas que acaso sospechaban en los políticos desalojados el móvil pequeño de recuperar para sí las posiciones perdidas —sin querer advertir que a cualquiera de ellos les bastaba silenciar tan sólo sus protestas para verse colmados de favores— hubiera podido evocar el recuerdo de aquel episodio de la política francesa narrado por Víctor Hugo: Era en momentos en que un golpe de estado, el de Napoleón "el pequeño" acababa de disolver el Parlamento, provocando una sublevación de los partidarios de éste, que habían levantado barricadas en algunas de las calles de París.

Esos parlamentarios recibían una indemnización diaria de 25 francos.

Un diputado, que con un puñado de amigos defiende una barricada, al ver pasar un ciudadano a cierta distancia lo exhorta a ocupar un puesto a su lado, pero el ciudadano le responde con sarcasmo: Defiende tú tus 25 francos.

Y el diputado entonces le contesta: —Pues ven a ver como se muere por 25 francos.

Y tomando un fusil se encarama sobre la barricada y hace fuego, para caer de inmediato acribillado por las balas del enemigo.

Un gesto parecido, salvada la diferencia de escenarios y de acción, era el de este hombre que soñaba con levantar barricadas del pueblo frente a los soldados del régimen, sacrificando su comodidad, su salud y hubiera sacrificado su vida (algunos la sacrificaron, en efecto) en el ansia de no dejar sin castigo la usurpación arbitraria y de ver abiertas cuanto antes las vías salvadoras de la legalidad democrática.

.. ..

Que las nuevas generaciones uruguayas —señoras y señores— sepan inspirarse en el ejemplo de Cortinas y conservar en sus almas un sitio para el recuerdo de su noble figura de luchador que fué siempre joven, porque no lo alcanzó la ancianidad en el camino de su vida fecunda, y porque su espíritu era de los que se mantienen enhiestos, aunque pasen los años, y recogen para la incesante renovación de sus días, por un milagro de su capacidad de idealismo y de fe, la claridad jugosa de todas las mañanas y el florecimiento magnífico de todas las primaveras. (Prolongados aplausos.)

Cómo conocí a Rafael Barret

HAN transcurrido como dieciséis años. Una tarde me anunciaron en casa que alguien me aguardaba en el escritorio. Era un hombre delgado, de pálida tez y nariz afilada, de rostro anguloso con una barba corta, algo nazarena, tirando a rubia, y unos cabellos alisados y delatando más que ocultando los estragos irremediables de una calvicie incipiente. Se puso de pie al verme llegar y vi que era de regular estatura, más bien alto. Sus ojos eran claros, de un mirar confiado y dulce que inspiraba amistad. Sus labios finos trazaban una línea recta entre el bigote lacio y la barba en punta. Sonreía con una sonrisa agradable, llena de blancos dientes. Sus ojos se le iluminaban intensamente al reír y esparcían su honda dulzura por todos los rasgos de la cara en que las mejillas hundidas y los pómulos salientes con cierta transparencia de cera acusaban inquietantes claudicaciones de la salud.

—Soy Barrett, me dijo.

Nos dimos un apretón de manos firme y recio.

—Acabo de llegar, —añadió, después de efusivo saludo. Vengo deportado del Paraguay.

Yo lo vi entonces iluminado por una luz interior de bondad evangélica, que acentuó a mis ojos su parecido físico con el Jesús divulgado por las estampas.

Después habría de verlo siempre así.

Me narró su encarcelamiento por orden de Jara, el tiranuelo brutal; su prisión en un cuartel, y su deportación finalmente. Venía a ganarse la vida con la pluma. Me pidió que le orientase en la búsqueda de trabajo como periodista. Yo era cronista teatral de "El Día" y por mi intermedio esperaba obtener una plaza en la redacción de ese diario o colaborar con él mediante un sueldo que le permitiese vivir.

Mis gestiones fracasaron. Le aconsejé entonces viese a Samuel Blixen, que dirigía "La Razón". Se entendieron. Blixen, gran conocedor de valores literarios y periodísticos, supo apreciar de inmediato el mérito excepcional de ese escritor nervioso, hondo e intenso, que sabía encerrar en la asombrosa síntesis de las narraciones cotidianas, las inquietudes de su espíritu ampliamente humano y las reflexiones de una mente penetrante y profunda, armada por la virtud del propio pensamiento y el variado auxilio de una compleja erudición.

Firmaba con sus dos iniciales, R.B., los artículos breves, jugosos, admirables de concisión y belleza formal, que abrían en la espesura de inevitable vulgaridad y chatura de la efímera prosa del diario, un claro de idealidad duradera. Por ese claro descendía a trazar su rasgo inconfundible y perenne, entre las deleznables flores de trapo de la retórica periodística o entre la trivialidad aplastante de las fugaces gacetillas noticiosas, un rayo del arte imperecedero y del pensamiento inmortal. La eternidad se asomaba por ese hueco de luz para poner su sello indeleble en la hoja volandera destinada al olvido. Porque él fue entre nosotros el más alto representante de ese género literario que es periodismo en cuanto se nutre del acontecimiento de actualidad y vive sobre la página de los periódicos, pero que es sobre todo arte, rama perdurable de pensamiento, de belleza y de emoción. Las páginas del cotidiano se deshacen en el viento; caen mustias de las manos que las estrujan ansiosas y pasan con el día que las vio nacer y les infundió su aliento afiebrado. Pero cuando en esas páginas brilla, como un raro decoro, el toque espiritual de aquel género artístico, hay siempre en ellas algo que se salva, un trozo que se desprende, separado por el inteligente homenaje de las tierras, y que pasa a perpetuarse en el ambiente vivificador de las almas incorporándose a las palpitaciones ideales del mundo, mientras el resto del diario vuela a dispersarse y perderse en los oscuros torbellinos de la materia inanimada. La posteridad coge un día a brazadas los montones de diarios viejos y los avienta como paja inservible, para recoger tan sólo los granos de oro allí depositados por el escritor insigne. Esos granos de oro a veces llenan libros, como ocurre con los que Barret arrojó en una siembra pródiga de casi todos los días durante dos o tres años en "La Razón". Y hoy, al releer sus comentarios de la vida diaria, de sucesos pequeños o grandes que han pasado estremeciendo el alma colectiva o apenas desflorando su superficie, cerca o lejos de nosotros, —un terremoto, un naufragio, un crimen, una guerra, una revolución, una fiesta, un gesto, una frase, un accidente cualquiera noticiado por el telégrafo o por las crónicas locales vemos que la actualidad de su hora le servía de simple punto de apoyo para lanzarse a esos magníficos vuelos de la idea conque su talento robusto se ensoñereaba del espacio. La actualidad transtoria era en sus manos una fruta jugosa de la que sabía extraer un licor de espíritus que como el vino no teme al tiempo, sino que con el tiempo adquiere mayor fuerza y virtud. Sobre la fugacidad de la corriente humana echaba a navegar su canoa de

meditación y de ensueño que dura por encima de las ondas de un instante y continúa todavía su viaje hacia el ideal aunque las ondas de sus días se deshicieran cada tarde en los sangrientos brazos del crepúsculo. El más banal de los hechos le daba motivo para plantear los mas inquietantes problemas y abordarlos con esa su filosofía tan personal que es una desconcertante mezcla de escepticismo y de fe. En torno del hecho, por insignificante que fuera en apariencia, acumulaba las más agudas reflexiones, remontándose del guijarro a la estrella, del átomo al universo, de la exclamación de un niño al porvenir de la humanidad, del ademán de un anciano al misterio de la vida y la muerte, a través de sentencias inéditas, impregnadas de un humorismo sutil de amargo y triste dejo. El sarcasmo ríe a menudo en el fondo de sus frases, siempre concisas y certeras, semejantes a piedras que dan alegremente en el blanco y dejan al golpear una resonancia de sugestiones en la mente y el corazón. Porque fue sobre todo un humorista. Su ironía no es la de Anatole France. Tiene una angustiosa actitud; pero me hacía siempre el efecto de una herida abierta a través de la cual se descubriese una santa luz de bondad, de esperanza y de amor. Su ronrisa es terriblemente demoledora y corrosiva; pero tan solo de las cosas malas y feas, porque hay debajo de ella un corazón rebosante de generosidad y de recalcitrante idealismo.

Pero mi objeto de este artículo no es de estudiar a Barrett sino relatar cómo, en qué circunstancias trabé con él conocimiento personal. Dicho queda. Llegó un día a mi casa, me dijo quién era, le abrí los brazos y desde ese momento nuestros corazones no se separaron ya. No tardó en confiarme el fondo de su alma. Me habló muchas veces de sus grandes amores —su hijo era el más grande— y poco de sus dolores y tristezas, porque no le gustaba ofrecer el espectáculo de sus llagas, ni siquiera de sus cicatrices.... Pero le vi sufrir. Venía minado por una enfermedad implacable. A pocos meses de llegar cayó en cama, golpeado por terrible hemoptisis. Le hablé al doctor Narancio, entonces mi amigo, para que lo viese en el hotel Piaza Bianchi donde se alojaba. Él estaba muy agradecido a las atenciones desinteresadas que el doctor Narancio le prodigó. Allí íbamos a verle sus pocos amigos y entre éstos, el más asiduo, José Peyrot, uno de los más bellos corazones que he conocido jamás y que sentía adoración por Barrett, que éste le retribuía con afecto de verdadero hermano. Yo los había aproximado y me estremecía viendo como esos dos hombres, ambos muy enfermos, se aprestaban a marchar juntos por la vida mirando sin pestañear a la muerte, que se les acercaba. A menudo departían sobre temas filosóficos. Peyrot era un teósofo ardiente. No trataban de convencerse; pero discutían con entusiasmo y no siempre estaban en desacuerdo.

Del hotel hubo de salir, porque al saberse que era tuberculoso le pidieron la pieza... Tuvo que ir a asilarse a la Casa de Aislamiento, y no dejaba de escribir. Continuaba remitiendo con intermitencia sus notas a "La Razón" y escribió unos cuentos que vieron por primera vez la luz en "El espíritu nuevo", una revista dirigida por mí. De allí salió mejorado y poco después volvió al Paraguay, a ver a su esposa e hijo, para retornar y emprender su viaje a Europa, que fue su último viaje... Al embarcarse acaso presentía la proximidad del fin Me abrazó muy triste, y respondió a las palabras con que yo trataba de infundirle optimismo, con frases de despedida que me cayeron como lágrimas candentes en el corazón. Me sonrió por última vez en su camarote con aquella su sonrisa abierta, bañada en suave luz de bondad, de tolerancia, de perdón y de afecto. Volví a ver al Jesús de las estampas. Y no volví a verle más.

("La sensibilidad americana", páginas 203 a 209.)

CRONICAS DE VIAJE

(DEL LIBRO "DE MONTEVIDEO A MOSCU")

En playas africanas

Entretanto nuestro barco seguía su marcha y tres quilómetros más adentro de la bahía arrojaba el ancla. Numerosas embarcaciones nos rodeaban. Casi todas ellas tan bien defendidas como la nuestra, y algunas más todavía Había allí barcos de todas las formas y todas las edades. Ingleses, norteamericanos, daneses, franceses, uno de los cuales hacía antes de la guerra servicio de pasajeros como vapor de gran lujo. Destroyers, torpederos y avisos andaban de un lado para otro, mientras iban llegando algunas naves más.

Quedamos fondeados a unos cuatro quilómetros de los embarcaderos del puerto. A babor divisábamos la ciudad —Freetown—, capital de Sierra Leona, protectorado británico que pertenece al África Occidental.

Freetown quiere decir "ciudad libre", y su nombre alude a la liberación de los negros esclavos y al régimen de autonomía que bajo el protectorado se les dio cuando se abolió la esclavitud, para que se gobernasen por sí mismos, régimen poco después sustituido por el actual sistema de administración colonial.

La bahía es una de las más amplias del mundo. Un marino me aseguró que es, por su extensión, la tercera. En ella caben y pueden evolucionar, probablemente, todas las grandes escuadras actuales.

En uno de nuestros botes a motor nos trasladamos a la ciudad, construida en lo alto del terraplén. Para llegar hasta ella desde el embarcadero y las instalaciones del Resguardo y la Aduana es preciso ascender por unas anchas escaleras labradas en el suelo rojizo, con no menos de cien escalones. Las casas en algunos sitios cercanos a la costa, están construidas sobre gruesos pilares rectangulares, para ponerse a cubierto de las crecientes del océano. Suelen ser de material en las calles principales, pero no faltan las de madera y no es raro ver entre edificios de buena construcción, casi todos de techo de paja o de zinc, chozas de negros que diría permanecen allí como dejadas por la selva cercana en su renuente retirada ante la penetración del progreso.

....

Nos llamó la atención la similitud de ese paisaje con alguno del Brasil, especialmente de Río Grande y de Río de Janeiro. La flora, con sus bananos, sus palmeras, sus mangos, ofrece grandes analogías con la brasileña. También aquí la tierra es roja, aunque no tanto como allá; pero el verde de las plantas, acaso porque no llueve a menudo, no me parece adquirir nunca esa tonalidad luminosa "rabiosa", de barniz fresco, que suele admirarse en las vegetaciones de al-

gunas regiones del Brasil. No se puede menos de recordar que los mapas de América y África dan la impresión de coincidir por sus bordes, adaptándose la saliente de una a la entrante de la otra, y viceversa, como si alguna vez hubiesen formado un solo continente en la insondable noche de los tiempos. Alguna teoría científica se ha elaborado a ese propósito. Sea como fuere, no puede menos de advertirse que África se nos muestra aquí con una presencia muy sudamericana...

Diseminadas por entre ese paisaje, internadas en ese parque espontáneo que cruzan carreteras circulares muy bien trazadas y perfectamente conservadas, se ven las residencias de muchos funcionarios británicos y de las personas más acomodadas de la población blanca.

El contraste típico de estas regiones en que el progreso de Europa sienta sus reales para las necesidades... de Europa aparece al desnudo. Se diría un juego de palabras, porque aparece sobre todo en el desnudo de los negros, que no es solamente un producto del clima ni una imposición de la ley de la comodidad bajo el imperio de la temperatura. No se trata, por lo demás, solamente del desnudo del cuerpo; sino de esa desnudez de la mente en que viven miles de seres humanos en contacto permanente con la civilización y el progreso.

El pobre negro africano es este pintoresco personaje que aquí se halla entre nosotros evocándonos en el más humilde de sus ejemplares toda una historia de terribles e inexorables injusticias humanas Algo queda en el fondo de nuestro corazón de americanos que nos hace acercarnos con interés y con amor especiales a estos indígenas de negra piel; y eso nos viene acaso del sentimiento de gratitud que les debemos y que instintivamente nos invade, como un mandato de la historia, por haber sido ellos los que la piedad cristiana de los reyes españoles eligió un día —que duró cuatro siglos—, para salvar a los indios de América de los más crudos rigores de la colonización.

Cazados como fieras por negreros brutales en el corazón de sus bosques y de sus aldeas de chozas de caña; o atraídos a la costa por infames engaños, fueron arrojados al fondo de las bodegas de las naves rapaces, y constituyeron la mercancía humana de la esclavitud, tratada a latigazos, engrillada, alimentada con inmundas bazofias.

Precisamente Freetown es toda ella una invocación viva de aquella ignominia. En el centro de la ciudad se le muestra al viajero un árbol colosal, de una especie autóctona, con una gran copa redonda y con un tronco que no pueden abrazar cuatro hombres dándose las manos, de una altura que lo destaca a muchos metros, sobre todas las techumbres cercanas, a cuya sombra se instalaba hasta hace poco más de veinte años el mercado público de esclavos.

Porque Sierra Leona fue la última región del mundo de donde desapareció la esclavitud. Uno de los primeros actos de la Sociedad de las Naciones, si no recuerdo mal, consistió en abolir en esa zona ese tráfico anacrónico que aún se conservaba como una bárbara costumbre; circunscrita felizmente a pocas localidades.

Es gran adelanto, sin duda, haber concluido con esa vergüenza. Pero aquí están los negros con su miseria y su hambre, mirando con sus grandes ojos redondos las maravillas del progreso moderno, que llena su bahía de fortalezas flotantes, y su ciudad, de campamentos provistos de las armas más mortíferas, y puebla su cielo de infatigables máquinas voladoras; mientras para ellos apenas hay las migajas de esta riqueza abrumadora, en forma de diez dólares por mes, si quieren ser útiles echando los bofes cargando y descargando las grandes chatas de carbón. Y lo más frecuente es que ni siquiera esas migajas les alcancen.

Es un problema que se produce en infinidad de puntos del globo. No es por cierto menos grave sino mucho más agudo, el problema en la India y se le halla asimismo en casi toda el África y en casi toda la América del Sur... En la misma Europa y en el seno de las más adelantadas naciones del mundo, en sus más ricas ciudades, el cáncer de la miseria roe las entrañas del pueblo y cubre de sombras la vida de capas enteras y profundas de la sociedad. De esta generalidad del mal puede deducirse una justificación aparente de la política colonizadora, que lleva el progreso a los países atrasados sin sacar ante todo del atraso a sus pobladores, y sin someterlos a una disimulada o indisimulada servidumbre. Pero cuando se va a perturbar la existencia de esos pueblos indígenas que son felices a su modo en su barbarie más o menos primitiva, para

arrebatarles lo suyo e imponerles nuevas costumbres, es elementalísimo deber de humanidad hacerles ganar y no perder en el cambio. Esta preocupación ha de predominar en el espíritu de las naciones que se han erigido en líderes y administradores de la civilización universal, y quieren llevarla a todas partes, si ella ha de ser una bendición verdadera y no una estafa.

La existencia de un solo negro hambriento y desvalido en una de estas colonias o "protectorados" que tan importante servicio prestan al poderío de quienes lo ejercitan, acusa el fracaso de una política colonizadora que será necesario rectificar.

....

Marzo 2 de 1944

¡Estamos en Egipto!

El hecho es que nos hallamos en El Cairo.

La cinta del film que venimos viviendo refleja ahora las aguas y las palmeras del Nilo; las cúpulas y los minaretes de las mezquitas de la Citadel y de Almet Ibn Tulum; las Pirámides y la Esfinge...

Hasta aquí hemos llegado un poco aturdidos, como si la cabina del avión hubiese sido un fumadero de opio, y nosotros hubiéramos soñado andar extraviados por zonas de la fantasía y del delirio para despertarnos, de pronto, en medio de estas ilusorias regiones del misterioso oriente, que nos parecen, hoy más que nunca, en nuestras circunstancias, el verdadero "regno delle fávole".

Aquella lucha entre el Oriente y el Occidente, que en Argel veíamos decidida en favor del Occidente, aquí presenta al Oriente dominador e irreductible, sin que ello quiera decir que el progreso se haya estacionado, sino que se realiza, más que por cauces occidentales, bajo moldes orientales. Aquí se respira el alma de los siglos pretéritos.

El Cairo es indescriptible. Así como no creo posible contar el número de sus habitantes, tampoco me parece adaptable a las limitaciones gráficas de una descripción. Es el África, la Europa y el Asia reunidas en una síntesis de edades, de razas, de culturas, de pueblos, de costumbres y de religiones. En sus calles se mezclan las indumentarias más dispares, especialmente ahora que la conjunción de los ejércitos arroja sobre las vías públicas oleadas de uniformes que hacen alternar en la multitud trashumante el rojo fez de los nativos con el poli del soldado inglés y americano; el pollerón volandero y sucio de los fellas de la calle, con el pollerín variopinto y primoroso de los higdlanders; el blanco turbante de los beduinos con la gorra kaki o azul de los oficiales de tierra y mar de los ejércitos aliados. Porque lo primero que se advierte al llegar, después de haber admirado desde el auto la belleza de las viejas mezquitas esparcidas por todo el trayecto desde el aeródromo al hotel; la anchura de algunas avenidas modernas y la riqueza de su edificación de muchos pisos en los barrios centrales es que se halla ocupada militarmente, pues cruzan innumerables los camiones y los jeeps militares de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y se ven los hoteles y posadas repletos de militares; y por las aceras de cada diez personas que pasan siete llevan uniforme. Hombres y mujeres con uniforme militar van y vienen, en proporción más elevada aun que en Argel.

Abril 4 de 1944

....

Sanear una ciudad como ésta, volverla salubre al abrigo de toda infección y epidemia es obra ¡verdaderamente faraónica! Si se ha logrado extirpar la malaria, que castiga al resto del país, y no cunde más el tifus ni hace estragos visibles la viruela, es sin duda porque la purificación de las aguas corirentes que alimentan a esta población es perfecta y porque el esfuerzo sanitario de las autoridades en algunos aspectos debe ser colosal. Acaso sea ello también un milagro del Nilo —el padre de Egipto—, que ofrece un agua abundante y de fácil adaptación a las exigencias científicas para volverla absolutamente potable. El agua de El Cairo es buena. Se la bebe y se la puede beber con confianza. Si así no fuera, ¿qué sería de esta población, con ésa su desaprensión tradicional horrorosa en materia de higiene?

Lo malo es que, sin duda por ser tan buena, no se hace de ella el uso necesario. Se la emplea muy poco. Debería encontrarse la manera de que cayese a chorros por todos lados; de que bañase permanentemente la urbe, y con preferencia estas zonas

populares y pobres; de que brotase en columnas vivas, alegres y rumorosas en infinidad de fuentes, como de verdaderos alfaguaras, de innumerables grifos y llegase a todas las casas, a las más humildes, a los tugurios, en una nueva forma de la bendición salvadora del río-dios del Egipto...

No es empresa fácil, por cierto, poner a El Cairo en mejores condiciones de salubridad. Los siglos pesan como una montaña de granito sobre esta realidad presente, y es forzoso remover toda esa pesadumbre para reformar un poco casas, barrios y hombres.

Sería una profunda revolución pacífica, altamente beneficiosa para estos pobres pobladores de las zonas agarenas y para toda la ciudad y el país, la que socializase y popularizase el agua. Habría, tal vez, que extender las funciones civilizadoras del Nilo sagrado. Habría que dedicar nuevos y grandes reservatorios de su agua preciosa para la fecundación de los campos, a este servicio de higienización que habría de comenzar por la multiplicación de las fuentes públicas para las necesidades del pueblo, de los baños gratuitos, para concluir con la implantación en todas las casas de servicios de higiene a base de muchísima agua.

No soy yo, seguramente, el primero que ha pensado aquí en esa revolución. Muchos han de ser los que se hallan empeñados en modificar este estado de cosas. Las autoridades, el gobierno, estudian sin duda el problema, que por cierto no ignoran. Cuando logren resolverlo, veremos resplandecer en El Cairo, libre de las nubes y sombras de estos aspectos dolorosos de sus condiciones sociales. la maravillosa cultura arábiga; y el prestigio del árabe del pueblo bajo habrá acrecido a los ojos del mundo hasta igualar el de aquellos antepasados suyos de los fabulosos tiempos de Scherazada, que esparcieron por todo el orbe las maravillas de su genio artístico y de su fino espíritu creador.

La cuestión social de Oriente y del mundo se halla en el fondo de ese problema, que sin duda aguarda, como tantos otros, un impulso de transformación histórica sólo posible con el concurso consciente de los más directamente afectados por el mal.

Abril 8 de 1944

Radiografía de un mundo de leyenda

En la calle, los vendedores de diarios, todos ellos árabes, cada vez que les he dado por equivocación una moneda de dos piastras en vez de una (se confunden muy fácilmente; me han atajado para devolverme el vuelto En los tranvías, los guardas, generalmente árabes, me han dado siempre el cambio justo, a pesar de comprender que podían engañarme impunemente por mi ignorancia del precio de los pasajes y mi poco conocimiento del valor de las numerosas monedas de vellón, escritas en árabe.

Esos pobres árabes se mostraron conmigo, hasta ahora perfectamente honrados. Y puedo añadir que en los numerosos viajes que he hecho en tranvía (si no se viaja en tranvía o en ómnibus no se puede penetrar en las capas profundas de su población ni verla vivir en el afán de sus habitantes más activos) soportando apretones tremendos, nunca noté que nadie haya intentado, entre esos millares de "peligrosos árabes" con los cuales debía ponerme a la fuerza en contacto aprovechar de los apretujones para meterme las manos en los bolsillos. Puedo asegurar que en los tranvías de Montevideo y de Buenos Aires se corre muchísimo más riesgo de ser víctima de los raspabolsas y de los descuidistas que aquí, en las aglomeraciones de estos árabes de tan mala reputación.

El caso es tanto más demostrativo que se exagera mucho cuando se envuelve a sectores enteros de una población en ese mal concepto, generalizando los vicios personales, que no son propios de ningún pueblo determinado sino que son las taras de los individuos de mal vivir, que se encuentran en todas las latitudes y son ciudadanos de todas las ciudades, de oriente y de occidente, del sur y del norte...

Y conste que estos árabes tendrían más razón que muchos otros plebeyos del mundo para dedicarse a obtener con violación de las leyes lo que no se les concede legalmente. Porque hay aquí muchos millares, cientos de miles de personas, sin duda millones, que en un país donde existen for-

tunas colosales y la gente derrocha el dinero con fausto verdaderamente oriental, padecen hambre en medio de la abundancia de todos y sobrellevan una existencia tal de miseria, de abyección y de atraso, que cuesta imaginarla.

Los hombres que cosechan el algodón, la gran riqueza del Egipto, con cuyo cultivo se amasan fortunas fabulosas, ganan 7 piastras por día (70 centésimos de nuestra moneda). El Ministerio de Asuntos Sociales, en un reciente informe, se ocupaba de la situación del fellah, como aquí se llama al proletariado, clase que representa en Egipto, según ese informe, los dos tercios de la población. Hay, pues casi 14 millones de fellahs urbanos y rurales, obreros y braceros de la ciudad o del campo, trabajadores agrícolas asalariados, pequeños productores de la tierra, etcétera. Una legislación provisoria, de guerra, ha tratado de ampararlos. Ha fijado un jornal mínimo de 7 piastras para los asalariados de las tareas agrícolas. "Pero no basta —dice el informe—, dar 7 piastras por día al fellah; es necesario munirlo de productos de base correspondientes a ese salario. La Administración del Fellah (equivalente a nuestra Oficina Nacional del Trabajo), estudia por eso otros proyectos "eminentemente constructivos". Ella va a proceder a la confección de un pan popular, rico en vitaminas; ella va a proveer, por la organización de cooperativas, a las necesidades de tejidos populares para las familias campesinas, etcétera." Ahora bien, con la carestía actual de la vida, esas 7 piastras representarían en el Uruguay un salario real de 30 centésimos: ¡Con 30 centésimos de nuestra moneda deben vivir hombres, muchos de ellos con hijos pequeños, en momentos en que el dinero circula con inusitada abundancia y la existencia de las clases ricas se vuelve más rumbosa y disipada que nunca!

Porque lo trágico de la situación actual del proletariado del Egipto —especialmente de los jornaleros y braceros—, es que por su ignorancia y su carencia de instintos de organización gremial, no han logrado ninguna mejora de sus salarios, mientras todo el mundo mejoraba su situación y ganaba dinero. Los funcionarios públicos —que padecían los efectos de la carestía—, vieron sus sueldos aumentados por el reciente presupuesto, los intermediarios hacen su agosto entregándose al desenfreno del agio y la especulación; los industriales, rodeados de defensas proteccionistas, realizan también negocios extraordinarios; los propietarios han visto aumentar el valor de las tierras y de las casas; los negocios se han intensificado en forma nunca igualada; los bancos despliegan una actividad fructífera de excepción. Este país, en medio de la guerra mundial, se ha constituido en una jauja de la especulación mercantil, bancaria y bursátil.

Sus mayores negocios descansan en la continuación de la catástrofe, hasta el punto de que cuando llegan noticias de la guerra muy favorables a las armas aliadas, permitiendo prever un notable acortamiento de la tempestad bélica, algunos títulos bajan varios puntos en la Bolsa.

Sólo los obreros han continuado ganando sus viejos salarios, y especialmente la mano de obra nativa ha quedado sometida a sus remuneraciones modestísimas de todos los tiempos.

Alguien decía:

—Esta pobre gente proletaria del país no protesta ni se rebela ante ese estado de cosas, no sabe hallar para su desastrosa situación ningún remedio. Carece de instintos de clase y de hábitos de organización gremial. Si le suben los precios no acierta a reclamar más altas remuneraciones. Entonces se limitan a tomar, con su propia mano, algo de lo que le hace falta... Se vuelve de menos confianza para el patrón. Eso es todo

Es, como se ve, una versión de la "leyenda negra" del árabe de Egipto, que invita a la meditación a los estadistas, legisladores y sociólogos de este país.

. . . .

Abril 11 de 1944

La Palestina que no he visto

Estuve a punto de ir a Palestina. Disponía de pocos días para ir, porque no quería alejarme mucho tiempo de El Cairo en la incierta esperanza de que nuestro equipaje llegaría de un momento a otro y en el deseo de partir para Teherán apenas llegase. Pero cuando me decidí a hacerlo no había sitio en los aviones hasta después de una semana, y el viaje en tren me llevaba de-

masiado tiempo para el que yo podía invertir en mi recorrida a vuelo de pájaro. Tampoco estaba disponible un auto que suele contratarse para cubrir el trayecto de El Cairo a Gafa.

Debí, pues, renunciar a ese proyecto, pese a las instancias y empeños de varios amigos de Palestina que me facilitaban dentro de lo posible, el traslado. No pierdo las esperanzas de ver más adelante la interesante experiencia social que allí se realiza en nombre de la restauración de la patria judía, que fue teatro en estos días como lo dijera en otra crónica, de algunos disturbios felizmente sin consecuencia.

Pero si no pude ir pude en cambio conversar largamente con personalidades que aquí desempeñan cargos oficiales en representación de la administración hebrea de Palestina, y con algunos jóvenes enrolados en el ejército judío que lucha junto con los de las potencias aliadas, y de los cuales hay varios miles en la capital de Egipto.

....

De lo que se ha hecho en materia de aprovechamiento del suelo algo pude apreciar por mis propios ojos en nuestro viaje de El Cairo a Teherán. El avión desciende en Lydda, que queda a pocos quilómetros de Jerusalén. Allí se ven ya en torno al aeródromo los agricultores hebreos trabajando una tierra "fabricada", elaborada por ellos sobre el pedregullo y la arena del desierto. Se me ha narrado cómo trayendo desde los valles lejanos la tierra fértil, en canastos y bolsas, a lomo de burritos o a hombros de hombre, se han recubierto los cerros de piedra, en toda Palestina, de una capa de humus en la que los judíos cultivan sus naranjos —que producen para la exportación— sus árboles maderables y sus legumbres. Un instituto científico estudia las condiciones del suelo, de la atmósfera y de la luz solar en cada zona e indica cuáles deben ser allí las plantaciones preferidas.

Surge así una nación de un millón y medio de habitantes, de los cuales un millón son árabes y medio millón judíos. Debe advertirse que la población aumentó considerablemente desde que Gran Bretaña, a raíz de la guerra anterior, empezó a ejercer su mandato de acuerdo con el Protocolo Balfour, más que por la afluencia de judíos, por la afluencia de árabes. Las mejores condiciones de vida, los más altos salarios que se empezaron a pagar por toda clase de servicios en las ciudades y en los campos de la Palestina, obraron como fuerza centrípeta entre la población árabe circundante.

Las relaciones entre los musulmanes y los judíos pueden ser excelentes si se las deja libradas a la tendencia natural y espontánea de unos y otros, pues los israelitas no rechazan a los árabes ni les niegan las ventajas del medio social organizado por ellos, sino que comprenden la conveniencia de hacerlos participar de los progresos y las mejoras generales; y los árabes proletarios no tienen motivo para hostilizar a los judíos, que han traído el adelanto a la región y el mejoramiento a sus condiciones de vida. Pero es fácil inducir a esos pobres árabes ignorantes y supersticiosos a adoptar actitudes agresivas contra los hombres de pueblos distintos que no juran por Mahoma.

No faltan intereses oscuros que se encarguen de azuzarlos y son sabidos los incidentes y choques que se han producido entre la población árabe y la población judía de Palestina. El panislamismo que quiere reservar para los musulmanes la Palestina puede servir, en algunos casos, de pantalla para el interés de los terratenientes y capitalistas de esas zonas, que no ven con buenos ojos la presencia de una administración y de una gente que han venido a traer "el mal ejemplo" de un standard de vida más elevado y de salarios menos bajos de los que el árabe estaba acostumbrado a ganar. Los campos y las villas de los alrededores se despoblaban de árabes que acudían a la Palestina, y eso constituía un perjuicio para los terratenientes de esos sitios. Ésa es, sin duda, la causa profunda de muchos de esos choques y de toda esa política que tiende a detener la inmigración judía amenazando con revueltas y sublevaciones de los árabes, para conseguir que Gran Bretaña, ante el temor de las dificultades que crearía a la causa aliada en todo Oriente el descontento de millones de fanáticos del Islam, ponga límite a esa inmigración por tiempo indeterminado.

X X X

Entretanto los problemas que esa situación plantea a los israelitas son de tal índole que mueven a pensar si no sería el caso de buscar otro camino para la reconstrucción de una patria territorial y política hebrea Sé que toco un punto muy delicado. Tocarlo es como poner el dedo en

un botón eléctrico que desencadenase la movilización de muchas fuerzas contrarias en el campo de las discusiones de una cuestión compleja, que promueve controversias apasionadas. Porque cuando se agitó al fin de la guerra anterior la idea —acariciada desde siglos— de hacer resurgir en Palestina el país judío y se obtuvo que Inglaterra amparase ese propósito, ya se habían tenido en cuenta todas las objeciones posibles y se había discutido mucho sobre la mejor solución del problema de dotar a la nacionalidad judía de un territorio nacional Ya había habido una tentativa simpática —la del barón Hirsch en la Argentina—, para reunir a los elementos de esa nacionalidad en un país determinado, bajo garantías especiales. También en Rusia el gobierno soviético fundó una administración autónoma para los judíos, reservándoles una extensión de su inmenso territorio.

No habían prosperado esas iniciativas. Las colonias del barón Hirsch sólo sirvieron para demostrar que los judíos también podían ser chacareros, pero si permitieron a Gerchunoff escribir sobre los gauchos-judíos, no pasaron de ser un factor de inmigración judía (bien encaminada desde el punto de vista de su ocupación) a la República Argentina. Tampoco atrajo la región autónoma soviéticoisraelita de Birobidján a los judíos que no estaban en Rusia; y aún a los de Rusia misma los atrajo en pequeña proporción. Parecía, pues, remover una cuestión superada, venir a hablarles a los pioneros de la nueva Palestina de buscar otra salida al atolladero creado por la existencia permanente de ese obstáculo, visible o latente, de la hostilidad musulmana.

La idea de ubicar en Palestina la patria de los judíos tiene en su favor que esa tierra es la que posee, para el espíritu de los creyentes, la virtud mística de un llamamiento sagrado, y hay fanáticos de la tradición que no conciben la solución de la cuestión judía sino a base de un restablecimiento del pueblo hebreo en la tierra de Israel. Hubiera sido dividir las fuerzas del movimiento por la reconquista de una patria territorial si se dejaba al margen del mismo a los que, por sentimiento religioso, quieren que Palestina, con toda su historia y sus recuerdos del pasado judío, vuelva a ser el hogar del pueblo hebreo. Por eso predominó la aspiración de instalar, en el viejo solar histórico, la patria nueva, a cuya construcción se vienen dedicando desde hace 23 años, hombres de todas las tendencias, pero entre los cuales se ha vuelto preponderante la acción del partido sionista socialista y obrero, cuya influencia se traduce en formas sociales de trabajo y de vida que pueden servir de modelo a todos los países del mundo.

Pero esa obra admirable y penosa de construcción de un nuevo hogar sionista debe llevarse a cabo entre las contrariedades creadas por la hostilidad de los indígenas musulmanes puestos, de buena o de mala fe, al servicio de una constante campaña de ataques a los judíos y entre las mismas condiciones naturales de un medio geológico cuya pobreza impone, para su cultivo y aprovechamiento, sacrificios ingentes. El suelo agrícola tiene que ser casi creado por la mano del hombre, y cuando éste ha logrado mediante esfuerzos formidables y estudios pacientes hacerle rendir una compensación a tantos afanes, la aversión islámica viene a disputar a esos creadores el derecho de formarse allí el ambiente social que necesitan para vivir de acuerdo con sus exigencias materiales y sus aspiraciones espirituales.

¿No sería mejor —les decía yo a algunos de esos apóstoles prácticos del Paul-sionismo—, dejar a la Palestina como una simple patria espiritual?

....

Abril 30 de 1944

EN FAVOR DE LA AMNISTIA POLITICA

Montevideo, junio 9 de 1966.

COMPAÑERO Secretario General de la FEUU. De mi mayor consideración:

Ignoro dónde se halla a estas horas Raúl Sendic. Sé, eso sí, que allí donde se encuentre, está sufriendo las mayores privaciones; que ha debido interrumpir la lucha por los trabajadores en cuya defensa ha ennoblecido su vida; que se ha visto forzazdo a separarse de su familia (esposa e hijos); que entre los hijos hay uno de corta edad que no conoce a su padre.

Sé, además, que Sendic no es un delincuente, sino un luchador social, abnegado aun en el error, que trata de evitar la acción represiva que en su caso sería tan implacable como tolerante y benigna es con los verdaderos delincuentes sociales, no pocos de los cuales hasta se dan el lujo de erigirse en sus entigrecidos fiscales.

Pienso que no puede estar lejano el día en que un concepto más humano de la justicia y de la sociedad termine por ver los delincuentes allí donde realmente están: entre los que se apoderan del esfuerzo ajeno, entre los que acaparan la tierra, desalojan seres humanos y destruyen familias.

Es que si ese día no llega, vendrá inevitablemente otro en que los hombres castigados en el hambre de sus hijos, se apoderen de la tierra, hoy ajena, aunque tengan que regarla con su sagre. Las revoluciones no se pueden evitar por decreto ni se hacen con el permiso de la policía o del juez letrado. Nacen de las entrañas de la injusticia. Ése es el único "delito" de que puede ser acusado Raúl Sendic, en este país de la tierra acaparada, de las peonadas miserables y de los niños con hambre por obra del latifundio.

No se trata ahora de señalar las discrepancias que cada uno de nosotros pueda tener con la forma como Sendic ha encarado la lucha. Yo, en su oportunidad, dejé constancia de mi opinión.

Es hora de organizar la defensa del perseguido hasta restituirlo a la vida normal de relación.

En esta tarea ninguno de nosotros tiene derecho a sentirse inhibido por discrepancia alguna. En las vísperas de la Comuna de París, Carlos Marx combatió a los obreros franceses que se proponían llevar a cabo la "Locura heroica"; pero frente a la represión y la calumnia, asumió la defensa y libró por ellos una de las más entrañables batallas de solidaridad humana. No creo que nadie tenga más derecho que Marx a ser intransigente.

Ha llegado el momento de organizar una vasta acción popular tendiente a exigir, si fuera necesario, una ley de amnistía, o a recorrer el camino de lucha que se considere más adecuado para lograr para Raúl Sendic la plenitud de sus derechos.

Tal la proposición concreta que dirijo a la Federación de Estudiantes Universitarios y, por su intermedio y el de la C.T.U., a todas las organizaciones y corrientes populares.

Si continuamos en silencio y cruzados de brazos, terminaremos por transformarnos en verdugos inconfesos de un luchador social.

Reciban el fraternal saludo de EMILIO FRUGONI

CARTA SIN SOBRE A LOS SOCIALISTAS

AL llegar a los 86 años, desde el nuevo recodo de la cronología personal, siento necesidad de hablar en voz alta con los socialistas.

Refería Unamuno que andando por España, en una aldea allá perdida, había conocido un cura de tal modo identificado con su religión que al oficiar en su capilla "le parecía estar muy lejos del mundo; en una cueva del desierto, sólo con Dios". Y Unamuno agregaba este comentario: **aquel cura sentía su iglesia y había hecho de ella como un segundo cuerpo para su alma.**

Séame permitida una reflexión personal: ¡desgraciado del que, después de haber contribuido a levantar, piedra sobre piedra, una morada para cumplir su oficio y a la vez para que fuera otro cuerpo para su espíritu, un día ya exhaustas por los años sus energías, la ve caer deshecha en escombros!

No hay espectáculo más triste ni más repleto de sentido trágico, que el de las ruinas abandonadas; ni desgracia mayor que, de golpe, no sentir sobre el espinazo el peso de responsabilidades que se llevaban a cuestas por espontánea resolución.

De mí sé decir que en estos años me he sentido como un inválido y me he visto cada día decaer mucho más.

¿Es que, vosotros, socialistas más jóvenes que yo, no habéis sentido sensación semejante?

Nuestro compromiso con el socialismo no era por un tiempo, era por vida.

Por eso hoy os quiero hablar de aquellas ruinas.

Resguardado por una capa de polvo y de cenizas, yace el esfuerzo de varias generaciones, en espera, como el Lázaro de la leyenda bíblica, de las manos que lo vengan a reanimar. Allí está el panorama de nuestro espíritu; la geografía de nuestra alma; sus hondonadas, sus cumbres, sus llanuras. Allí están nuestros sueños, nuestras decepciones, nuestras esperanzas, nuestros sinsabores, nuestras pasiones. Y allí también nuestros errores, incluido el de los "teóricos" de laboratorio que olvidaron el consejo del filósofo español de que "quienes no beben sino ideas destiladas, matemáticas, sin sales ni iodos de la tierra impura, acaban por padecer bocio y cretinismo intelectuales".

Allí está soterrada, aquella fraternidad que nos llegaba por recónditos caminos y que nos hacía sentirnos de la misma familia (más allá del tiempo y de la sangre) a los que nos emparentábamos por una misma manera de entender las cosas y de vivir la vida.

Allí está, sepulto (o acaso hasta insepul-

to, lo que es más trágico todavía), un tiempo muerto para los demás pero vivo para nosotros, sus protagonistas. Allí está el camino que recorrimos de un modo y que ya no podremos andar de otro.

No miro hacia esas ruinas con nostalgia, porque la nostalgia es una manera de regreso espiritual y una forma pasiva de la protesta, y nosotros tenemos que andar cara adelante, tratando de participar en la construcción del futuro.

Es hora de quitar polvo y cenizas y en un quehacer de constructores, no de arqueólogos, reordenar todo lo que haya podido traspasar el cernidor del tiempo y las circunstancias, para exponerlo a campo abierto, al aire libre, a la luz del sol. Para un improrrogable trabajo de recreación ideológica que plasme en plan capaz de responder con eficacia a los requerimientos de nuestro país y de sus nuevas generaciones.

Sin propósito disminuyente para los demás partidos políticos, y sólo en razón de discrepancias ardorosamente expuestas a lo largo de sesenta años de batallar continuo ¿podremos, los socialistas votar, sin traicionarnos, a otro partido que no sea el nuestro, ahora que aquellas discrepancias de ideas y de conducta, en vez de disminuir, se han acentuado?

Vivimos en un país en crisis, en un continente en crisis, en un mundo en crisis. Nos estamos acercando a una remoción de todo lo existente.

La sociedad nueva destinada de seguro a perdurar por siglos, debe ser obra del esfuerzo inteligente de los hombres, no el resultado del acertijo o del azar, camino de resignación que sólo conducirá a "los moldes que la ciega fatalidad nos de", acertada expresión de Juan B. Justo.

Los socialistas tenemos ideas definidas que nunca hemos ocultado. Frente al caos del mundo capitalista, aspiramos a una sociedad planificada; **planificación democrática**, no totalitarismo planificador. En cambio de la llamada "libre empresa" de la sociedad actual, proponemos la propiedad colectivizada, pero no para que una nueva clase de "gerentes" o "jerarcas" la maneje como propia, consumando un despotismo peor aun a aquel que hoy pueden ejercer los propietarios del capitalismo, sino para hacer posible la libertad al nivel del productor. La explotación de un hombre por otro y de una clase por otra, no puede ser reemplazada por la explotación de todos los trabajadores por un solo patrón, el estado omnipotente, conculcador de los derechos esenciales. El ser humano, para cumplirse en plenitud requiere decorosas condiciones materiales de vida y también libertad. Hay que avanzar, no retroceder.

Un Partido Socialista al modo como actuó en el Uruguay durante más de medio siglo es necesario a este Uruguay como jamás lo fue antes. ¿Será posible la reorganización de ese partido?

En la vida política nunca me paralizó el temor de andar sólo y si me fuera permitido expresarme en frase ajena, diría que yo también "aprendí a llevar como trofeos, más que las simpatías que haya podido despertar, las antipatías que en otros he provocado". Pero la tarea de reconstruir un partido supera lo que puede hacer un hombre solo y más si ese hombre se halla en el umbral de los 8′ años. Ofrezco mi concurso y reclamo el de los demás para hacer la empresa realizable.

Me doy cuenta que afrontar una campaña electoral es, además, una aventura económica. Para contribuir a los gastos, entregaré el único bien de que puedo disponer, mi biblioteca, a fin de que sea vendida en la forma que se considere más conveniente; si es necesario, en subasta pública.

No os invito, socialistas, a conquistar puestos, sino a algo más importante: os exhorto a librar otra batalla por aquellas ideas que apagaban nuestra sed de justicia. Si somos capaces de realizarlo, nuestro esfuerzo será apenas una gota de agua arrojada al torrente sin orillas de la perennidad de la vida; pero no nos habremos cruzado de brazos en la hora del combate, para refugiarnos después en la quejumbrosidad tardía y sin objeto.

Marzo 30 de 1966

BIBLIOTECA  DE MARCHA

LOS PROXIMOS LIBROS DEL 70

U. S. A., ESTA NACION CORROMPIDA
por **FRED J. COOK**

•

TESTAMENTO DE VARGA
por **EUGEN VARGA**

•

EL AMERICANISMO DE RODO
por **ARTURO ARDAO**

•

LOS RESTOS DE LA NOCHE
por **JUAN JOSÉ LACOSTE**

•

IMPERIALISMO Y UNIVERSIDADES EN AMERICA LATINA
por **MARIO WSCHEBOR**

•

¿PARA QUE FUTURO EDUCAMOS?
por **REINA REYES**

•

PAGINAS DESCONOCIDAS DE RUBEN DARIO (II)
por **ROBERTO IBÁÑEZ**

DISTRIBUYE: ***AMERICA LATINA***

Avda. 18 DE JULIO 2089 TELÉFONO 41 51 27